

BIBLIOTECA NACIONAL



0318952

Ades 11(1040-3)

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación.....

9 300-1

Año Ed.....

1914

Copia.....

—

Registro Seaco.....

512

Registro Notis.....

AA 98792



ADQ. 8792

9(308-1)





AUGUSTO D'HALMAR

:: LA LÁMPARA
EN EL MOLINO ::

Las sombras sirven para
sugerir, y tu que no exististe
sino en mi ensueño sobre-hu-
mano, me has dado sinem-
bargo la revelación de un
mundo desconocido.

Biblioteca de Escritores Chilenos
2.º Volúmen

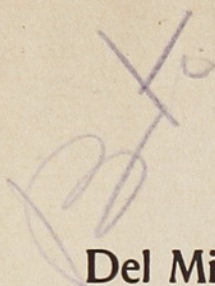


IMPRENTA NEW YORK
SANTIAGO DE CHILE
:: CALLE CLARAS 161 ::
== 1914 ==

~~~~~  
*Es propiedad de los  
editores. Queda hecho el  
depósito que ordena la ley.*  
~~~~~


INDICE

- I.—DEL MISTERIO EN EL ARTE.
- II.—LA LÁMPARA EN EL MOLINO.
- III.—EL ABUELO D'HALMAR.
- IV.—EN PROVINCIA. *cuento*
- V.—TERNURA.
- VI.—SEBASTOPOL.
- VII.—DIVAGANDO.
- VIII.—CRIMEN REFLEJO.
- IX.—NUESTRA SOMBRA.
- X.—A RODAR TIERRAS.
- XI.—TRANSEUNTE.
- XII.—EPÍLOGO.



Del Misterio en el Arte

Que en general los artistas son superiores a su público es una afirmación admitida casi por ambas partes; mientras tanto, cuando entro a campo traviesa en la literatura, por ejemplo, y me salen al paso legumbres monstruosas o malasanas flores, me subleva que se llame Arte a aquellos cultivos; aquí o acullá el alma podría entresacar un poco de ternura, como violetas olvidadas y nada mas. También en la feria cada uno se pregona vocinglero sus obras, como hacen las gallinas a cada postura.

¡Nó, aquellos no son seres superiores; es mas, se necesita cierta dosis de trivialidad para expresar lo que se siente! cuando el sentimiento es grande, embarga al hombre y el que verdaderamente comprende desdén las palabras.

Por eso yo quería callar; las fuerzas misteriosas me iban sobrecojiendo y talvez hubiesen hecho de mí un contemplativo ensimismado. Pe-

ro se promulga que nos debemos tambien a nuestros semejantes, (precisamente a aquellos que me han condenado a mi soledad interior,) y como se me ha hecho depositario de ciertos dones, no quiero quedármelos. Los que tengan oídos que me oigan.

Para que se pueda develar una vida, es preciso que sea tan intensa que todavía reste la mitad en silencio y preciso que lo que se dice esté de tal suerte condensado que sin perder su claro-oscuro, llegue a sujerir el doble. Sólo así quedará justificada hasta cierto punto la profanación de explotar la Vida, Nuestra Vida, y la Muerte; porque sobrevendrá la compensación de haber acercado las almas a su atmósfera, si quiera sea un momento.

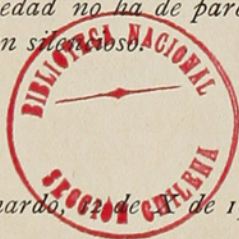
¡Y cómo se resisten esas cobardes almas, envueltas como en una telaraña por los prejuicios, los respetos humanos y las conveniencias: todos los «espíritus de compromiso»! es preciso arrastrarlas casi a pesar suyo; y todavía, cuando tardan despues en volver a adaptarse a lo inferior y lo vulgar, en volver a someterse, todavía tendremos que soportar sus reproches, sus quejas infantiles; pero habrán vivido una hora, ellas mismas lo saben en su fondo, y eso bastará.

¡Almas! nó pretendais, pues, que separe el espíritu de las aguas; os llevaré hasta la gran marea informe, no soltaré vuestra mano, y es lo

sumo que puedo. ¡Que los que tengan ojos vean!
Yo mismo vago junto a un yo que me conduce
y del cual apenas distingo los pasos; yo respiro
para él en la superficie, él sondea lo insonda-
ble y yendo al parecer al lado mio, marcha sin-
embargo por el doble fondo de la creación; nos
orientan ecos de voces y hay lámpas de luz, que
irradian los desconocidos silenciarios. ¡Solita-
rios desconocidos, perdonadme que hable para
decir que el hombre debe superarse a sí mismo!
Yo soy el precursor: socorredme, porque he de
anunciar al super-hombre que será en primer
término un Rebelde como nosotros, pero para
quien la Soledad no ha de parecer ya castigo,
y despues un silencioso.

D'ALMAR.

San Bernardo, 12 de A. de 1906.



Me acusareis de no pintar la vida que vivimos, sino otra que vive en mí y Dios mío, ¿acaso no basta? Si toda obra es un sueño balbuceado, que puede encerrar una revelación; si por abiertos que parezcan los ojos del artista, las imágenes del mundo exterior pasan por ellos como sombras y sus miradas están constantemente vueltas hacia adentro dejadme también a mí y tened presente el peligro de despertar a un sonámbulo...

La Lámpara en el molino

Lot, el que vuelve la cabeza: ¡ai de él!

PRIMERA PARTE

I

Cuando el crepúsculo arroja un velo sobre nuestro corazón y sobre la nieve de las montañas; cuando apaga el cielo sus últimos arreboles en las charcas y los pájaros se acogen al follaje y el viento baja a arrullar la tierra donde reanudan las ranas su historia de la noche anterior y de todas las noches; entonces las primeras estrellas encienden su fuego y a la entrada del gran camino que no conduce a esa hora sino a la vaguedad de su perspectiva, bajo los árboles que finjen darse las buenas noches, junto al agua que murmura a trechos y a trechos se ensimisma, aparece una luz en las ventanas del viejo molino.

Y es que si el molino no pulveriza ya sino moléculas de sol en los medio-días estivales y bajo su arco de ladrillo hay un misterio latente de sombras y ruidos que no son talvez sino el turbion que huye en la oscuridad y los guijarros que arrastra, en la mansión habita todavía alguien.

Alguien en el caseron enorme, cuyas paredes rezuman humedad y cuyos cristales rotos o polvorientos miran de estraña manera al que pasa; un ventanillo, sobre todo, colocado al ras del suelo y que permite distinguir cuanto fierro viejo y cuanto engranaje desmontado están sepultos allí, inútiles y cubiertos de moho, hace apretar el paso a los chicos, precisamente a esta hora en que parece tramarse una conspiración entre el cielo, el agua, la tierra violeta, los grandes árboles y la propia casa del molino, porque son las mismas nieblas azules las que se exhalan como un hálito y las que zahuman las lejanías con su incienso y las mismas que se desgarran en las ramas o que dibujan nubes delicadas o que, bajo la forma de humo, se ciernen sobre el techo de este hogar, como un genio benéfico.

Porque es un hogar, pese a todo; ya pueden los que pasan a la vera del camino alzar los ojos y, mirando hácia los cristales iluminados,

creer que la tristeza se cobija adentro o que ahí se alberga la paz; pueden creer lo que quieran; su lámpara seguirá ardiendo igual y proyectando una viva claridad a la entrada del gran camino.

II

En esta casa vivían hace algun tiempo un hombre y una mujer; un poco mas temprano, al entreabrirse el portalon, se habría distinguido la escalera ruinosa, los largos corredores blancos que caen al patio plantado de naranjos y talvez los hubiésemos visto bajar a él y a ella en sus trajes de luto.

Como que cada tarde salian y, desde la muerte de la madre, solos los dos y con ropas de duelo; llegaban a veces hasta la entrada del pueblo, a veces mas lejos y, aunque severos y retraidos, la jente les veia pasar con simpatía, porque eran hermosos y sabían sonreirle.

Los dos, gráciles y esbeltos, marchaban casi siempre del brazo y no había que preguntar si eran hermanos, tan semejantes en todo; él se llamaba Lot, ella era la hermana de Lot; ya no parecían muy jóvenes; pero en su aspecto, en no se qué, resaltaba algo inmarchitable que tampoco se sabía qué era.

Eran lentos estos paseos y silenciosos, como si alguien mas, invisible, caminara con ellos interviniendo en su silencio. Cuando volvía a tragarlos el portalon, ya en la alameda se había levantado viento; los árboles se hacían señas desde léjos y despues se inclinaban al oído de sus vecinos; un estremecimiento que no provenía del aire pasaba por sobre todas las cosas, y los rumores de la presa del molino parecían como perdidos...

III

Esa transición del crepúsculo en que no se discierne si la luz declina o despunta, hora indecisa que no entraña bastante tiniebla para la noche ni claridad suficiente para el día, la pareja lo pasaba en la vasta cámara que encerraba el retrato de la madre muerta, el retrato de la hermana hecho por Lot y que parecía su propio retrato, y los retratos de los antepasados. En un vago ambiente de lilas veían, desde el fondo del ámbito tendido ya de sombras, tamizarse por las ventanas la ceniza que dejó el sol, como una niebla turbia o una escarcha en los cristales. Afuera la penumbra de las oraciones lo envolvía todo y hacía llegar sin vibración, como a traves de

un muro acolchado, los rumores lejanos del pueblo y del campo inmenso.

Si con propiedad ningún hombre vive en el presente porque el de todos está entretejido con esperanzas y recuerdos, las cosas muertas y los muertos queridos, y los seres y las cosas que se desean, para el hermano y la hermana podía decirse que el presente no tenía otro valor que proporcionarles hilo con que urdir recuerdos y, quien sabe si su vida entera no sería sino un pretesto para dejar un recuerdo... Y en esa hora inefable en que el perfume difuso recuerda la primavera distante, el día estinto aquel vapor ambiguo, la vida que languidece aquel rumor ahogado, en que nada vive una vida propia en un momento actual, ellos mismos desvanecidos en un estupor que un pensamiento demasiado preciso o una palabra en voz alta habrían podido romper, ellos mismos eran como dos muertos que evocaran sus vidas.

IV

Solo que sus visiones no eran también sino muy incoherentes, inaprehensibles como el eco de una música oída entre sueños y que se aleja cada vez más; se escapaban, se escapaban y con ellas el tiempo y la vida... Todo tiende

hacia el instante en que debe morir, punto incierto más o menos próximo donde desfallecen los sonidos, los colores y la existencia de los seres.

Oscuridad, fin de lo que no ha existido. Así eran los recuerdos de los hermanos, no de cosas consumadas, sino intanjibles, fugaces, que pudieron ser y el destino dejó en suspenso; sólo así el recuerdo es un espejismo y tan hermoso porque nos finje una vida mejor, tal como la hubiésemos deseado, sobre todo tal y como no fué, tornar es también recordar, pero recordar lo que no se conoce. Recordar aquello que alcanzó su plenitud, que tuvo final, que se remató con un epílogo, es pensar en los viejos muertos sepultados y el recuerdo viene a ser entonces una forma de olvido.

Lot recordaba que cuando el nacimiento de su hermana, siendo todavía un niño, soñó con que fuera varon, el hermano menor que debía completar su vida. El veía que nada más que con eso habria sido otro y aquella fuerza que encerraba el molino, no yacería entonces inerte arrumbada y sin objeto; le faltaba el discípulo, el amigo, el colaborador, el hermano, y esta nostalgia agrandada de día en día era irremediable; porque la nostalgia por el hijo puede aplacarse siempre, pero no por el ser casi igual en fuerza, que debió venir en pos nuestra.

El sueño de Jermana era más extraño todavía: si Lot no hubiera sido su hermano, habría podido ser su amado, su prometido, su esposo.

Talvez esta evocación constante de lo que no podía morir porque tampoco había existido, era lo que comunicaba a sus corazones ese no se qué de frescura que no se sabía qué era. Si con algo se les hubiera podido comparar, habría sido con un espejo, que es un crepúsculo cristalizado; tenían lo imaginario de él y la clarividencia. Seguramente ellos también hubiesen querido ser recordados por algún espíritu enervado o perezoso, confusa y fugitivamente, en la penumbra, a esa hora indecisa de las divagaciones y entre las cosas que no vivieron lo suficiente para poder morir.

En el molino arruinado se conocía con el nombre de «taller» a aquella cámara donde había un espejo y un reloj, pero que siempre marcaba la misma hora; la cámara destinada a los ensueños....

V

Lejos, en la desolación de la llanura, rodaba el grito lastimero de algún animal perdido... Entonces se encendía la lámpara que daba su luz hasta el camino, en el comedor que era

donde pasaban la velada; y mientras duraba la cena, siempre se abría entre ellos el sitial vacío de la muerta, como ese que debe reservarse en toda mesa al convidado de piedra. Sus conversaciones triviales y siempre las mismas, eran tan breves que se anegaban en el gran silencio; pero, en cambio, sostenían entre ellos una muda inteligencia; disfrutaban la sensación de compartirlo todo, de conocerse, al menos así lo creían ellos, y su intimidad y su armonía secreta hubiera parecido perfecta a los mismos extraños que se apropian tan pronto lo que nosotros no sabemos nunca de nuestra vida. Como en este mundo sobraría con poseer un corazón y comprenderlo, por eso se bastaban y jamás habían sentido el deseo de ensanchar su círculo... La alta noche reinaba ya afuera con su cortejo de estrellas, cuando desaparecía la lámpara. Inmediatamente se cernía en torno del molino esa atmósfera propia que irradia toda cosa en la soledad y en la sombra y en el silencio. El olor de la noche y los rumores, todo temblaba con el firmamento como las imágenes en un estanque y la voz del agua que se levanta alternativamente o se sofoca, parece que venía de más lejos...

VI

Cierta noche, a punto ya de ponerse a la mesa, resonó el pesado aldabón y el perro de la casa transmitió furiosamente aquel acontecimiento; más lejos o más cerca, los demás perros ladraron durante un rato; después fueron callando uno a uno y el paisaje recayó en su éxtasis.

Un forastero había venido a llamar a la puerta del molino, y antes que se la franquearan, también él se preguntaba si allá arriba se cobijaba la paz o la tristeza; en el pueblo no había posada y pedía hospitalidad. Al ser introducido en el comedor, quedó deslumbrado durante un rato por la claridad; cuando sus pupilas y su espíritu se acomodaron a ellas, explicó que lo había dejado el último tren. Era muy joven y tenía la brusquedad de los tímidos. Se le puso un cubierto, y por primera vez, pues, no hubo sitio vacío. Bien dicen que ese tercer comensal que nadie ha invitado ni espera y que puede ser el Destino, siempre halla manera de presentarse; llega, se instala y en el primer momento todos sienten que ha ocurrido algo; pero pasa y parece que las cosas vuelven a su punto; así parece.

Vino, tomó el pan y la sal bajo el techo de

los hermanos, y esa velada se le dió más luz a la lámpara, que ardió hasta más tarde; después cada cual se fué a su lecho, pero se llevó sus sueños consigo.

VII

El huesped al despedirse había prometido volver. Pasaban los días; en su transcurso se hablaba de él y los dos cambiaron la misma observación: aquel joven, casi un niño, se parecía a ellos; ¿a cuál? ¿cosa estraña, nada más que a Lot! y sin embargo, Lot era tan igual a su hermana, que el retrato que había de ella en el «taller», hubiera podido pasar por suyo; no estaba el parecido del estraño en ninguna facción sino en ese algo que las envuelve todas, las anima. Había prometido volver y los dos experimentaban curiosidad; pero como pasaron los días, concluyeron por decirse que habría olvidado su promesa, y su existencia volvió a ser lo que era; al menos así lo creyeron ellos.

Sus deseos, como antes no iban más lejos; ojalá que allí también se hubieran detenido sus inquietudes; a medida que se iba haciendo antiguo el recuerdo de su duelo, los asaltaba con más frecuencia, simultáneamente, y entonces se esquivaban la mirada para que no

les vendiesen. ¡Oh la Muerte! Que alguna otra potencia pudiera separarlos, no se les había ocurrido y apenas si pensaban en la Vida.

VIII

Hasta que volvió a alzarse en otro atardecer el clamor de los perros del contorno, como si sintiesen llegar la muerte; y sin embargo, sería preciso repetir que no es ella sino un forastero que viene a cumplir una promesa. Nadie sabe dónde repercutirá su llamado; y el golpe que él dió con el aldabón halló un eco inusitado en el corazón de los dueños del molino; permanecían en sus puestos, por primera vez sin atrever a hablarse, porque hasta que habían sentido resonar sus corazones, tampoco habían sospechado que estuviesen vacíos.

Aquella noche les estaban reservadas otras revelaciones a los hermanos; experimentaron en su ser algo extraño: luego, fuera de la familia, de la afección inveterada, ¿podía haber otras expansiones? Los dos se mostraban extrañamente expansivos, locuaces como si algún vaho desvanecedor se le hubiese subido a la cabeza; quedaban sorprendidos uno del otro como de un desconocido, casi desconcertados, y después que el joven se hubo recogido, no trataron de cambiar sus impresiones sino que fueron a encerrarse en su aposento.

IX

Desde entonces hubo algo que se mezcló a sus vidas para separarlas, algo que ya no se habría desvanecido aunque el extranjero no volviera, algo... El huésped había llegado a serles imprescindible; se veía el tercer asiento menos veces vacío que ocupado y Lot hablaba de muchas cosas con aquel su primer amigo, el único; esbozaban la vaga obra que pue- de el hombre, maestro semi-consciente que nunca llega a poseer sino la mitad de sí mis- mo; calculaban lo que podrían acometer reu- nidos como dos partes de un todo: «Monta- ríamos las maquinarias, maestro—insinuaba el joven que, había recorrido el molino para imponerse de su estado.—Aprovecharíamos la fuerza hidráulica y nuevamente voltearía la rueda enclavada.» La hermana les escuchaba con los ojos puestos en ambos; cada día, ape- sar de la diferencia de edades, los veía más parecidos; el discípulo era reconcentrado tam- bién y casi silencioso, un retraído como ellos del comercio degastador de la sociedad y que no se habría hallado a gusto en el centro de otra familia que esa. Sin embargo el invisible malestar lo roturaba todo. Cada cual tenía sus pensamientos bajo la silenciosa claridad de

una misma lámpara, mientras cambiaban sus palabras triviales, y todos converjían en la misma solución. El día que el tercero no viniera como un visitante, como un intruso, aquel malestar desaparecería, al menos así lo creían. Hacer de él su hermano y su colaborador, tal había llegado a ser el secreto designio de Lot.

Diríase que ciertas palabras absolutas atraen la cólera celeste, pero tampoco en boca de todos los hombres; algunos hay que dicen «deseo», que dicen «quiero», que dicen «haré», sin que se conmueva la tierra bajo sus plantas; esos toman a la vida como consejera, toman a la muerte casi como secuaz y realmente no hace sino allanarles el camino. No basta, pues, querer lo que se debe hacer, sino que hay que saber lo que se puede querer, y ¡cómo saberlo!

¿Cómo?...

X

Le pareció a Lot que estaba representándose una escena que se había ensayado cuando el amigo formuló sus pretensiones sobre Jermana; una parte de él hasta casi hubiera podido decir lo que iba a seguirse, los pensamientos y las palabras que se iban a suscitar; le pareció que repetían detalle por detalle al-

go que ya había ocurrido en algun tiempo; le pareció que soñaba ahora o que había soñado antes.

Tampoco esta vez el hermano y la hermana sintieron la necesidad de comunicarse, porque sabían demasiado que miraban el caso de igual manera: los tres apretados en torno de la misma mesa; creían que todo era que hubiese uno mas bajo la lámpara del hogar, así lo creían, y por cima de ellos el recuerdo de la madre. Al pasar a su habitación, Lot fué a consultarla en el «taller», donde también estaba el retrato que él mismo había hecho de su hermana. Alzando la vieja lámpara, trató de esclarecer el rostro de la muerta; pero nunca como entonces debía llenarle de confusión un rostro humano, ese algo casi indefinible que caracteriza a cada uno y que sin embargo, inconscientemente, todo pintor logra trasladar a su tela.

Los desposorios se celebraron en esa misma cámara de los antepasados, tomándolos por testigos. Y esa velada como todas llenó el espacio la noche, con sus estrellas errantes, sus rumores vagos en el bosque, el canto de los pantanos y el aullido de los perros en despoblado; en el murmullo de la corriente, tan pronto confuso como distinto, tomaba voz todo lo que sueña dormido; envolvía al moli-

no esa atmósfera especial que cada cosa irradia en la noche uniforme y que es como un encantamiento, y algun caminante que llegó a distinguir su luz solitaria, pensó si moraría en él la tristeza, y alguno invocó sobre él la paz.

Después, a las horas del alba, canta un gallo, otro le responde, y otro mas lejos, hasta perderse en la distancia...

XI

Es en un transparente día de otoño, de esos que hacen circular la sangre con mas facilidad y parece como si la hicieran que exhalase todo su perfume. Los propietarios del molino han ido a ver la cascada en que el agua cae a la canoa para llegar despues de un largo trayecto a precipitarse otra vez, sobre la turbina. Van por el talud que domina el gran camino, entre álamos que los esconden casi a todas las miradas; van en pos uno de otro los tres y diríase que la silenciosa, la oscura corriente, algo de ellos se lleva; se desliza como sus vidas, invisible para todos, sobre esa altura, obra paciente de quien sabe quiénes, de quien sabe qué hombres que le prepararon su caída y le tendieron aquel estenso cauce de madera, nada mas que para tenerla a su dis-

posición, para que fuese a impulsar la rueda gigantesca del molino; ahora está paralizada el molino no muele, y sin embargo el agua cae, corre y vuelve a saltar, con tanta actividad como antes.

Van los tres y por primera vez dominan el horizonte, las lejanas montañas, y todo lo que el talud oculta a la mirada de los caminantes; sobre sus cabezas, en el aire liviano, los pájaros describen anchos círculos; hay una laguna plomiza que brilla a retazos; hay extensos viñedos casi rojos de cuyos alambres también arranca destellos el sol, y hay las grandes montañas que proyectan su sombra sobre toda una raza, que pesan sobre su destino como las sombras de los muertos.

Van callados, mientras declina la tarde; en los trechos mas peligrosos Jermana se vuelve al joven y en los mas sombríos él la estrecha la mano con una caricia que tiene mucho de complicidad; detras el maestro marcha, distraído; su pensamiento describe ámplios círculos como las aves en su vuelo; y el agua dócil sigue los pasos a esos descendientes de los que la exclavizaron.

Están fatigados, Lot sobre todo; silencioso como si se hallara ausente; y descansando en lo alto, con las piernas colgantes sobre la laguna oscura, ven teñirse el cielo, apagarse las

nieves y todo ese aparato que rodea la muerte de cada día, tan serena siempre como una lección a todo lo que debe morir.

Y es entonces cuando se entretiene el discípulo en hacer proyectos de vida, grandes fantasmagorias que surgen inesperadamente como los archipiélagos del horizonte; la celeste extensión es como un mar y como islas de oro las nubes; lentamente llena el aire aquella voz henchida de entusiasmo: «Se montará los engranajes—dice;—aprovecharemos de la fuerza hidráulica y nuevamente volteará la rueda. ¡Ah, por fin no es sólo el discípulo sino también el colaborador! Germana lo escucha, y en otro tono el pensamiento del maestro dice casi lo mismo: «La mansión es vasta pero vieja—piensa;—es preciso construir dentro de ella una estancia nueva, toda blanca, que reciba el sol por doquiera como cuna, y realmente será la cuna...

Súbito, en un destello de orgullo, se pregunta quién habrá animado todo eso...

Pero los pájaros dan su canto de despedida, y como muy alto se cierne su pensamiento, el hombre se arredra, se siente elemento entre los elementos y doblega la cabeza.

¡Dios! ¡Es Dios!

Su pensamiento se cierne muy alto. Allí, en el talud suspendidos sobre la laguna repleta

de sombra, frente al ocaso desvanecido y a la luna que surge en creciente para nevar con su claridad todo lo que haya dorado el sol, están los tres con sus sueños, y cuando les hace estremecer un grito que ha estallado en la altura, ninguno podría decir qué ha sido.

SEGUNDA PARTE

XII

Denso como el humo del cigarro que fuma Lot, pesaba sobre el hogar aquel mismo malestar inexplicable. Como todas las noches después de la cena, él se había quedado solo, frente a las copas vacías y se empeñaba en hacer humo en torno suyo; pero, como la chispa del cigarro, había en medio de aquella niebla algo que no conseguía extinguir y que brillaba. ¿Qué has querido hacer?—le interpelaba su conciencia.—Tú mismo no te entiendes y las jentes hacen los comentarios más extraños. ¿No se ha llegado a decir que Jermana estaba celosa? ¡Dios mío!

No debiste robarle su lecho al mar;—proseguía—en nuestra vida el destino es el único cimiento posible, porque edificar sobre la voluntad es hacerlo sobre arena; y en el hombre

ni siquiera es la voluntad la creadora sino la imaginación: por eso infunde un galvanismo ficticio; sus creaciones evocadas por su deseo, las mantiene su corazón mientras puede y sólo es eterno el sueño con que las anima. Y el hombre se defendía débilmente: ¡Cómo! ¿entonces no podría encauzarse nunca la vida como se hace con el agua y dirigirla sobre el mejor objeto, aprovechar la nuestra y la de todos? Por sí solo no se hace nada; cada alma es una potencia que tiene sus satélites y cada uno los necesita; él había buscado los suyos...

A la chispa que brilla como los ojos del que tiene algo que objetar y no sabe cómo, una nueva bocanada de humo la envuelve.—No me debilites;—requería Lot tratando de sobreponerse—todos son fantasmas; es preciso tener fe: soñar es incubar la realidad; formular un deseo, es haber comenzado a satisfacerlo—...pero de cada una de las aspiraciones que hacía, se aprovechaba la chispa para brillar...

—Maestro—dijo desde el umbral una voz contenida.

Lot se puso de pie como movido de un resorte; después se volvió a sentar y arrojó desdenosamente la punta del cigarro.

El cuñado estaba delante de él; traía en la mano un farol encendido y parecía haber

atravesado todo el claustro; se sentó a un lado con los ojos bajos.

—Maestro,—insistió con decisión reconcentrada—es preciso concluir; aprovecho para hablarte ahora que ella duerme; me siento menos separado de tí. Oye, nuestra vida es imposible; tú te obstinas, pero yo he cavilado mucho: es imposible; de toda reunión de voluntades nace un hijo y el nuestro, de los tres, ha sido un espíritu maligno. Creerás que te engañé para robarte mejor; creerás que te he traicionado; ¡oh, piensa lo que quieras, pero es preciso desatar estos lazos que nos ahogan!

Sobre la mesa la lámpara ardía, poderosa, y a su lado el candil. Lot miraba las dos luces, tan distintas y sin embargo del mismo elemento; pensó que la menor estaba de más; pensó apagarla; pero no hizo movimiento alguno.

—¡Maestro!

Callaba.

—¡Maestro!

—Pues bien...—dijo Lot con un esfuerzo.

Y se detuvo.

—¿No lo sientes tú, maestro...? Yo creo, debemos creer que se disipará cuando nos separemos...

Los dos se habían interrumpido: Jermana, desde la puerta los miraba. También ella sostenía su luz y Lot pensó cosas vagas: en las supersticiones... en el presajio de las tres luces... Cada uno tenía la suya, pero sería fatal que ardieran juntas las tres: una sobraba.

Pues bien, véte y tú, hija, síguele;—dispuso—síguele y que Dios vaya con vosotros.

¡Véte!! (se volvía al joven que lo acechaba sombríamente) ¡véte! pero veremos si era yo el que sobraba! ¡Ah! ¡tú no tendrás hijos!

Los empujaba hacia la salida; él mismo le entregaba la luz que había dejado sobre la mesa. Jermana lo envolvió en una mirada que pedía perdón a gritos.

—Es tu deber, hija; yo mismo te lo aconsejo.

—No, Lot—exclamó ella con una angustia indescriptible—si no es eso; tampoco podría explicarte, porque siento lo que no comprendo; pero si algún día, algún día ves mejor en mí ¡oh, entonces yo ayudaré al destino con todas mis fuerzas!

—Yo no te odio—dijo simplemente Lot.

El cuñado sabía que podía apropiarse estas palabras; a su vez se le llegó cuando ya su mujer salía, le cojió la mano tímidamente:

—Y yo te amo, maestro.

XIII

Pero se había excedido Lot al prometer que no odiaría a aquel hombre. Empezó reflexionando que cuando lo ha perdido todo, uno se tranquiliza, y él creía hallarse en esa condición, pero ¿por qué amanecía cada mañana con los ojos exhaustos? ¡Ah, vivimos tan lejos de nuestro corazón que ni siquiera sabemos las lágrimas que nos consume cada noche durante nuestro sueño! Después pensó que habían venido a destruir su paciente calma de tantos años; y nada decía de su esperanza! Y después, todavía, que con dificultad su hermana se avendría lejos de su lado, la compañera desde la infancia, fuera del molino, y la amó como nunca, hasta se extrañó de que ella sola no hubiera bastado a su dicha. Y creía que ahora sólo deseaba rescatarla, que con eso sólo se contentaría, así lo creía. Su orgullo se había irritado al recibir del cuñado un extraño mensaje en que, de todo lo que llenaba el molino le pedía el retrato de Jermana, pintado por él mismo, como si no le bastara habérsela llevado en persona. Le contestó secamente que eso menos; que aquel estaba entre los retratos de sus antepasados y que nadie tenía ya derecho a sacarle de allí.

* Después, recordó ciertos detalles con amargura. Recordó que al irse los dos le habían besado en la frente ¿Por qué ha de ser un beso el que selle todos los adioses y las deserciones? y talvez cuando se besa a algunos, se pacta con ellos el olvido? ¿por qué besamos a los muertos? ¿por qué a aquel a quien hemos hecho traición? ¡Ah las bocas; no mienten solamente sino que besan!

Pensó que el discípulo había finjido participar de la intimidad de su vida, de la grandeza de su obra informe y le había despojado de todo; había llevado su audacia al extremo de señalar él mismo por adelantado los cargos que le hacía ahora; como un perro que atrapa su presa había ido a devorarla lejos y en paz. La idea de esa paz le volvía loco a él que creía haberla perdido para siempre. ¡Hasta tendría fuerzas para reir talvez, el malvado! Y mientras tanto él no había significado nada; se le había hecho un lado como un escabel de que uno ya se ha servido para alcanzar algo, como un hombre al que se arrebatara cuanto de valioso llevaba encima... ¿Su alma? ¡Bah!, las almas no eran sino el pretexto con que se acercaban para violentar sin peligro! se esplotaba el sentimentalismo eterno de los contemplativos y los ensimismados, su injeñuidad, su fe en el milagro; y podrían estar a

cubierto de sorpresas los que creían a este mundo bien real, pero los que se empeñaban en mirarlo como una apariencia, en esperar constantemente la anunciación y el advenimiento, esos corrían peligro incesante, y es todavía menos mal si se les hacía merced de la vida!

¿Era ahí donde le había conducido su indulgencia? Se le acusaba de haber pretendido dirigir al destino, ¡ah, al contrario! lo había respetado demasiado, no se había atrevido a intervenir en la elaboración de la vida y ahora no debía quejarse de nada. No, la indulgencia hasta donde va a perjudicar a la personalidad que es sagrada, intocable como algo que produjera la muerte; hasta ahí también el respeto al destino.

Sobre todo, se dolía de haber sido engañado burdamente, de que hubiera habido tanta vulgaridad donde él creyó otra cosa; porque no había duda: era que al cuñado, como a todo ratón, le molestó el compañero de igual talla se sacudía al maestro y buscaba una laucha más pequeña para verse él más grande; ¡era lo que impedía en este mundo, ese amor propio, la realización de las grandes empresas! no le bastaba la blanca pieza nueva, sino que que quería colgar su nido de un nuevo árbol.

El defensor que también tienen los demás

en nosotros, trató de objetarle a Lot que tenía razón el cuñado; pero resultaba de todos modos la razón vulgar. Sobre la piedra angular, la piedra santificada del templo viejo, era donde debía erigirse el nuevo, y los buenos constructores son los que no demuelen antes de haber edificado y los mejores los que edifican como debe ser, el presente sobre el pasado; tampoco se quisiera rematar la obra, porque esa tarea le estaba reservada al porvenir y siempre al porvenir. Aquí no había habido sino su eterna cuestión, la vulgaridad ennoblecida por su fantasía incorregible.

«Solo es eterno el sueño con que anima sus creaciones», ¿cuándo había pensado esto?— ¡vuelva, pues, mi sueño a mí, —se dijo Lot— intacto como antes y como siempre, y en cuanto a la sombra que se vió obligada a sobrellevarla, que la pobre se reintegre al olvido, reino de todas las sombras!...

XIV

...Entonces se preguntó si todavía no sería tiempo de recobrar todo lo que había soltado inconsideradamente; si no estaba todavía el cabo en sus manos; deseó probar su fuerza, encararse con los acontecimientos, rebelarse contra el cielo.

No dió un paso, no hizo un movimiento, pero era como una araña silenciosa que dispone los hilos de su red y espera... espera; también recordaba ahora una frase que había dicho un día 'en tono de chanza al discípulo: «Mira, hijo, que yo soy un pulpo que ya no suelto más los corazones que tomo i acabo con su sangre». Recordaba que le habían dicho repetidas veces que solía dibujarse en su rostro un jesto mefistofélico, ¡como si no estuviera pronto a asomar en la faz de todo el que posee la doble sabiduría de la serpiente, de todo el que ha probado del fruto prohibido! El bien, el mal, los dos se daban en el mismo arbol, los dos principios estaban contenidos en un mismo fruto, y si algo quedaba en los que le tocaban, debía ser la tristeza inmortal de sentirse hombre...

¡Gloria a los rebeldes que restablecen el equilibrio en esta humanidad cobarde, que son los que la impulsan, mártires por su causa sin llegar a merecer sino altares de oprobio! y sin embargo, la tiranía de los Olímpicos nadie más que ellos la contrarrestan. Caín fué el primer igualitario, el primero que amó rudamente la justicia; antes o después, Prometeo alimentó en su pecho la mayor compasión por el hombre inerme, atado de pies y manos en las tinieblas y todavía sometido a juicio y he-

cho responsable de actos que de antemano estaban escritos en el libro del Destino. ¡Gloria al arcangel sombrío! ¡Gloria a Icaro que soñó alcanzar el Ideal con las pobres alas que puede aparejarse un gusano! y gloria también a ese otro sin el cual no se habría podido intentar la redención del mundo; en la nueva era viene a ser la primera víctima, y ni el precursor ni el anunciador, han contribuído como él a la mayor gloria de Dios.



XV

No dió un paso, no hizo un movimiento. Dentro de las horas inmóviles se pronunciaron palabras mudas que no perdían su fortaleza al tocar el aire de la realidad, que no se desvanecían.

Las palabras se retuercen como poseídas porque no pueden espeler el espíritu que vive en ellas, porque son amalgamas de algo, pero como hay una tinta simpática con que puede escribirse, hay una voz silenciosa con que puede hablarse cuando uno quiere ser escuchado seguramente, nada más que de un alma. Los sabios han realizado muchos progresos; pero más sabios son los que no necesitaron sino descubrir lo que ya estaba. ¡Quedan tan pobre cosa todas las invenciones de

los hombres al lado del Desconocido, que no se somete pero que los solicita y se les ofrece!

El matrimonio, que vivía en el pueblo, tal vez supiese que Lot decaía de día en día, que ya iba pareciendo un anciano; en cuanto a él, que no se creía sus dolores, los tenía olvidados en el estado febril en que pasaba. Una tarde que se había avanzado en su paseo hasta las primeras casas, de pronto, al doblar una calle, Jermana, que parecía acecharle, se colgó de su cuello sollozando.

—¡Hermano! ¡mi pobre hermano!

El trataba de desacirse, de rechazarla; pero ella pegó sus labios a los suyos como enajenada. Parecía dichosa en ese instante; reía y lloraba; y como los recuerdos del pasado acudieran a él, pensó en raptarla, irse con ella tan lejos, esconderse; lo miraba con transporte y cuando suavemente le puso la mano en su brazo y echó a andar, ni tuvo una vacilación para seguirle.

Y a medida que se aproximaban apresuraban el paso, casi corrían. A lo lejos, otra vez como antes, se apagaban las cordilleras y un tenue velo azul envolvía el valle. Lot notó que estaba desmejorada.

—No duermo; no soñaba sino en reunirme contigo.

Era también su sueño, ya realizado. Creían

los dos que al cerrar la puerta detrás de ellos podrían dejarse al lado afuera todo lo que había venido a entrometerse en su cariño; así lo creían y esa noche fué con triple barra de hierro que se aseguró la entrada al molino.

Cuando volvieron a contemplarse a la claridad de la lámpara, ella ya rió tranquila, casi satisfecha, después volvió a poner como antes los dos cubiertos, uno en frente del otro y en medio el sitial vacío; y lo hacía todo con su actividad cautelosa.

—¡Oh esta luz!— dijo al sentarse por fin— ¡ninguna como ella esclarece mi corazón! parecía que algo me faltaba allá.

Esa velada él la tuvo más suya que nunca, toda entera, sin recuerdos ni inquietudes, también sin que se hiciera ningún proyecto para el mañana.

XVI

He triunfado; ¡ah mi fuerza! ¡locura ponerse en contra mía!—Oleadas de orgullo ahogaban a veces a Lot y para humillarse necesitaba traer a la memoria sus sufrimientos recientes.

Era invierno; la noche descendía temprano sobre el molino, que durante el día breve parecía albergarla, y la lluvia solía redoblar en su techo; también el viento a su oreja misma

soplaba sus fríos designios, y seguían apretando el paso los chicos cuando llegaban a la altura de aquel ventanillo que deja entrever lo que atesora el vientre de su fábrica, todos esos mecanismos desquiciados y soterrados como si se tratara de una mina de fuerza enterrada viva, y el agua impertérrita, llevando la bóveda con sus murmurios y sus sombras, hacía con la misma diligencia su inútil viaje subterráneo.

Y sin embargo, ¡cosa estraña! entre los hermanos la vida no era tan íntima como se la habían podido imaginar, nunca como antes. El cuñado no había entablado reclamaciones, pero era preciso ser prudente y raras veces salían juntos; más bien dicho, Jermana no salía. Tampoco se encerraban ya en el «taller», aunque mas que nunca los consumiese el sentimiento de las cosas que no fueron. Lot prolongaba con delicia su paseo de la tarde, presa de un estraño malestar, apenas ingresaba al molino; porque, parecerá absurdo, pero había vuelto el mismo, exactamente el mismo malestar antiguo.

Encontraba a veces a Jermana explorando el camino detrás de los vidrios empañados por la humedad que salpicaba aquel agua en su caída incesante, y comprendía que aquí también ella experimentaba la falta de algo;... sus

ojos se volvían al sentirle y entonces trataba de disimular su confusión y apenas atinaba a abrazarle; él se sentía avergonzado y la velada transcurría en silencio como antes, pero ya no voluntario sino impuesto por una voluntad ajena, un silencio que gravitaba sobre sus almas; realmente se sentían embarazados uno en frente del otro.

—No, nó: ¡si cada cosa de nuestra vida tiene su época, y es una locura intentar, después que ha pasado, poner en pié su cadáver!; yo he cometido esa locura—reflexionaba él.

Y, ¡cosa estraña también! ya no podían hablar de su pasado común, de los muertos tutelares, como si nada de eso hubiera existido, como si la existencia no comenzara sino con aquel desdichado matrimonio. Al principio Jermana solía hablar de su marido con un poco de aturdimiento para no herir a Lot.—Estará triste... ¡Ah, él se conforma! Si vieras, no ha tenido ninguna generosidad conmigo.— Su hermano callaba comprendiendo que no era ella lo que necesitaba tan ardientemente, lo que llamó en silencio, con toda su alma... Y ella proseguía descartándose en el ausente de todo lo que la abrumaba.— Sabía que tú, que yo, padecíamos: ¿por qué nunca consintió en que nos reuniésemos?

Un día, Lot la interrumpió con impaciencia:

—En verdad, hija, tú no comprendes ciertas cosas.

Ella se quedó suspensa; después ratificó casi llorando:

—Sí, tú tienes razón, y ya te lo he dicho que no comprendo lo que siento.

Y Lot no podía dejar de pensar: él, él comprende, lo comprende como yo.

—¿Yo?...

XVII

El hermano era como su padre, su esposo era como un hermano; ¿dónde estaba el amado? ¿o talvez?... ¡Quién sabe también si no eran ambos!

A su regreso, una tarde Lot volvió a hallarse con el molino vacío y respiró con fuerza. Subió al «taller» con la lámpara, alumbró el retrato de la prófuga; no había reparado, él que lo había hecho, en la dolorosa perplejidad que vagaba por su boca, o era que había aparecido después...

—Realmente siente lo que no comprende, pensó, y súbitamente sereno, hasta sorprendido de haber dudado:

—La mitad es saber desear, la otra saber esperar y yo requiero otra vez mi esperanza;

no puede ser que sólo tengan razon las jentes prácticas, todos menos yo. ¡Ahora el prodigio!

XVIII

El invierno proseguia adelante.

Ahora las cordilleras están encerradas en una urna de hielo y enfangados los caminos, no hay pájaros; solo el turbion que se precipita por la presa no se ha conjelado y en su carrera llena de sombras y rumores la bóveda del pequeño puente; por la noche el firmamento no se enciende; el molino parece mas abandonado entonces y los transeuntes siguen pensando si allí tendrá su nido la paz o la tristeza.

Pero entre la malla de la lluvia, sin que el viento pudiera hacerle nada, junto a ~~las~~ otras ventanas que permanecían oscuras, tambien continuaba ardiendo como un faro la solitaria lámpara. A su luz silenciosa, el meditador contempla su vida y la vida. ¿Realmente está solo? y no le sorprendería si supiese que en torno suyo velaban todos los poderes servidores? tambien los muertos tutelares, porque ahora se ha instalado en la cámara de los retratos, el «taller», y allí pasa su velada.

Conversa; los que han vivido retirados, sa-

ben que el monólogo no es un recurso teatral. Mientras canta en la pared algun grillo desvelado, sostiene consigo mismo acaloradas polémicas, llenas de fuerza cuando interpela y cuando interrumpe; porque los dos principios que se debaten en todo y que son dobles a su vez cada uno, se disputan aquí tambien la posesion de un alma.

Despues de su huida, Jermána ni trató de verle; emigró a la ciudad con su marido y tampoco le escribía, como si se lo tuviesen prohibido. Lot no quisiera saber de ella, tanto daño le hace su recuerdo. ¿Era nada haber vivido un mismo pasado de inocencia y ternura? y entonces ningun recuerdo, ninguna esperanza ataba nadie a nada que no pudiera desatarse? El sabia que en la misma Escritura estaba previsto que la mujer abandonará su padre y su hermano por seguir al desconocido de su corazón, pero no podía comprender que al instalarse ese nuevo afecto quitara su sitio a todos los demás; ¡tan pequeño venia a ser, pues, el corazón femenino! y después, cuando nacían los hijos, hasta el mismo esposo no era amado ya sino como padre de ellos. ¡Ah! ¡el grande error suyo sería siempre haber creído que su hermana no era como todos!

Roncaba el grillo como un gato que se

aduerme. La razon escuchaba en silencio estas quejas del corazón; despues le objetaba algo:

—Talvez llamas Ideales, tus pasiones.

El corazón callaba sintiéndose impotente para hacerse comprender.

—Talvez amaste con desenfreno;—proseguia —no hay que salirse de lo comun.

El Corazón (exaltándose)—¡Lo comun?

La Razon (conciliadora)—O, de lo acostumbrado, si prefieres.

XIX

Despues de esto llegó indirectamente hasta el retiro de Lot la noticia de que tenía un sobrino que se le parecía como si fuera su hijo.

Entonces, con infinita melancolía, volvió a pensar en su sueño de una familia tal y como él la comprendía, sin egoismos ni exclusiones, confederada únicamente contra la soledad, el enemigo comun: ¿por qué eran tan ciegos todos, los hombres como las mujeres? ¡Ah, había que creer en la vulgaridad de todos! Sin embargo, algo le decía que sus quejas eran injustas, que la razón de las cosas estaba en otra parte, que él discurría más o ménos como las jentes que habían visto en su separacion una ruptura.

Y hubiera querido preguntarse a sí mismo, como si supiera algo que no se decía; pero sentía siempre como una gota de azogue que escapaba a su presión, que burlaba sus mas imperiosos deseos de saber. ¿Y qué hacer para perseguirse si tampoco le eran conocidos los repliegues de su naturaleza? el también sentía lo que no comprendía. ¡El y todos!

Casi supersticiosamente se entregaba a un ejercicio pueril que había imaginado: En un pliego de papel vertía algunas gotas de tinta y lo doblaba; la anilina era cada noche de un color diverso y cada noche la miraba al trasluz y como que quería explorar los caprichosos mapas que dibujaba al estenderse; después se encojía de hombros.

—En fin fuere lo que fuere, si la ausencia de deseo produce la cesación de dolor, ya estaba decidido a no pedirle nada mas ni a la vida ni a la muerte.

Cuando después de consignarle la fecha levantaba la cabeza de su trabajo inconsciente, miraba con sorpresa la cámara, y lo encerraba en una carpeta que había llegado a llamar el atlas de su alma... Ignoraba que aunque no las invocase, todavía la vida y la muerte se hallarían dispuestas a secundarle, arrollando una lo que podría estorbarle, respetando la otra lo que debía serle útil.

Y es que más hondo que los deseos, más, que los presentimientos y las esperanzas, tanto como el Destino, se halla en los hombres fuertes la rejion de una voluntad misteriosa que no toma consejo del corazón ni del cerebro y pasa como una línea recta a traves de lo accidentado y tortuoso de sus existencias, recta a su objeto. Esa obraba por su cuenta, no había dejado nunca de hacerlo, sobre su porvenir en jestion, sobre los seres y las cosas.

XX

—Todo se ha perdido—anunció la razón hablando desde muy cerca.

Acababa de saberse en el molino que había muerto la criatura parecida a Lot; en el «taller» habria un recuerdo mas de algo que *pudo* ser.

El corazón respondió como si hablara de muy lejos.

Y Lot se llevó las manos simultáneamente a la cabeza y al pecho.

Su corazón acaba de decirle que ahora llegaba la victoria.

Se encontraba como un niño delante de la una y del otro, asombrado de lo que pensaba y de lo que sentía.

XXI

¿Qué reflejan? los espejos se quiebran siempre que van a trizarse los corazones y un talismán roto o una estrella que cae viene a tener el mismo significado en la penumbra en que actuamos.

Ahora se sabe en el molino que la fugitiva va a morir; también se sabe que, después de la muerte de su hijo, iba consumiéndose lentamente; primero fué el gran espejo del «taller» el que amaneció surcado como por una red, después cada noche que Lot se pone a la ventana, raya el firmamento una vislumbre.

Sumido en la sombra él llora; llora como si quisiera rendirle todo su tributo de doior, desocuparse una vez de ella.

Llora, llora, sumerjido en la sombra; llora dulcemente, sin la angustia de los duelos recientes, como si más bien recordase a alguien, muerto desde hace mucho tiempo, alguien que quién sabe, quién sabe si existió, y, sin embargo, Germana no ha muerto todavía.

Separados por todo, maestro y discípulo, estaban reunidos a pesar de todo en aquel corazón de mujer donde no podían nada los malos espíritus; esto se reconoce ahora que ese

corazón va a romperse y que no se sabe dónde irán ellos...

Un día por fin llega el parte fatal, y a las palabras «ha muerto», el maestro contesta a su cuñado con otras tantas palabras.

«No la pongas con las manos sobre el pecho, porque eso provoca pesadillas».

El hermano no irá a dar su adiós a la hermana, ¿para qué?

XXII

Aún en esos instantes, su egoísmo calculaba las ventajas que le reportaría la soledad moral en que acaba de sumirlo aquella doble muerte: ¡ni dolor ni memoria! Cuando uno llega a comprender que es solo, solamente entonces se ha encontrado y tiene toda su fuerza; ¡Oh! no hallarse sujeto a nada, como las algas del mar! Los inquilinos del corazón no causan sino perjuicios y «saber vivir» es habitar uno mismo su corazón. Pero el sentimiento le decía que la maldición de los que han amado, es no hallar con qué reemplazar al amor y que en este mundo, nada grande puede llevarlo a cabo uno por sí sólo.

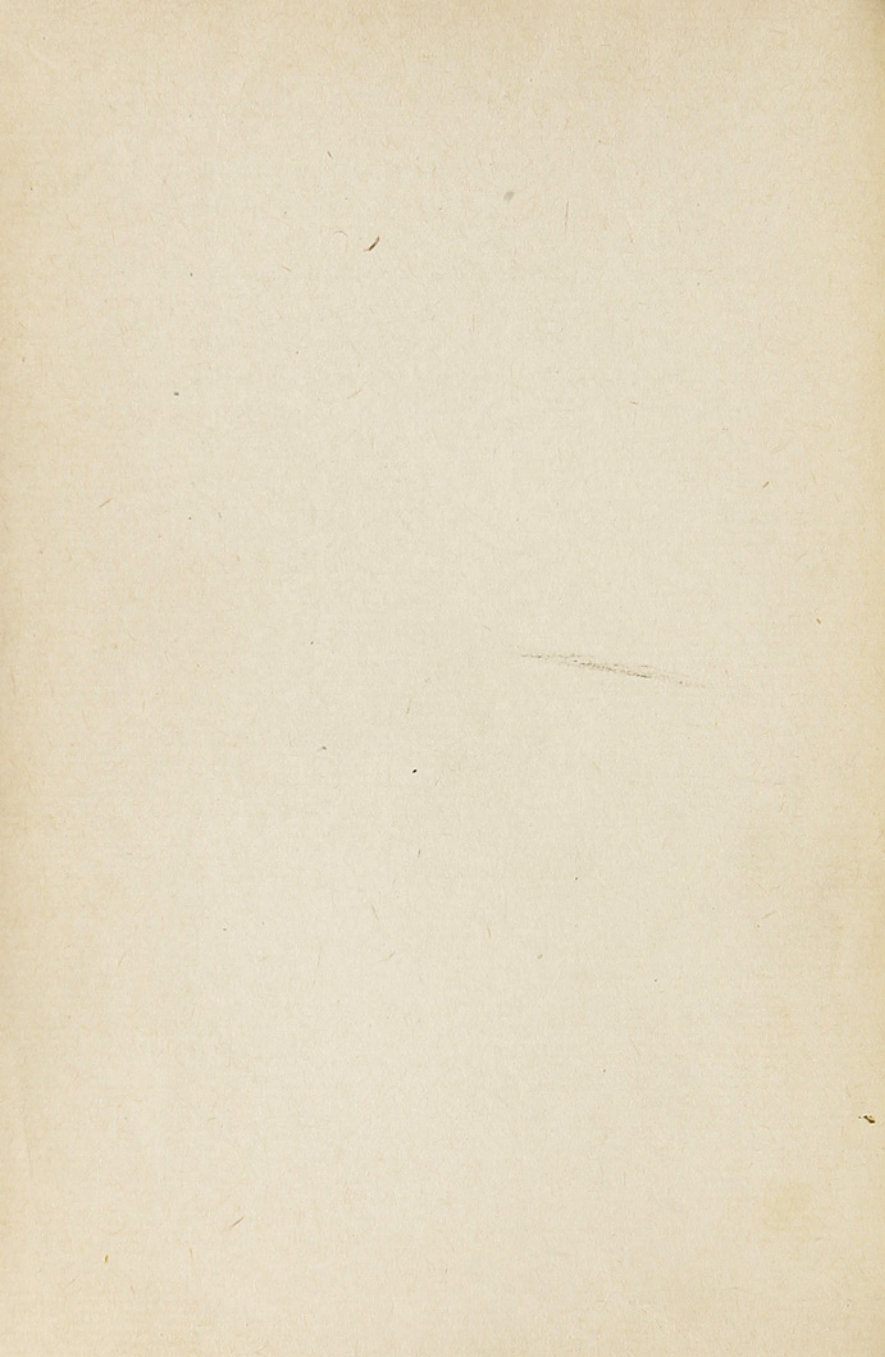
¿Pero no está en mis manos una parte de su vida? se preguntó una vez.

Después se encogió de hombros: ¿qué no le

debía su discípulo? ¿no bastaba haber señalado un hombre con su indeleble sello? ¡No, ya no más! no quería turbar al Destino, que tenía la otra parte..... no sabía si no quería o no podía.

Sólo que también había una parte de él que *sabía*, que *quería*, que *podía* y por lo cual iba cumpliendo la mitad de lo que debía ser.

Mientras se agitan los hombres en sus confusiones, sus dudas, sus desalientos y sus impaciencias, la verdad permanece; por eso, tarde que temprano, recibe sus desagravios.



TERCERA PARTE

XXIII

Lot se había recogido más temprano y más temprano también se había cerrado la puerta del molino. Reinaba una neblina densa, de esas que hacen parecer sombras los objetos, sombras más recargadas pero sin realidad ninguna; era como si un sueño lo inmaterializase todo; los árboles proyectaban en la atmósfera su silueta y de sus hojas se desprendían gotas pesadas como un chaparrón de verano.

En las ventanas aquel vapor se convierte también en agua y resbala por los cristales como los rastros plateados de un caracol. Es una de esas raras noches en que es preciso hallarse a cubierto cerca del hogar y de la lámpara para no temer que uno mismo sea una ficción esbozada por la niebla; ¡se anda tan sordamente en medio de ella y tanto há perdido todo su consistencia.

Vagamente el perro ladró como en sueños, como si estuviera muy lejos. Lot recordaba otra noche que habían recibido un huésped; como nunca se sentía triste y nervioso, talvez por aquel cielo revuelto; hasta experimentaba lijeros sobresaltos como si le esperase algo desconocido y varias veces había intentado explorar el camino con sus ojos.

El perro insistía en ladrar; entonces distinguió una sombra que se ajitaba al pié del molino y comprendió que alguien había llamado a su puerta.

Protejiendo la luz de la lámpara con la mano descendió hasta el patio y desde ahí preguntó con voz temblorosa quién era y qué podía querer; nadie respondía; se aproximó más; una voz cambiada también, le hablaba desde fuera.

—Soy yo, maestro.

Lentamente Lot fué describiendo los cerrojos; del otro lado de la puerta se oía la respiración del visitante; un momento antes, cuando veía brillar la lámpara, en su sitio de costumbre, también él debía de haber levantado la cabeza y tampoco habría sabido decir qué alumbraba, si la paz o la tristeza...

La puerta se abrió y se encontraron frente a frente los dos enlutados; uno alzaba la lámpara para ver mejor, el otro se replegaba en

la sombra, como sino fuese sino eso, como sino quisiera desprenderse de ella.

—Buenas noches—dijo Lot.

Esperaba no tener intenciones de hacerlo pasar al interior; en la oscuridad del patio el perro ajitaba sus cadenas y por la puerta entreabierta la niebla de la calle, más sucia y más húmeda, los circundaba como de un humo rojizo; también ellos echaban humo por las narices, como corceles fatigados de una infructuosa carrera y sus ojos brillaban intensamente.

—Permíteme entrar—dijo el que venía.

Sin decir palabra Lot le cedió el paso y volvió a asegurar la puerta; después subieron, precediéndole él con la lámpara; a su espalda, en la escalera, sentía los pasos cansados del discípulo que resonaban también en toda la casa; ya no parecía una mera sombra; el perro había callado súbitamente, como si alguien le hubiera hecho callar.

Llegaron arriba y el maestro empujó la puerta del «taller», después dejó la lámpara sobre la mesa y se volvió al otro con un movimiento de interrogación.

—Sí—dijo el joven en voz baja y con los ojos fijos en el suelo,—he querido ver su retrato, creí que no me negarías esto.

Siempre sin proferir palabra, Lot volvió a

cojer la lámpara y apróximándose al muro la levantó en alto; el cuñado se había acercado y miraba por encima de su hombro; en silencio, él miraba también, sorprendido; no había visto el retrato de su hermana, desde mucho antes de su muerte; le parecía cambiado. No, seguramente: ahora no se podría decir de ella que sentía lo que no comprendía; su boca sonreía con dulzura, y esta sonrisa, más que la lámpara iluminaba su rostro; ella parecía haber comprendido por fin...

Avidamente y en silencio la miraban los dos hombres; un momento el discípulo fatigado de su postura apoyó la punta de los dedos en el brazo de Lot y éste no le sintió siquiera, ni experimentaba cansancio en aquella difícil actitud, con el brazo en alto y la lámpara. Miraron mucho tiempo, pero cuando Lot se dió vuelta, vió que el joven estaba otra vez con la vista baja, sumido en sus pensamientos; y desde cuando estaba así parecía haberse olvidado ya del retrato y tuvo un sobresalto como quien despierta.

Todavía quedaron un tiempo uno frente al otro, sin cambiar palabras. Sobre la mesa se consumía la lámpara silenciosamente; el silencio les circundaba; en el muro el retrato miraba y sonreía.

—Gracias y adios—murmuró el cuñado.
Y volvieron a bajar.

XXVI

Casi tan silenciosa como ésta, fué la segunda entrevista; subieron y contemplaron el retrato, sólo que después, sin que Lot hubiese hecho un jesto para invitarle, el discípulo se dejó caer en un sillón, como abrumado por una fatiga excesiva; entonces su huésped tomó asiento frente a él y así permanecieron.

—Aquí no se siente correr el tiempo—dijo de pronto el joven, como hablando consigo mismo.

Todo callaba, el viejo reloj como antes y suspenso en la misma hora; hubiérase dicho realmente que el tiempo se había estagnado en aquel «taller», frente al espejo roto, vecino al molino inmóvil, donde solo trabajaba el pensamiento. Horas inmóviles. Palabras silenciosas. Recuerdos olvidados. Un grueso manojo de violetas exhalaba su aroma en aquel sofa y la lámpara se consumía apasiblemente.

¡El único que quise llamar, cómo no había de oirme!—pensaba Lot, considerando al joven.

Lo hallaba viejo, casi tanto como él; el otro sorprendió aquella mirada y sonriendo tristemente, mostrándole sus manos...

—Mira si habré enflaquecido que -el anillo de alianza que antes me quedaba estrecho,

que me incomodaba, ahora juega en el dedo y casi se me escapa.

Lot las comparó involuntariamente con sus manos; también se parecían, largas, finas, manos como ciertas flores de invernáculo, cruzadas por venillas azulejas. Pensó que nunca se habían parecido más maestro y discípulo, que después que éste había hecho su primera salida al aire de la vida. ¡Pobre alma que tanteaba en el vacío, no era aquella muleta la que había podido servirle sino que necesitaba un lazarillo!

Pensó más:

Sufre por mi causa.

Y después:

Dejará de sufrir de mí, el día y hora que se confíe por completo a mí, sólo entonces no sentirá ya mi peso que no es sino el peso de nuestro destino en llevar él solo sobre su pobre corazón.

Sin embargo, en la cámara la atmósfera era liviana más que si estuviesen abiertas todas las ventanas; la lámpara brillaba casi alegre, el retrato sonreía como si aquella pobre discreta hubiera alcanzado a saber amar de un amor inteligente...

—¿Por qué has vuelto?—le preguntó en alta voz.

Sonriendo con suavidad, mirándolo a los

ojos, el otro contestó vacilando en las palabras:

—Por ella; si, creo que por ella.

—He venido a verla.

Y como Lot callase, insistió con cierta agitación.

—...Seguramente, seguramente. ¿No crees tú lo mismo?

XXV

La tercera noche la velada se prolongaba. Al principio habían estado molestos, porque, como que alguien golpeaba los cristales, algún insecto talvez, y Lot tuvo que levantarse para echarle; pero era al contrario una mariposa que atraída por la luz trataba de penetrar en el recinto y él le abrió de todos modos. El discípulo pretendía saber algo de su vida, si trabajaba, qué había hecho, y le había respondido en el tono que usaba cuando quería burlarse de sí mismo.

—¿Hacer planos, como todos? ¡gracias, hijo!

Para él toda obra humana no era sino el plano de un monumento más o menos atrevido que a los mortales no les era dado construir, y al oírle había que convenir de una vez por todas en la vulgaridad de la existencia.— ¡Ah,

los pobres mortales! decía a menudo— ¡devolvedles su bacía para que sigan inflando sus pompas de jabón! Ahora fué más lejos.

—¿No ves que estamos todos enfermos?— le decía.— Saca tu alma a que se distraiga, que respire el aire. Vivamos, pues, para mirar el campo en completa convalecencia.

Pero el discípulo protestaba, mientras revoloteaba la mariposa en torno de la lámpara.

—¡Chit, niño, no alces la voz— proseguía Lot— ¿Qué querías hacer? ¿pintar? ¿modelar barro? ¿Querías escribir, tal vez, palabras que no forman sino el anagrama de algo, ser el amanuense de tí mismo? ¡Triste destino! para crear más es menester sentir menos.

Se interrumpió, viendo que el otro quería evitar que la mariposa se abrazase.

—Déjala; viene de la larga noche: puede hallar mejor ara en que rendir su vida? y tú, vive la tuya silenciosa, que falta silencio para nuestro asombro. Toda producción no puede ser sino prematura; sólo madurará lo que ni siquiera se piensa formular.

El otro se debatía contra aquel nirvana y el el maestro se burlaba de él.

—Tus palabras se retuercen porque no pueden echar fuera el espíritu que las anima; tú también pareces un poseído.

Hubiera deseado añadirle: «Hasta que te

entregues por entero a mí, entonces», y dijo algo aparentemente diverso.

—¿Por qué vienes; en fin?

—Para que hablásemos de ella, sí, eso es.

Pero lo hacían apenas; tampoco Lot gustaba de ello y si el cuñado lo había deseado cuando vino recién, ahora los dos, tácitamente la eliminaban de su intimidad, como ella se eliminó; más a menudo callaban, rodeados por el silencio enigmático de los antepasados, sintiéndola sonreír a pesar de todo; con la melancólica satisfacción de quien ha comprendido lo que sentía.

—¡Ah, es cierto, también yo he hecho algo!

—le dijo el maestro esta vez, yendo al fondo del aposento.

Y volvió con la carpeta donde coleccionaba aquellas estrañas coloraciones, sus «estados de alma» como decía.

—Son fotografías espectrales como las de los rayos X. Mira, esta es dorada y tiene la forma de un escarabajo, el emblema de la inmortalidad; yo recuerdo cuando la hice; también esta otra púrpura, que parece un cangrejo; y esta una flor y esta...

Violentemente, casi amenazador, el joven se alzó de pronto, se le acercó hasta tocarle, le increpó con desesperación.

—¿Qué eres, dímelo!

Lot retrocedía.

--Tú que todo lo sabes; debes saberlo, si eres malo o bueno; yo seré el mismo para tí, pero sácame de esta incertidumbre que me mata.

Y convulsivamente, estrujándole los dedos tan cerca que le echaba el aliento.

—¡Oh, no sospechas lo que he padecido! ¡como un condenado! Mi pensamiento no se separaba un instante de aquí; mira, ella ha muerto porque lo comprendió así; yo la he muerto.

Las últimas palabras las había dicho casi al oído de Lot que lo consideró con recelo, casi con menosprecio; él veía bien que el rostro de la muerta sería de una heroína, pero no una víctima.

—¡Dímelo, por tu alma!—apostrofó el discípulo.

Se detuvo tembloroso, asustado. Lot había cambiado también de actitud y de expresión. Hubo un silencio indefinido. Creyó que le llamaría loco o niño como otras veces, que lo trataría compasiva, ironicamente y ahora al ver que le miraba con tristeza, deseó que no respondiera de ningún modo a su vergonzosa pregunta.

—El bien... el mal...—profirió lentamente el maestro, como tratando de recordar.

Y él comprendía lo que quería decir con esto, comprendía que para los que han probado del fruto prohibido, aquellas no son sino palabras; fronteras imaginarias en el reino indivisible del espíritu.

Ya en la puerta, Lot lo besó en la frente como antes.

—No, déjame maestro—le suplicó.—Yo volveré, volveré demasiado a menudo, pero deja que me haga la ilusión de que nada me obliga a ello.

XXVI

Es en una tarde de primavera, de esas que hacen sonreír a los que creían no volver a hacerlo nunca. Como en otro tiempo, el propietario del molino ha remontado en su paseo el curso de las aguas para llegar hasta su fuente; pero ha ido por el camino real y no por el talud, que ahora le oculta el horizonte y las cordilleras y vuelve hollando el polvo que fué barro en otro tiempo. Frente a él una línea baja de cerros resalta tanto más azul cuanto más dorado es el cielo detrás de ella y en lo alto una franja de nubes repite el mismo azul; también surgen ahora en la altura caprichosas islas que se deshacen como se for-

maron; y es la muerte del día como una lección de serenidad a todo lo que debe morir.

Lot marchaba con las manos atrás, de cara a la luz; había pasado ya cuando el discípulo que venía a su encuentro lo llamó desde la sombra.

—No, no me incomodas, hijo.

Entonces se le reunió y lentamente siguieron en silencio hacia el molino. El paisaje los envolvía, hacia participar sus pensamientos de su sentimiento dominante y para esto, ellos ni siquiera necesitaban admirarle, bastaba con que marcharan entre los árboles que echan nuevos retoños, sobre el polvo en que se han confundido las hojas del año muerto. Y fué así como se repitió la antigua escena.

—¡Ah!—cantó la voz del joven—¡Maestro, maestro! es la primavera, pero también el día declina: ¿por qué no podríamos hacer el esfuerzo? Se montaría los engranajes, aprovecharíamos la fuerza hidráulica y nuevamente voltaría la rueda y aventaría el polvo del trigo.

Lot hizo un gesto rudo.

—Nó, déjalo y que el agua corra sin aprovechar a nadie; y qué sabemos nosotros?

Iban llegando al molino; en medio de las demás ventanas cerradas, ya se distinguía su luz que tampoco ninguno de ellos hubiese podido determinar lo que alumbraba.

—¡Oh, perdona maestro, yo quisiera que tú hasta pensaras por mí; pero recuerdo que hay allá arriba un cuarto blanco que quedará deshabitado!... —insistió el otro, ya dispuesto a dejarse convencer.

—¿Quién no tiene en su alma un vacío cerrado? (y Lot pensaba que aquel hermano no sería nunca un colaborador) Se condenará su puerta. ¿Nosotros qué sabemos, niño?

*
* *

Sí, ¿qué sabían ellos? ¿cuál ha sido su obra? El agua de la presa sigue cayendo tumultuosamente y nunca se le ocurrirá preguntarse si su actividad es útil. El molino está allí y los que pasamos por frente de él trataremos inútilmente de definir lo que encierra, y unos dirán que la paz y otros que la tristeza.

Pero mientras tanto allá arriba, su lámpara solitaria, perdida como una estrella, arde como una estrella, proyecta su luz hasta la entrada del gran camino y, sin quererlo ni saberlo, logra esclarecer un pequeño rincón de esta tierra envuelta en las sombras de la noche...

San Bernardo 8-16 de Septiembre de 1906.

FIN DE LA LÁMPARA

El Abuelo D'Halmar

El abuelo D'Halmar

Justamente con las sombras de la noche, la neblina ha ido invadiendo el puerto y sofocando el ruido que vomitan las tabernas subterráneas; voces enronquecidas, choques de copas, taponazos; y por las callejuelas no mas anchas que un canal, la música de un piano o de algun organillo ambulante, la canción interrumpida y reanudada de los marineros que circulan en comparsas... Todo esto contrasta violentamente con el hotel que acabamos de dejar, donde una iluminación profusa congregaba a los comensales y realzaba sus brindis la melopea discreta de los violines. El bajo puerto cobra su aspecto amenazador de las noches y Cristian y yo lo atravesamos en dirección a la esplanada.

Brisa y olor de mar. De codos en el acantilado, consumimos en silencio esta última hora de estar juntos; porque el marino, que ha

fondeado ayer, deberá zarpar mañana... En vueltas por la bruma, las señales de a bordo parece que llorasen, mientras el faro brilla a lo lejos con intermitencias que son como silencios entre dos gritos. ¿Qué es lo que piensa mi amigo? Uno que otro oficial, embozado en su capa, penetra al embarcadero luciente y resbaladizo como una pizarra; Cristian y yo lo seguimos con la vista. Despréndese del muelle una embarcación y con su farol sangriento se desliza al ras de las aguas, entre los barcos anclados, sobre la bahía quieta... Así se irá él, en una hora mas. Brisa y olor de mar. Ha sonado una campanita; el rosario de focos se apaga súbitamente y adquiere la resaca un rumor mas misterioso. Sólo los fuegos de los vigilantes doran todavía los vuelcos de las olas a todo lo largo del malecon... ¡Pobre Cristian! Y a nuestro alrededor las luminarias de la ciudad y las luces de los cerros aparecen como prendidas en aquella malla sutil que envuelve tambien a las estrellas.

—En una noche así... dice él.

Me estremezco y hundo mis ojos en los ojos de este hombre que se me parece como otro yo;...sus ojos cansados de la redondez de la tierra. (Algunos hombres hacemos pensar en esos pájaros que han caído en una habitación cerrada). Mientras yo vejeto en mi rincon, él

pasea por el mar, bajo todos los cielos, mis mismas angustias y mis ansias. Y se me figura que es un espíritu desprendido de mí; que toda la vida es un sueño; que yo duermo y que él es mi espíritu errante.

...El hechizo talvez no se deshaga nunca. No tiene el marino, que no ha querido echar ancla, otro hogar que su camarote; pero en mi habitación está todo lo que le concierne: sus pinceles y sus libros; tambien sus retratos de familia, uno sobre todo que se parece vagamente a alguien que no conoceremos nunca.

—¿Piensas en el retrato?—me pregunta Cristian;—ya sabía que pensabas en eso porque yo te iba a contar esa historia.

Despues se calla y yo no tengo para qué apremiarle. Nuestro pensamiento se completa y la mitad de la historia me la contaré yo mismo;...la otra mitad hago por recordarla, aunque no la haya sabido nunca.

—En una noche así;—me repite mi compañero—yo estaba en Amsterdam, en tierra, en una de sus noventa islas que reunen trescientos puentes. Allá esta atmósfera gris no se disipa y es más húmeda y mas fina. En pleno día, lo envuelve y lo suaviza todo, la Amstelodamum medioeval, sus monumentos y sus astilleros, las aguas del golfo, los verdes campos entrecruzados de canales, con enormes

perspectivas donde manotean las aspas de los molinos; el viento del Mar del Norte se esfuerza inutilmente por despejarla. ¿No nació allí Benedictus Spinoza?

Había desembarcado en la mañana, para visitar el cementerio porque era conmemoración de los difuntos y tú sabes el culto que les profeso; son mi religion y mi familia y, como junto a cualquier parroquia no deja de haber un camposanto, los encuentro por donde quiera que vaya. Otros hay que socorren a los pobres y otros que atienden a los enfermos; en cuanto a mí, yo visito los muertos.

Solo recorrí el panteon del Oeste, donde reposan los burgo-maestres, y el cementerio general. Había encontrado, como en las iglesias de Bretaña, los epitafios de muchos marinos, pero, como en todas partes, allí no estaban sino sus nombres, los marinos tienen otra tumba mas a su gusto; y andando esos muelles, que son una obra de arte, yo interrogaba el Mar del Norte que como la eternidad guarda su arcano. Pensaba en todas las relaciones de naufragios que han llegado a mis oídos y, sobretudo, en aquel lejendario abuelo D'Halmar que ha resucitado en mí. Tú sabes, era un capitán escandinavo, su buque se llamaba el «Témpano» y nunca se supo ni de uno de los tripulantes.

Cuando sobrevino la noche, pensaba volver a comer a bordo, pero la hora me sorprendió demasiado lejos y entonces lo hice en el Círculo Naval. Yo vestía el uniforme de la marina mercante y alrededor mio se hablaba con todos los acentos, el argot marino, que es como un idioma universal. Había oficiales flamencos, oficiales rusos, un duque portugués con su estado mayor, y todos, ciudadanos del mar, fraternizábamos como se debe.

A los postres me invitaron, de una mesa vecina, a una copa en el casino y en bulliciosa compañía prolongué mi sobremesa. Al despedirme de mis improvisados amigos me sentía tan mareado que penetré a uno de los fumaderos del Círculo y fui a tumbarme en el diván... Soñé que iba por la playa de un mar sin término, a mi otro lado no había sino dunas. De pronto se alza un viento caliente y, las montañas de arena y las olas enormes se precipitan unas contra otras. Todo desaparece. Ahora un peñasco impera, solitario, y un faro que no alumbra a nadie. El terror me sobrecoje. Algunos pájaros se dan de cabezadas contra el fanal; y yo corro y como mis piernas son muy largas, para correr más ligero me las echo a la espalda.

Debo de haber dormido lo menos una hora, porque cuando salí del Círculo la esfera ilu-

minada de la Iglesia Nueva, indicaba mas de las doce. Entonces apresuré el paso por aquellas calles con balaustradas de piedra, limpias y tranquilas, cruzando viaductos seculares. Había olvidado decirte que todo Amsterdam está sobre pilotes y se hace debajo ese misterio fascinador de los muelles o de los arcos tendidos sobre la presa de los molinos. Abajo la sombra y en la sombra el agua... Te aseguro que si no me coje uno de esos encantos, no me suicidaré nunca.

Así llegué al embarcadero; pero como no viera el bote que debía esperarme, busqué otro que me trasportase. De repente la marea pareció extraer uno de debajo de la escala y cuando salté a él, silenciosamente, sin aguardar mis órdenes el remero se hizo conmigo mar afuera.

Como te dije, en Amsterdam se enseñorea la neblina, y en el puerto, sobretodo a las altas horas, no es fácil distinguir un objeto de otro. El bote se detuvo cuando debíamos de haber recorrido, más o menos, la distancia que separaba a mi buque; cogí la escala y subí; pero una vez sobre cubierta, reconocí mi error: aquel no era mi buque.

Me disponía a descender nuevamente, pero un rumor de remos me dejó paralizado; e barquero que me había traído ganaba la costa rápidamente.

Entonces grité, y mi voz se embotó en la niebla. Dí con el pie en el puente y furioso quise echarme a nado. Mas lejos o mas cerca, se distinguían las luces de los demás barcos y habría sido difícil orientarme para reconocer el mío.

Y mientras tanto ni un rumor en el navío que había abordado; no se veía por ninguna parte al centinela del portalón, ni se oía los pasos del oficial de cuarto. Me aventuré algunos metros, con cierta zozobra porque podían confundirme con un contrabandista, y disparar; después, visto que nadie acudía cobré ánimos, y al poco rato acabé por desear que alguien me sorprendiese, de otro modo mi situación se prolongaría hasta quién sabe cuándo.

Un ruido lejano que provenía del entrepuente y algunos rayos de luz que se filtraban por una escotilla hicieron que descendiese. Me hallé en un pasillo oscuro y de pronto una mano se apoyó en mi hombro y una voz muy dulce me interrogó en noruego.

Tú sabes que, por tradición, yo poseo aquella lengua. El que hablaba debía de ser un hombre joven, le expliqué mi percance y entonces, siempre en la oscuridad, él impartió algunas disposiciones y en seguida me invitó a que descansara unos momentos en su cámara, mientras aparejaban un bote.

Sólo cuando penetramos al recinto alumbrado pude ver a mi interlocutor y me quedé perplejo. Yo había conocido en alguna parte aquel rostro... ¿no se parecía a tí?... pero tú mismo te me pareces tanto que también podía ser que se pareciera a mí.

Permanecí algunos momentos con mi huésped; se comprendía que era una de esas naturalezas taciturnas que, si uno se calla, recaen en su ensimismamiento, y fueron contadas las palabras que se cruzaron entre nosotros; pero cuando me puse en pie para despedirme, ocurrió algo absolutamente inesperado; me miró primero, con los labios temblorosos, y después retrocediendo volvió a dejarse caer en el sitio que había ocupado; yo permanecía en pie atónito, sin saber si se trataba de un enfermo; en torno nuestro, en todo el buque, parecía haberse suspendido la vida; de pronto alzó la cabeza de entre las manos y volvió a contemplarme. ¡Dios mío! ¿a quién se parecía aquel hombre? Descolgó de la pared un retrato y lo puso en mis manos, sin proferir palabra.

Caminábamos uno al lado del otro por los sombríos pasillos; salimos al aire libre, llegamos al pie de la escala sin haber encontrado a nadie, y sólo entonces mi extraño guía me dijo algo que me pareció un sueño.

«Cristian,—me dijo—guarde ese recuerdo del *Témpano*».

Aun no volvía en mí cuando me hallé en mi buque, no podría haber dicho quién me había transportado, ni cuánto había durado nuestra travesía. Pensamientos incoherentes me asaltaban el cerebro: 1.º de Noviembre... los muertos en el mar;... ¿talvez vagan los espectros de los buques? ¿necesitan, también, recalar de cuando en cuando en los puertos de los hombres? Talvez cada año, en aquella fecha, se congregara en derredor nuestro una escuadra fantasma; de una a otra torre, enviarían órdenes los porta-voces; pero las palabras no serían sino ecos, es decir, sombras de palabras.

Y así vagaba el barón D'Halmar, desde hacia medio siglo, y era entre la bruma de Amsterdam, una noche de difuntos, cuando yo, su nieto, había celebrado con él aquella extraordinaria entrevista a bordo del *Témpano*... ¿No sería que un barco que ha ocupado un lugar en el espacio, no puede desvanecerse sino muy lentamente?... Habría estado a bordo del espejismo de un buque, de su imagen, de su recuerdo? Pero, ¿y ese cuadro que quedaba en mi poder?

Porque entre mis manos estaba aquella miniatura que, tantas veces, me has preguntado a quién representa; ¿a quién? ¿Al abuelo D'Halmar? ¿O no habrá nacido aún el que está re-

tratado en ella? Tiene los cabellos largos y en sus mejillas no hay asomo de barba; pero... ¿es una mujer? ¿es un hombre? ¿es un andrógino? ¿Es la amada que busco? ¿es el amigo?... Talvez sea la amada ideal, talvez el amigo ideal... ¡la amada y el amigo, talvez!

.....
La voz de Cristian ha cesado; yo interrogo a mi alrededor; porque me parece que una luz mas se hubiera estinguido, que se condensase la niebla...

Un grito viene de alta mar, rasga como un cuchillo aquel velo, nos penetra el tímpano.

—Es la sirena de algún vapor,—necesito explicarme a mf mismo en voz alta. ¡Sin duda es una sirena!

...Entre la bruma, haciéndose que duerme, el mar acecha en silencio.

EN PROVINCIA

En Provincia

La vie est breve:
Un peu d'espoir
Un peu de rêve,
Et puis, «bonsoir».

Tengo cincuenta y seis años y hace cuarenta que llevo la pluma tras de la oreja; pues bien, nunca supuse que pudiera servirme para algo que no fuese consignar partidas en el libro «Diario», o transcribir cartas con encabezamiento inamovible:

«En contestación a su grata fecha... del presente, tengo el gusto de comunicarle...»

Y es que, salido de mi pueblo a los diez y seis años, después de la muerte de mi madre, sin dejar afecciones tras de mí, viviendo desde entónces en este medio provinciano, donde todos nos entendemos verbalmente, no he tenido para qué escribir. A veces lo hubiera de-

seado; me hubiera complacido que alguien, en el vasto mundo, recibiese mis confidencias, pero, ¿quién?

En cuanto a desahogarme con cualquiera, sería ridículo. La gente se forma una idea de uno y le duele modificarla. Yo soy, ante todo, un hombre gordo y calvo, y un empleado de comercio; Borja Guzman, tenedor de libros en el «Emporio Delfín». ¡Buena la haría saliendo ahora con revelaciones sentimentales! A cada cual se le asigna, o escoge cada cual su papel, en la farsa, pero precisa sostenerlo hasta la postre.

Debí casarme y dejé de hacerlo. ¿Porqué? No por falta de inclinaciones, pues, aquello mismo de que no hubiera disfrutado de un hogar a mis anchas, hacia que soñase con formarle. ¿Por qué entónce? ¡La vida! ¡ah la vida! El viejo Delfín me mantuvo un honorario que el heredero mejoró, pero que fué reducido apenas cambió la casa de dueño. Tres ha tenido y ni varió mi situación, ni mejoré de suerte. En tales condiciones se hace difícil el ahorro, sobre todo si no se sacrifica el estómago. El cerebro, los brazos, el corazón, todo trabaja para él; se descuida a Smiles y cuando uno quisiera establecerse no hay modo de hacerlo.

¿Es lo que me ha dejado soltero? Sí, hasta

los treinta y un años, que de ahí en adelante no se cuenta. Un suceso vino a clausurar a esa edad mi pasado, mi presente y mi porvenir, y ya no fuí, ya no soy, sino un muerto que hojea su vida.

Aparte de esto, he tenido poco tiempo de aburrirme. Por la mañana, a las nueve, se abre el almacén; interrumpe su movimiento para el almuerzo y la comida, y al toque de retreta se cierra. Desde ésa, hasta ésta hora, permanezco en mi piso jiratorio, con los pies en el travesaño mas alto y sobre el bufete los codos forrados en percalina; después de guardar los libros y apagar la lámpara que me corresponde, cruzo la plazoleta y, a una vuelta de llave, se franquea para mí una puerta; estoy en «mi» casa. Camino a tientas; cerca de la cómoda hago luz; allí, a la derecha, se halla siempre la bujía. Lo primero que veo es una fotografía, sobre el papel celeste de la habitación; después la mancha blanca del lecho, mi pobre lecho que nunca sabe disponer Verónica, y que cada noche acondiciono de nuevo. Una cortina de cretona oculta la ventana que cae a la plaza.

Si no hace demasiado frío la retiro y abro los postigos, y si no tengo demasiado sueño saco mi flauta de su estuche y ajusto sus piezas con vendajes y ligaduras. Vieja, casi tan-

to como yo, el tubo malo, flojas las llaves, no regulariza ya sus suspiros y a lo mejor deja escapar el aire con desalentadora franqueza. De pie ante el alfeizar, acometo una serie de trinados y variaciones para tomar la embocadura y en seguida doy comienzo a la elejía que le dedico a mis muertos. ¿Quién no tiene los suyos, esperanzas o recuerdos?

La pequeña ciudad duerme bajo el firmamento. Si hay luna puede distinguirse perfectamente el campanario de la parroquia, la cruz del cementerio o la silueta de alguna pareja que se ha refugiado entre las encinas de la plaza, aunque los enamorados prefieren mejor el campo, de donde llega el coro de las ranas con rumores y perfumes confusos. El viento difunde los gemidos de mi flauta y los lleva hasta las estrellas, las mismas que, hace años y hace siglos, amaron los que duermen en el polvo. Cuando una cruza el espacio, yo formulo un deseo invariable. En tantos años se han desprendido muchas, y mi deseo no se cumple.

Toco, toco. Son dos o tres motivos melancólicos. Talvez supe mas y pude aprender otros, pero éstos eran los que ella prefería, hace un cuarto de siglo, y con ellos me he quedado.

Toco, toco. Al pie de la ventana un grillo que se siente estimulado, se afina intermina-

blemente. Los perros ladran a los ruidos y a las sombras. El reloj de una iglesia da una hora. En las casas menos austeras cubren los fuegos y hasta el viento que transita por las calles desiertas, pretende apagar el alumbrado público.

Entónces, si penetra una mariposa a mi habitación, abandono la música y acudo para impedir que se precipite sobre la Mama ¿No es el deber de la experiencia? Además comenzaba a fatigarme. Es preciso soplar con fuerza para que la inválida flauta responda, y con un volumen excesivo, yo quedo jadeante.

Cierro, pues, la ventana, me desvisto y, en gorro y zapatillas, con la palmatoria en la mano, doy, antes de meterme a la cama, una última ojeada al retrato. El rostro de Pedro es acariciador, pero en los ojos de ella hay tal altiveza, que me obliga a separar los míos. Cuatro lustros han pasado y se me figura verla. Así: así me miraba.

Esta es mi existencia desde hace veinte años. Me ha bastado para llenarla, un retrato y algunos aires antiguos; pero está visto que, conforme envejecemos, nos tornamos exigentes. Ya no me bastan y recurro a la pluma.

¡Si alguien lo supiera! Si sorprendiese alguien mis memorias, la novela triste de un hombre alegre, «don Borja. «El del Emporio

Delfin»! ¡Si fuesen leídas!... ¡pero no! Manuscritos como éste, que vienen en reemplazo del confidente que no se ha tenido, desaparecen con su autor. El los destruye antes de embarcarse y algo debe prevenirnos cuándo. De otro modo no se comprende que, en un momento dado, no más particular que cualquiera, menos talvez que muchos momentos anteriores, el hombre se deshaga de aquel «algo» comprometedor, pero querido, que todos ocultamos, y al hacerlo ni sufra, ni tema arrepentirse. Es como el pasaje que, una vez tomado, nadie posterga su viaje.

O será que partimos, precisamente porque ya nada nos retiene. Las últimas amarras han caído... el barco zarpa!

Fué, como dije hace veinte años; más, veinticinco, pues ello empezó cinco años antes. Yo no podía llamarme ya un joven y ya estaba calvo y bastante grueso; lo he sido siempre; las penas no hacen sino espesar mi tejido adiposo. Había fallecido mi primer patron y el Emporio pasó a manos de su sobrino, que habitaba en la capital; nada sabía yo de él, ni siquiera le había visto nunca, pero no tardé en conocerle a fondo; duro y atrabiliario con sus dependientes, con su mujer se conducía

como un perfecto enamorado, y cuéntese con que su unión databa de diez años. ¡Cómo parecían amarse, santo Dios! También conocí sus penas, aunque a la simple vista pudiera creérseles felices. A él le minaba el deseo de tener un hijo y aunque lo mantuviera secreto, algo había llegado a sospechar ella. A veces solía preguntarle: «¿qué echas de menos?» y él le cubría la boca con sus besos. Pero ésta no era una respuesta ¿no es cierto?

Me habían admitido en su intimidad desde que conocieron mis aficiones filarmónicas. «Dèbimos adivinarlo, tiene pulmones a propósito» tal fué el elogio que él le hizo de mí a su mujer, en nuestra primera velada.

¡Nuestra primera velada! ¿Cómo acerté delante de aquellos señores de la capital, yo que tocaba de oído y que no había tenido otro maestro que un músico de la banda? Ejecuté, me acuerdo, «El ensueño», que esta noche acabo de repasar, «Lamentaciones de una joven» y «La golondrina y el prisionero» y solo reparé en la belleza de la principala cuando descendió hasta mí para felicitarme.

De allí dató la costumbre de reunirnos, apenas se cerraba el almacén, en la salita del piso bajo, la misma donde ahora se ve luz, pero que está ocupada por otras jentes. Pasábamos algunas horas embebidos en nuestro corto re-

pertorio, que ella no me había permitido variar en lo más mínimo, y que llegó a conocer tan bien, que cualquiera nota falsa la impacientaba: otras veces me seguía tarareando, y por bajo que lo hiciera, se adivinaba en su garganta una voz cuya extensión ignoraría ella misma. ¿Por qué, a pesar de mis instancias, no consintió en cantar? ¡Ah! yo no ejercía sobre ella la menor influencia; por el contrario, a tal punto me imponía que, aunque muchas veces quise que charlásemos, nunca me atreví. ¿No me admitía en su sociedad para oirme? ¡Era preciso tocar!

En los primeros tiempos, el marido asistía a los conciertos y, al arrullo de la música, se adormecía, pero acabó por dispensarse de ceremonias y siempre que estaba fatigado nos dejaba y se iba a su lecho. Algunas veces concurría uno que otro vecino, pero la cosa no debía de parecerles divertida y con más frecuencia quedábamos solos. Así fué como una noche que me preparaba a pasar de un motivo a otro, Clara (se llamaba Clara) me detuvo con una pregunta a quemarropa.

—Borja ¿ha notado usted su tristeza?

—¿De quién? ¿del patrón?—pregunté bajando también la voz.—Parece preocupado, pero...

—¿No es cierto?—dijo clavándome sus ojos afiebrados.

Y como si hablara consigo.

—Le roe el corazón, y no puede quitárselo.
¡Ah, Dios mío!

Me quedé perplejo y debo de haber permanecido mucho tiempo, hasta que su acento imperativo me sacudió.

—¿Qué hace usted ahí? ¡Toque, pues!

Desde entonces pareció más preocupada y como disgustada de mí. Se instalaba muy lejos, en la sombra, tal como si yo le causara un profundo desagrado; me hacía callar, para seguir mejor sus pensamientos, y al volver a la realidad, como hallase la muda sumisión de mis ojos, a la espera de un mandato suyo, se irritaba sin causa.

—¿Qué hace usted así? ¡toque pues!

Otras veces me acusaba de apocado, estimulándome a que le confiara mi pasado y mis aventuras galantes; según ella, yo no podía haber sido eternamente razonable y alababa con ironía mi «reserva», o se retorció en un acceso de incontenible hilaridad: «San Borja, tímido y discreto». Bajo el fulgor ardiente de sus ojos, yo me sentía enrojecer más y más, por lo mismo que no perdía la conciencia de mi ridículo; en todos los momentos de mi vida mi calvicie y mi obesidad me han privado

de la necesaria presencia de espíritu y ¡quién sabe si no son la causa de mi fracaso!

Transcurrió un año; durante el cual solo viví por las noches: cuando lo recuerdo me parece que la una se anudaba a la otra, sin que fuera sensible el tiempo que las separaba, a pesar de que, en aquel entonces, debe de haberseme hecho eterno... Un año, breve como una larga noche.

Llego a la parte culminante de mi vida. ¿Cómo relatarla para que pueda creerla yo mismo? Es tan inesplicable, tan absurdo, tan inesperado!

Cierta ocasión en que estábamos solos, suspendido en mi música por un ademán suyo me dedicaba a adorarla, creyéndola abstraída, cuando de pronto, la ví dar un salto y apagar la luz; instintivamente me puse en pié, pero en la oscuridad sentí dos brazos que se enlazaban a mi cuello, y el aliento entrecortado de una boca que buscaba la mía.....

Salí tambaleándome. Ya en mi cuarto abrí la ventana y en ella pasé la noche. Todo el aire me era insuficiente. El corazón quería salirse del pecho, lo sentía en la garganta, ahogándome ¡qué noche!

Esperé la siguiente con miedo. Creíame juguete de un sueño. El amo me reprendió un

descuido y aunque lo hizo delante del personal, no sentí ira ni vergüenza.

En la noche él asistió a nuestra velada. Ella parecía profundamente abatida.

Y pasó otro día y otro sin que pudiéramos hallarnos solos; al tercero ocurrió; me precipité a sus plantas para cubrir sus manos de besos y lágrimas de gratitud, pero altiva y desdeñosa, me rechazó, y con su tono más frío, me rogó que tocara.

¡No, yo debía haber soñado mi dicha! ¿creeis que nunca, nunca, nunca más volví a rozar con mis labios ni el extremo de sus dedos? La vez que, loco de pasión, quise hacer valer mis derechos de amante, me ordenó salir, en voz tan alta, que temí que hubiera despertado al amo que dormía en el piso superior.

¡Qué martirio! Caminaron los meses y la melancolía de Clara parecía disiparse, pero nó su enojo. ¿En qué podía haberla ofendido yo? hasta que por fin, una noche que atravesaba la plaza con mi estuche bajo el brazo, el marido en persona me cerró el paso. Parecía extraordinariamente agitado y mientras hablaba mantuvo su mano sobre mi hombro, con una familiaridad inquietante:

—¡Nada de músicas!—me dijo—la señora no tiene propicios los nervios y hay que empezar a respetarle éstos y otros caprichos.

Yo no comprendía.

—Sí, hombre. Venga usted al Casino conmigo y brindaremos a la salud del futuro patrocito!

Nació. Desde mi bufete, entre los gritos de la parturienta, escuché su primer vajido, tan débil. ¡Cómo me palpitaba el corazón! ¡Mi hijo! Porque era mío, no necesitaba ella decirme! ¡Mío! ¡mío! ¡Yo, el solterón solitario, el hombre que no había conocido nunca una familia, a quién nadie dispensaba sus favores sino por dinero, tenía ahora un hijo, y de la mujer amada! ¿Por qué no morí cuando él nacía? Sobre el tapete verde del escritorio rompí a sollozar tan fuerte que la pantalla de la lámpara vibraba, y alguien que vino a consultarme algo se retiró en puntillas.

Solo un mes después fui llevado a presencia del heredero: lo tenía en las rodillas su madre convalesciente, y lo mecía amorosamente. Me incliné, conmovido hasta la angustia y, temblando con la punta de los dedos alcé la gasa que le cubría y pude verlo; hubiese querido gritar ¡hijo! pero al levantar los ojos encontré la mirada de Clara, tranquila, casi irónica.

—¡Cuidado!—me advertía,

Y en voz alta.

—No le vaya usted a despertar.

Su marido, que me acompañaba, la besó tras de la oreja, delicadamente.

—¡Mucho has debido sufrir, mi pobre enferma?

—¡No lo sabes bien!—repuso ella—mas ¡qué importa si te hice feliz!

Y ya, sin descanso, estuve sometido a la horrible expiación de que aquel hombre llamase «su» hijo al mío, a «mi» hijo. ¡Imbécil! Tentado estuve mil veces de gritarle la verdad, de hacerle reconocer mi superioridad sobre él, tan orgulloso y confiado, pero ¿y las consecuencias, sobre todo para el inocente? Callé y en silencio me dediqué a amar, con todas las fuerzas de mi alma, a aquella creaturita, mi carne y mi sangre, que aprendería a llamar «padre» a un extraño.

Entretanto la conducta de Clara se hacía cada vez mas oscura. Las sesiones musicales, para qué decirlo, no volvieron a verificarse y con cualquier pretexto ni siquiera me recibí en su casa las veces que fuí. Parecía obedecer a una resolución inquebrantable y hube de contentarme con ver a mi hijo cuando la niña lo paseaba en la plaza. Entonces, los dos, el marido y yo, le seguíamos desde la ventana de la oficina y nuestras miradas, húmedas y gozosas, se encontraban y se entendían.

Pero andando esos tres años memorables y a medida que el niño iba creciendo, me fué

más fácil verle, pues el amo, cada vez más chocho, lo llevaba al almacén y lo retenía a su lado hasta que venían en su busca.

Y en su busca vino Clara una mañana que yo le tenía en brazos; nunca he visto arrebatado semejante! Como leona que recobra su cachorro; y lo que dijo, mas bien me lo escupía al rostro.

—¿Por qué le besa usted de ese modo? ¿qué pretende usted, canalla?

A mi entender ella vivía en la inquietud constante de que el niño se aficionase a mí, o de que yo hablara. A ratos estos temores sobrepujaban a los otros y para no exasperarme demasiado dejaba que se me acercase; pero otras veces lo acaparaba, como si yo pudiera hacerle algún daño. ¡Mujer enigmática! ¡jamás he comprendido qué fui para ella, capricho, juguete, o instrumento!

Así las cosas, de la noche a la mañana llegó un extranjero, y medio día pasamos revisando libros y facturas. A la hora de almuerzo, el patrón me comunicó que acababa de firmar una escritura por la cual transfería el almacén; que estaba harto de negocios y de vida provinciana, y que probablemente volvería con su familia a la capital.

¿Para qué narrar las dolorosas impresiones de esos últimos días de mi vida? Harán por

Enero veinte años y todavía me trastorna recordarlos. ¡Dios mío! ¡se iba cuanto había yo amado! ¡un extraño se lo llevaba lejos, para gozar de ello en paz! ¡me despojaba de todo lo mío! Ante esta idea tuve en los labios la confesión del adulterio. ¡Oh! ¡destruirla, siquiera, aquella feliz ignorancia en que viviría y moriría el ladrón! ¡Dios me perdone!

Se fueron. La última noche, por un capricho final, aquello que mató mi vida, pero que también le dió por un momento una intensidad a que yo no tenía derecho, aquella mujer, me hizo tocarle las tres piezas favoritas y, al concluir, me premió permitiendo que besara a mi hijo. Si la sugestión existe, en su alma debe de haber conservado la huella de aquel beso.

¡Se fueron! Ya en la estacioncita, donde acudí a despedirlos, él me entregó un pequeño paquete, diciendo que la noche anterior se le había olvidado. «Un recuerdo—me repitió—para que piense en nosotros».

—¿Dónde les escribo?—grité, cuando ya el tren se ponía en movimiento.

Y él, desde la plataforma del carro.

—¡No sé! Mandaremos la dirección.

Parecía una consigna de reserva. En la ventanilla ví a mi hijo, con la nariz aplastada contra el cristal. Detrás su madre, de pie, grave, la vista perdida en el vacío.

Me volví al almacén que continuaría bajo la razón social, sin ningún cambio aparente, y oculté el paquete, pero no lo abrí hasta la noche, en mi cuarto solitario.

Era una fotografía.

La misma que hoy me acompaña: un retrato de Clara, con su hijo en el regazo, apretado contra su seno, como para ocultarlo o defenderlo.

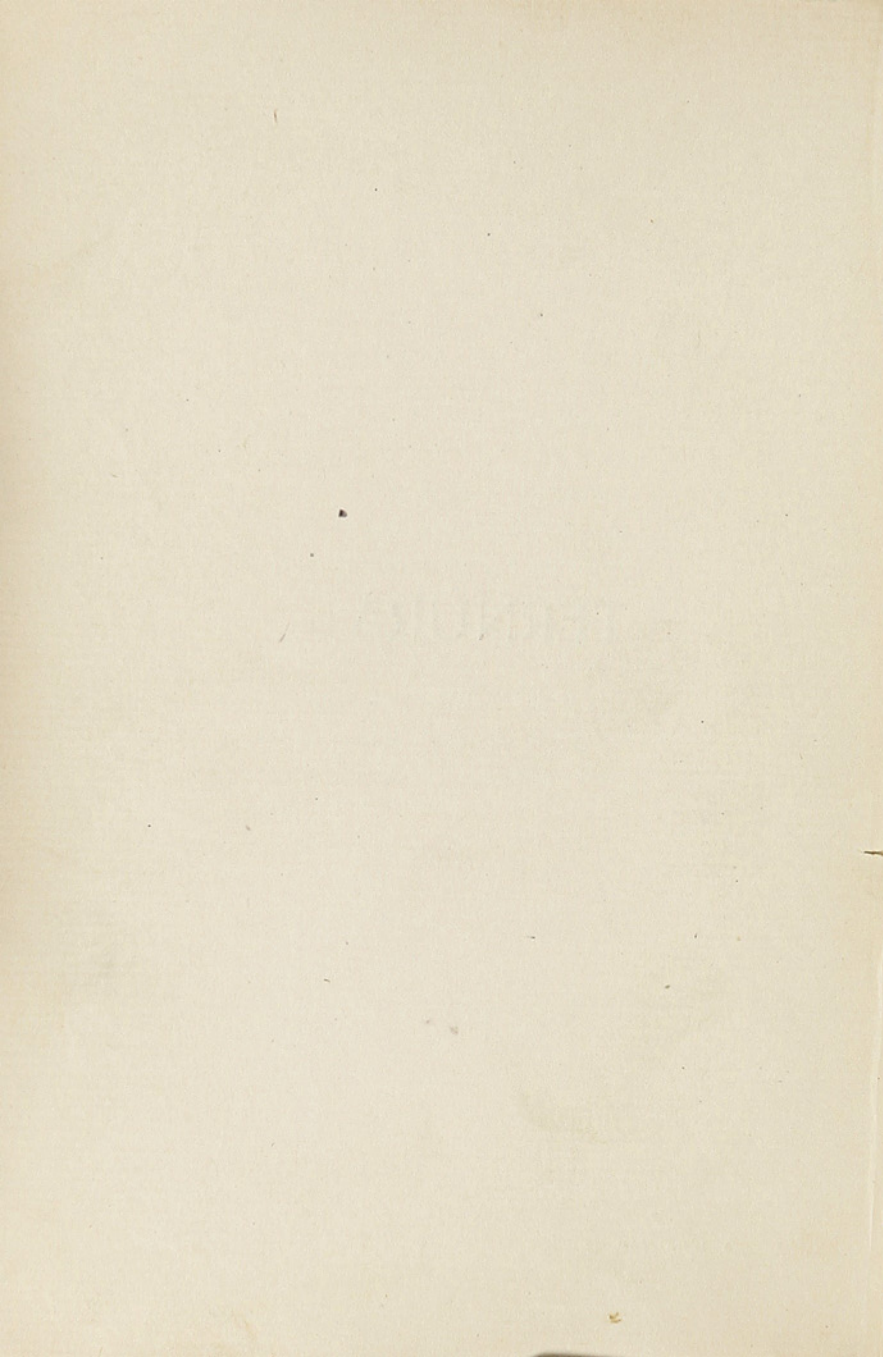
¡Y tan bien lo ha secuestrado a mi ternura, que, en veinte años, ni una sola vez he sabido de él y probablemente no volveré a verle en este mundo de Dios! Si vive debe de ser un hombre ya. ¿Es feliz? Tal vez a mi lado su porvenir habría sido estrecho. Se llama Pedro... Pedro y el apellido del otro.

Cada noche tomo el retrato, lo beso y en el reverso leo la dedicatoria que escribieron por el niño:

«Pedro, a su amigo Borja».

¡Su amigo Borja! .. Pedro se irá de la vida, sin saber que haya existido tal amigo!

TERNURA



Ternura

—¿Ternura?... sentimiento? Eso, señora, queda para ustedes que pueden desentenderse de la realidad; nosotros debemos ser severos, de otro modo nos arrolla. Hay que desarrollar el músculo, adquirir fuerza de caracter, no abandonase al sentimentalismo vago: así lo aconseja Payot en su Educación de la Voluntad... un libro muy práctico.

Verá usted. El tipo de hombre que usted sueña lo he tenido yo en mi familia, por eso me sé lo que digo.

Era mi hermano menor, el único, y lo estoy viendo, flaco y pálido, porque había estirado aprisa. Tenía unas manos demasiado largas—¿sabe usted de algo menos elegante? A mí me gustan chicas y llenitas, entonces los anillos lucen. Tampoco podían agradar sus ojos adormidos. Un niño, señora, debe rebelar despejo ¿no es usted de mi parecer?

Un detalle que da vergüenza repetir: por la noche se escondía de las estrellas para orinar; hasta ahí llevaba su simpleza.

Es cierto que la culpa de todo la tenía mi madre, que lo mimó con exceso—«Juliano es débil...» — ¡Débil! ¡débil! ¡Claro que lo sería toda la vida de continuar entre faldas! Pero quedamos huérfanos y tuve que hacer con él de padre y madre.

Comencé por ponerlo interno. ¿Usted no aprueba que separemos al niño de su familia? ¡Nonadas! Algún día ha de ser y cuánto antes, mejor. Es arrancar el brote del árbol, y plantarlo a su vez para obtener otro árbol. Yo no soy conservador. Cada cual, tienda aparte, y el hogar paterno como cuartel general, he ahí mi pensamiento.

—O no llevas mi sangre, o antes del año estarás hecho un hombre—pensaba yo—y así habría sido, señora, sin ese bendito sentimentalismo que usted pide. Verá usted, verá usted.

Como el día de visita al colegio era precisamente mi día en la bolsa, solo mandaba por él, los primeros de cada mes. Parecía feliz y siempre que lo interrogué sobre sus estudios me dejó satisfecho; bien que yo no se lo diera a entender, porque usted sabe lo pronto que están los chicos para dormirse sobre sus lau-

reles. Ni desmentía su casta ni era el portento que había supuesto mi madre; término medio, señora.

Bueno ¿querrá usted creer que a lo mejor recibo una esquila suya en que se queja de hostilidades, de abandono, y de no sé qué más, y me pide que le permita vivir conmigo? Como usted comprende, yo no hice sino darle traslado a la inspección para que lo atasen corto. ¡Vaya un niño!

Vaya un niño, señora! Por vacaciones lo tuve en casa, y yo que amo tanto la independencia, no me ví libre de su asedio. Era muy machacón y raro, prefería instalarse en mi despacho a jugar al aire libre; tampoco se conseguía que estudiase y su tema era conversarme de papá, o de mamá, sobre todo. Los muertos en paz, así he pensado siempre, y tan nervioso me ponía que intrigué para que el tío Sixto se lo llevase a su fundo. También por él, señora, también por él, que necesitaba del campo. ¡Pues nó señor! había de quedarse fastidiándose!

—«Te miraré escribir sin moverme»—me propuso una vez—«Sacaré en limpio tus cartas»—Y todo lo decía con un tono de lo más dulzarrón. La verdad, yo no sé que en mi familia haya habido ningún afeminado, a no ser un tío de mi padre, que también murió niño.

Por fin regresó al colegio, pero de tal modo

perdía en carnes y frescura, entre una salida y otra, que ¡qué diablos! me ví en el caso de hacerle severas insinuaciones y otra vez lo recomendé a la vigilancia de sus superiores; ¡peor que peor! cualquier día recibo la queja de que se niega a hacer gimnasia, él que precisamente la necesitaba tanto: ¡de hecho era un degenerado! Dejé de sacarlo un mes y le devolví cerrada su tercera carta, porque ya me había escrito otra más, en el mismo sentido que la primera. ¡Conmigo no se las tenía!

Y aquí llega lo que yo le decía, señora, sobre las víctimas que hace su sentimentalismo dichoso. Un día recibo la visita del Inspector en persona, que, con muchos rodeos, me da la mala noticia. Pero, aunque nervioso, yo tengo carácter, señora. Juliano estaba malito... un accidente... Solo después llegué a saber lo ocurrido.

No, usted no puede figurárselo. Había pretendido *suicidarse*, el desgraciado! ¡un niño de trece años! Se ocultó en el baño y trató de ahogarse aferrándose a un desagüe, porque el peso del agua lo sacaba a flote. ¿Qué aduce usted ahora?

Lo pasaron a la enfermería. Usted comprende, ¡qué escándalo para el colegio! Yo no hubiera querido dar la cara, pero me dijeron que lloraba mucho, que pedía verme, y fuí. ¡Oh, señora! no se le disimulaba lo que había

hecho! Le dirijí apenas la palabra y él quiso arrodillarse, pero no le alcanzaban las fuerzas. Estuvo dos meses mal.

Todo pasó, se olvidó algo, y cuando ya las cosas enderezaban su rumbo ¡zas! que el niño había recaído enfermo! Con él no había tranquilidad posible.

Esta vez, señora, esta vez sí. ¡Ah! ¡paz a los muertos!

¿Qué dice usted de esto? No señora; no hablemos, mejor; sé que su juicio se ha modificado.

Murió, así, tan niño, en la enfermería del colegio, sin que ni siquiera se supiera de qué. El médico hablaba de una afección al pecho, ¡suposiciones todas! Cuando lo pienso, siento cólera, no contra él, el pobre, sino contra la estúpida manera de ser que le inculcaron. Ni en el último instante cambió, porque cuando me incliné para tomarle el pulso tuvo un estremecimiento y abrió los ojos; volvió a cerrarlos, me miró de nuevo, y lo último que me dijo fué... ¡Ah, señora! ¡qué estupidez!

Ya no se le entendía lo que balbuceaba; pues bien, he aquí lo que me dijo: «Cuando esté muerto me darás un beso».

Nada se pierde, señora, y estas dolorosas experiencias pueden servir para cuando uno tenga hijos.

SEBASTOPOL

Sebastopol

Talvez lo único que sentí al abandonar ese infierno donde corren peligro el cuerpo y el alma, fué dejar a Don Rolando, el contador, más solo si cabe, ya que en la salitrera no había tenido otro amigo que yo. Cuando llegué, tres años antes, él fué el único que se condtolizó de mi suerte de hijo de familia transplantado de la Escuela de Minería de la capital a la pampa salitrera y el único que me miró con menos desprecio. Yo iba a la oficina Sebastopol con el último puesto y allí donde la ley del escalafon se aplica rigurosamente, cada empleado debe poseer un variado registro de tonos para sus relaciones con el personal, hasta llegar al simple operario, que significa cero. Las orgullosas unidades hermanas olvidan con demasiada ligereza que los ceros deter-

minan la cantidad y que sin ellos vendrían a valer bien poco.

Don Rolando era un viejito a quien, en su tiempo, no debía de habérsele conocido otro vicio que una afición desmedida por la ópera, afición que, acá, había adquirido caracteres de nostalgia. Por lo demás, nunca tomaba parte en las diversiones del personal y vestía hasta modestamente para su cargo. También se le llamaba «Puchito» por su economía de solterona. Como el establecimiento no diese café por la mañana, se desayunaba, parapetado en su pupitre, con pan seco y nueces, zurcía en persona su ropa (a poderlo la hubiera lavado él mismo) y los días de correo solía altercar con el encargado de la correspondencia por una carta que se le cobrase de más.

Nadie se explicaba esta tacañería, pero talvez mi propia situación hizo que yo la justificara; tampoco yo podía distraer un centavo de mi sueldo si quería que mi familia se sostuviese en Santiago; seguramente sería que Don Rolando también tenía familia.

Y la tenía, pues. Como desde un principio hicimos buenas migas por nuestra condición análoga, no tardé en conocer la historia del contador. El tal, era un héroe, así como suena; un héroe que después de haber reunido un capital respetable, haberse formado un hogar

y haberlo educado en la holgura y casi en el lujo, de la noche a la mañana fué declarado en quiebra, pagó hasta el último centavo y en vez de pegarse un tiro, se ajenció aquel puesto de contador en la Sebastopol, que era un destierro liso y llano, pero donde ganaba lo que en Santiago no habría podido ganar.—«¿Qué hacerle!—me decía él, como escusándose—Mi barco amenazaba hundirse y en él iba toda mi gente. A mal tiempo, buena cara».

¡Si que la había puesto el bravo hombrecito! Jamás un músculo de su rostro se alteró ante el trabajo; y deportado por la suerte a aquel Sebastopol no menos perdido en los arenales que la histórica plaza rusa podía estarlo en las estepas, era un intrépido soldado, siempre en la brecha.

Una cosa había que lo confortase en su heroísmo y era el saber que, gracias a él, los suyos no carecían de nada en Santiago y podían «salvar las apariencias». Porque aquel hombre que se contentaba con una camisa de dril y un calzado de lona, aquel que, por toda diferencia entre el invierno y el verano, llevaba un casquete de cheviot o un gorro de percalina, para su familia tenía todavía pretensiones.

Su familia se componía de cinco personas: La señora que, según los retratos debía de

haber sido muy señora, dos niñas casaderas, una pequeña y un hijo que cursaba humanidades y que seguramente no valdria más que un pollino para que su propio padre llegase a confesar «que no era un águila». Con estas cinco mantenía correspondencia el viejecito. Le escribía cada una conforme iba necesitando de él y si es verdad que al comienzo de las cartas había muchos deseos de que estuviese bueno y algunas protestas sobre lo que se le extrañaba y al final otros tantos votos porque se conservara bien y que al destino le pluguiese reunirles nuevamente, el bulto de ellas lo constituía muchas exigencias mimosas que al pobre hombre le hacían echarse la gorra a los ojos, signo inequívoco de perplejidad en él, morder el cabo de la pluma y sacar cuentas y más cuentas: «Papaito lindo: este año las hijas de María rivalizarán en el arreglo del altar. Para que tu negrita quedara bien puesta necesitaría ofrendarle un mantel nuevo y la cuenta de la Prá sube ya a...» O bien: «Será preciso que tomemos un medio abono para la temporada lírica. Es de buen tono y se aprovecha el dinero por cuanto una se luce. Ya sabes que no lo digo por mí sino por tus hijas que...» etc.

«Tus hijas.» Yo observaba que en tratándose de dinero, la madre declinaba en el padre todos sus desvelos: ¡Tus hijas!

Como conocían su flaco, le intercalaban para dorarle la píldora, alguna agudeza de la menorcita, a veces bastante sosa, pero que el contador nos repetía enternecido y encantado.

¡Pobre Don Rolando! Sabía que cada correo no podía sino traerle quebraderos de cabeza. Los primeros días andaba desatentado, como si lo hubiese perdido, pero ¡qué diablos! «A mal tiempo, buena cara». Al fin hallaba modo de salir del paso; entonces echaba atrás su gorro para enjugarse la calva con el pañuelo de hierbas y ¡hasta otra! a esperar ansiosamente el nuevo correo.

¡Y qué impaciencia si se retardaba o si no le traía nada, que también ocurría cuando nada tenían que pedirle! Disputaba acaloradamente con el cartero:—No podía ser que no tuviese carta—y hasta solía hacer a pié el camino al pueblo, para cerciorarse en la estafeta. Volvía tarde, molido, sin ganas de comer y se encerraba en su cuarto; entonces yo iba a visitarle.

—¿Se puede, Don Rolando?

—¡Adentro!—respondía su voz fatigada.

Lo encontraba al pié del lecho, el gorro sobre los ojos, mirando por la ventana el mar desierto y la abrasada playa. ¡Ni un barco, ni una gaviota! El arenal rojizo, hasta perderse de vista, y en el horizonte el sol como un fas-

cinador y poderoso lente que escrutara la inmensidad.

—Qué ¿se piensa, don Rolando?

Movía la cabeza y se abstraía de nuevo.

Ya sabía yo lo que había que hacer; traerle reminiscencias de la ópera, y si esto no bastaba, hablarle de «los mícs», de mis asuntos, de mis penas, así el viejecito olvidaba las suyas.

—¿Con que enfermo Carlitos, eh?

Conocía mi familia, de vistas, como yo la suya y llamaba a mis hermanos por sus nombres. Conversábamos hasta que el encendido ocaso palidecía y chispeaban en lo alto las primeras estrellas: Venus, a la cual conocen en otras partes por «la estrella del pastor» y que acá llamábamos *la estrella del pescador*. Cuando me retiraba a mi pieza, ya había logrado serenarle.

—Buenas noches, Don Rolando.

—Buenas noches. ¡Ah! Déjeme un cigarrito.

Sí, puedo decirlo, fuí para el pobre viejo un buen hijo; talvez le recordaba al suyo, que debía de tener mi edad, y talvez figurándoselo en mi situación era como se enternecía a veces y tomaba para hablarme modulaciones paternas. Por eso sentimos tanto cuando nos vimos forzados a separarnos; yo decía adios a Sebastopol, por fin mi familia había hallado para mí una colocación en la capital.

—¡Feliz usted! ¡feliz usted!—me dijo al saberlo, con los ojos llenos de lágrimas.

Y al verme ya con el pie en el estribo para emprender las veinte leguas que me separaban del puerto donde debía encontrar el vapor:

—No dejes de ir en mi nombre a verlos y diles muchas cosas de mi parte; tú sabrás hacerlo, como si fuera yo el que les habla. ¡Cómo te van a recibir! Escíbeme.

Se refería a su familia y era la primera vez que me tuteaba y fué la última. Al volver mi caballo en el recodo, le ví todavía que me hacía señas; después me dió la espalda y, a pasitos temblorosos, el gorro echado adelante, las manos anudadas atrás, se entró en la contaduría que era su celda perpetua.

¡Todo un héroe!

II

Una de las primeras diligencias que hice en Santiago fué, pues, ir a visitar a la familia de Don Rolando. Tenía en mi cartera la dirección pero pasé una y otra vez delante del número consabido sin atreverme a creer que aquella aristocrática residencia fuese la que yo buscaba; por fin me decidí a llamar y un sirviente me introdujo en un discreto recibimiento.

—Están concluyendo de comer. ¿A quién debo anunciar?

—Diga que vengo de parte de Don Rolando.

Un cuarto de hora de espera y el portier japonés se entreabre con un ruido cristalino, como si se desgranaran sus rosarios de cuentas. Me pongo en pié y reconozco en la persona que tengo delante a la señora de mi buen amigo.

—No se incomode. ¿Me dicen que viene de parte de Rolando? ¿Cómo está? ¿Porqué no escribe? Nos tiene intranquilos este hombre.

El portier ha vuelto a entreabrirse y por su flecadura de vidrios asoma la cabeza rizada de una graciosa morena; vamos, me digo, esta debe ser la negrita de las devociones.

—¿Me llamabas, mamá?

—No, pero quédate ya que estás aquí. El caballero viene de parte de Rolando.

—¿Sí? ¿Y cómo está papá? Hace dos correos que no recibimos noticias tuyas. Nosotras para devolverle la mano ya no pensábamos escribir.

Y en el transparente japonés yo veo, como entre una bruma, la cara de mi amigo con su expresión apesurada y aquel ademán suyo de traerse la gorra sobre los ojos cuando se halla preocupado. Seguramente no ha tenido qué remitirles y prefiere no escribir.

La señora habla:

—A la niña cuando se acuerda de su papá ya no sabemos qué decirle.

—Además, ¡siempre tan lacónico!—arguye la señorita.

Lo sé también. Cuatro o cinco renglones en sus memorandums, lo indispensable para satisfacer los pedidos; y sé que mas que por falta de tiempo es por sistema: de estenderse se necesitaría entrar en las intimidades de su corazón y nada se remediaría con turbar la paz de su gente. Sobre que, por encima de todo, el buen hombre tiene un miedo horrible de parecer lo que es: la víctima propiciatoria.

—¿Qué hace Rolando?

—Pues... trabaja, señora, trabaja.

—Debe de ser aburridora la vida de allá... pero como él es tan metódico, tan poco amigo de diversiones...

¡Demasiado que sí! Yo pensaba contestarles que la vida de allá era insoportable; pero ellas se han apresurado a tranquilizarse: «¡Como él es tan metódico!».

La señorita, mientras tanto, hace como que atiende, pero está preocupada de sus rizos. Debo parecerla muy poco llamativo con mis noticias puesto que ahora se remueve en el asiento y parece buscar un pretexto para escurrirse.

—¿Y usted, es de Santiago?

—Sí, señora.

—¿Va a volver allá?

—No, señora.

—Es lástima porque le habríamos confiado un encarguito.

El timbre de la calle ha sonado hace un momento y las dos mujeres se consultan con la mirada; ahora la joven sale y ahora el mismo sirviente hace pasar a un caballereito vestido de punta en blanco.

—Buenas noches... ¿Y Rosarito?

—Ya fueron a llamarla; siéntese usted. El señor Bermudez... Un empleado de Rolando... ¡Vaya una presentación! Con todo, no soy orgulloso; y luego que, entre las cuentas de vidrio, sigo viendo el rostro de mi buen amigo.

Un nuevo personaje entra en escena; es una jovencita algo menor que la otra, que también vuelve; va derecho al recién llegado y le estrecha la mano como si volvieran a verse después de un viaje, me hace un ligero saludo con la cabeza y se sienta a su lado: la conversación se reanuda.

—¿Decía que empleado de don Rolando? Y... ¿se conserva bien el caballero?

Se deja a mi cargo la respuesta y por tercera vez yo afirmo que don Rolando se conserva bien.

—¿Y sus negocios?

Yo no sé qué negocios pueda traer entre manos el honrado contador, pero esta vez la señora interviene.

—Bien; muy bien; si es lo que yo digo: él podría quedarse tranquilamente en casa y dirigirlos desde aquí; ¡pero es tan excéntrico este hombre!

¡Ahora la hicimos buena! ¡Excéntrico don Rolando! ¿No era tan metódico hace un momento?... Y vuelvo a verle con su deplorable facha y su gorro de percalina.

Los dos jóvenes cuchichean bajito. La señorita de los rizos, con una pierna sobre la otra, se abstrae en los espejeos que hace su botina de charol. La madre me mira a los ojos como tratando de dominarme.

—Sí, perfectamente podría quedarse en casa.

—¡Ah, señora! pero no querrá hacerlo hasta ser un coronel North, un rey del salitre.

¡Esto mas! mi estupefacción no tiene límites; sin embargo el gomoso habla en serio.

Los abalorios se separan con estrépito y un jovencito con el puro en la boca se precipita en la habitación.

—¿Cómo va, Arturo? Yo voy al teatro, mamá.

—Mira,—dice la mamá subyugada—no entres fumando; ya sabes que me mareo.

—Es habano, mamá.

Y le pasa el cigarro por debajo de la nariz.

Ella hace un gesto de horror y el muchacho escapa, lanzando una carcajada.

Mi homónimo, pienso; el estudiante de humanidades; no, no debe de ser un águila.

La pareja sigue cuchichéandose; de cuando en cuando el visitante vuelve a hablar de don Rolando. ¡Ah, mi señor barbilampiño! ¡Si usted lo conociese, tan honrado y tan digno, se le caería su nombre de sus labios y no los acercaría tanto a la oreja de su hija.

—¿Sebastopol? ¿No es Sebastopol? ¡Vaya un nombre! ¡me suena!

—Si es ruso, de la guerra de Crimea—apunta la señorita que se mira la punta del zapato.

—¡Ah! ¡bien decía yo que me sonaba! ¿Y por qué le ha puesto así a sus salitreras?

—¡Capricho, capricho!—vuelve a decir la señora—si le digo a usted que es muy excéntrico.

¡Otra te pego! me enderezo para despedirme.

—¿Se va usted, ya? Su casa, pues.

Parece que deseaban desembarazarse de mí, puesto que advirtieron mi intención aun antes que me alzara del asiento. «¡Como te van a recibir! Escíbeme»... ¡No, don Rolando; no le escribiré a usted el cómo me han recibido!

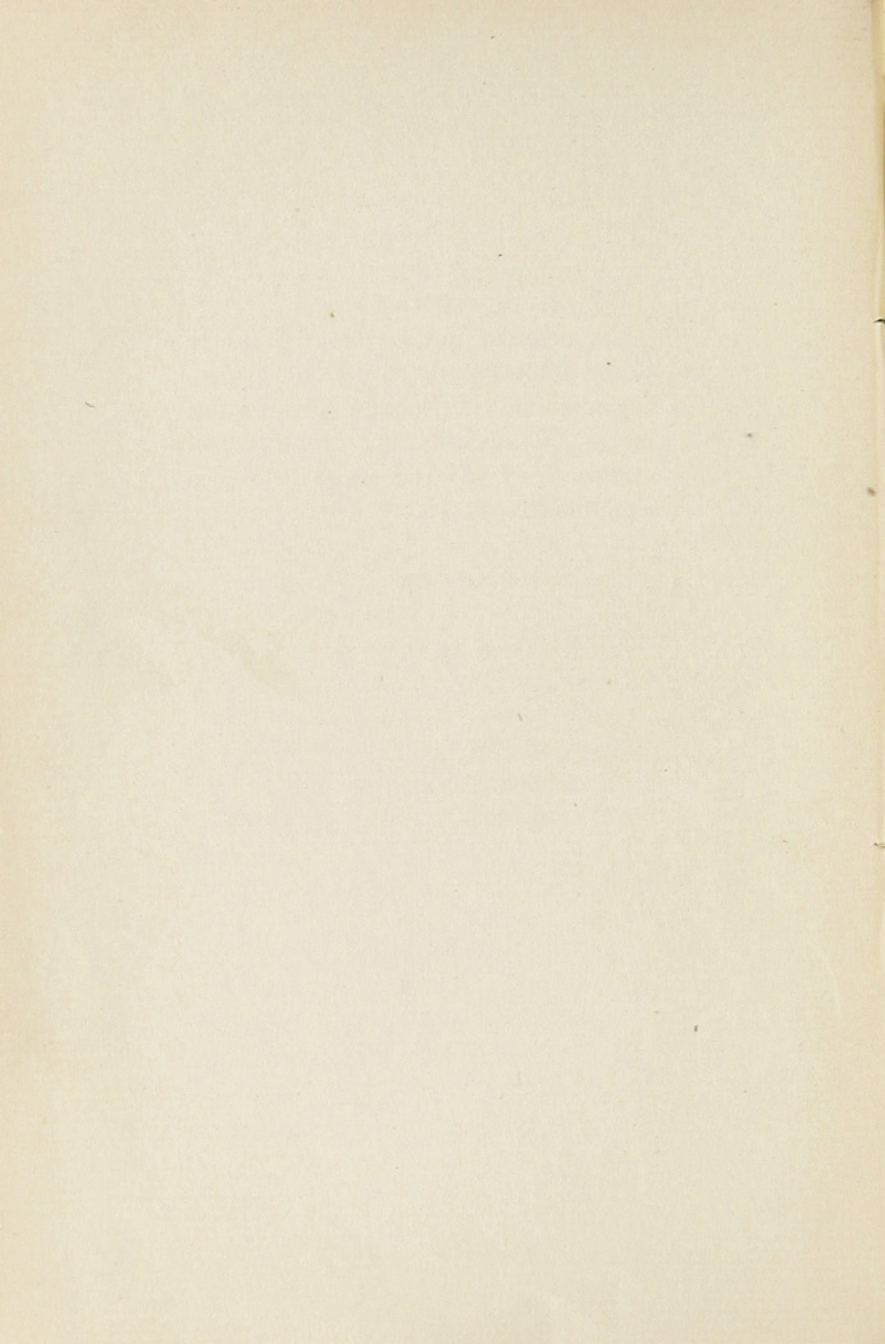
—Vaya: su casa, pues.

—Y, ya en el vestíbulo:

—¿Con que usted nos asegura que no debemos estar intranquilas?

—De ningún modo, señora.

Y al decirlo pensaba que no de otra suerte se preocupa el labrador del buei que le procura la subsistencia, o la lechera de su vaca; pensaba mas: que no había para qué dar el pomposo título de «Cariño» a un sentimiento que tenía calificativo propio.



DIVAGANDO

Divagando

—Es inútil que repase el album—me dice mi amiga, interrumpiendo su labor—En fotografía todas las mujeres nos parecemos. Esa hizo un matrimonio de conveniencia. Dé usted vuelta la hoja: esta murió... aquella es monja. Espere usted, la que pasó dió la campanada fugándose con un actor que hubo de quitarse la vida al poco tiempo; pues bien, aquí las nivela el deseo común de parecer bonitas.

Después mi amiga toma su tejido: uno, dos, tres; uno, dos, tres. La oigo llevar en voz baja la cuenta de los puntos, y me abstraigo, casi me hipnotizo mirando la mancha turbia que hace la ventana abierta detras del trasparente; por ahí discurren las siluetas de

los transeúntes y sumido en la penumbra del saloncito se me figura asistir a un cinematógrafo.

—Su sexo sale condenado, señora.

Mi amiga se ajita en su sillón sin dejar de contar los puntos y cuando al fin me responde es que seguramente ha concluido una corrida,

—En justicia: si usted supiera lo enojosas que resultan las mujeres para una que no se contenta con ser banal! Sé que la cuestión amistad les preocupa a ustedes, pero suelen resolverla, al paso que nosotras...

Yo he tenido una sola amiga, cuando era muy joven. Su retrato es el único que falta en mi colección.

—Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. A nuestra espalda las colgaduras palpitan... debe de ser la sombra que asciende en marea progresiva. Mi atención se ha diluido como la mancha turbia de donde no separo los ojos y que ya no sé qué es. Y surge una divagación nueva a cada transeúnte que cruza: ¿De dónde procede? ¿quién es? ¿A qué parte se dirige? El hermoso crepúsculo que desfallece afuera y la sombra que adentro nos prohija parecen justificar estos pensamientos.

—Uno, dos... tres compases de silencio y dobla su labor de infatigable obrera.

—Yo le hablaba de Suza... ¡hablemos de

ella!—¿No ha oído usted decir lo que influye la oportunidad en la carrera de los hombres? En los afectos ocurre otro tanto. La conocí por lo poco que mi madre recataba su viudez y cuando nuestra modesta pensión hacía que viviéramos muy retiradas; pero yo acababa de conocer a Juan y el mundo entero me importaba poco; a lo sumo hubiera podido echar de menos alguien ante quien exhibir los tesoros que el amor acumula en nuestro corazón. Entonces fué cuando apareció Suzana.

En la juventud estas cosas pueden pasar así ¿no es cierto?... Transitaba por nuestra calle con su vieja nodriza. Comenzamos por sonreírnos, después yo arriesgué un saludo; un día, sin saber como, nos encontramos departiendo sobre no se qué, y como la primera impresión de mi madre le había sido favorable, nada impidió que nos hiciéramos amigas.

Poco tardó en relatarnos su novela cuya gravedad estribaba en haber acontecido: huérfana y sin otro socorro que el de algunos parientes, tenía por toda compañía a la criada que la viera nacer: he ahí esa novela.

Fuimos íntimas hasta donde pueden llegar a serlo dos mujeres y si bien nunca logré que conociese a Juan, porque no salía de su casa por la noche, que era precisamente cuando él nos visitaba, en cambio tenía el día entero

para hacerle mis confidencias. ¡Qué cosas tan pueriles debo haberle confesado cuando a menudo la sorprendí con los ojos arrasados de lágrimas, ¿Porqué lloras? la interrogaba sorprendida. Y, sin dejar de mirarme, ella se sonreía.

Los ojos y la sonrisa; eran sus dos bellezas; aquellos tan límpidos que no se ocurría que pudiera empañarlos; muy pálida ésta, vagando por su boca como un rayo de luna sobre una flor marchita.

—¿Y tú?—le dije besándola sobre los párpados—nada me cuentas de tu corazón ¿será posible que también esté huérfano?

—Usted bastaría para llenarlo—me respondió—Y luego... que tampoco es cierto.

De este modo conseguí arrancarle su secreto. Toda la tarde me habló de aquel prometido que volvería, de aquellas bodas que se realizarían, y de ahí en adelante fuimos dos a contar nuestros amores.

Usted que es artista ¡si hubiese sorprendido las delicadezas de aquel femenino! ¡Oh! Yo me sentía harto vulgar al lado suyo y solo su modestia podía hacer que no me avergonzara. ¡Esa sí que sabía amar! pero de qué manera tan absoluta! ¡No! ¡En boca de nadie he oído semejantes espresiones! Los pensamientos no parecían salir envueltos en la palabra sino

desnudos, como si el alma los exhalase directamente ¡y qué alma!

Una tarde—algo me previno que debía consignar estos hechos—una tarde que se había complacido refiriéndonos su semejanza con su madre, le reiteré, por asociación de ideas, mi petición de un retrato. Suza ya se retiraba y, lo que no era de esperar, se opuso con tal tenacidad a mi deseo que me mostré ofendida.

—Nunca me has dado la menor confianza—le hice notar—¡Ni aun me devuelves el tuteo! Ella se volvió, pero con una expresión involvible.

—Toma,—me dijo colocándome esta sortija—Y al tiempo que iba a hablarle me cerró la boca con un beso... Mírela usted: es un recuerdo de primera comunión, una joya de niña.

¿Se sabe nunca cuando decimos adios para siempre a una persona? No, no volvió, no volví nunca a verla.

Pero después de mi matrimonio mi madre me entregó una carta. La había recibido muchos meses antes y va usted a verla.

La narradora se interrumpe para ir por la carta. Yo me quedo solo y sueño. Casi se ha hecho de noche, el claro de la ventana cubierta por el trasparente, parece una de esas manchas difusas que dejan las apariciones.

—Aquí está.

Oigo la voz de mi amiga, sin que distinga bien su rostro, me acerco a la luz y leo:

«Esta es para decirles adiós; señora, nadie elige su destino que de otro modo yo no sería lo que soy. Por eso no he mentido al relatarles mi historia. Si no es así, así debió haber sido y de todos modos cualquiera mentira vale mas que esta realidad.

«Ahora comprenderá mis reservas. ¡Imajíneme familiarizándome con aquella niña y dejando en sus manos mi retrato!»

«Lo único que me reservo es el de ella, pero por Dios! ¡no me lo reclame! Lo guardaré sin que ningún ser humano pueda verle y para mí que no he tenido a nadie, será como la imagen de mi devoción, mi amiga, mi hermana, y un poco también mi hija».

«Adiós, señora! Me han permitido ustedes recoger tanta alegría que me alcanzará hasta el fin y no sé cómo darle forma a mi gratitud ahora que le hablo por última vez... Si no me guarda rencor, dígale algo de mi parte a Clara; pero esto cuando haya pasado mucho tiempo, cuando ella conozca las miserias de este mundo, y mejor si no llega el caso».

Las últimas palabras he tenido que adivinarlas. Con la frente apoyada en los cristales me abismo en una contemplación interior.

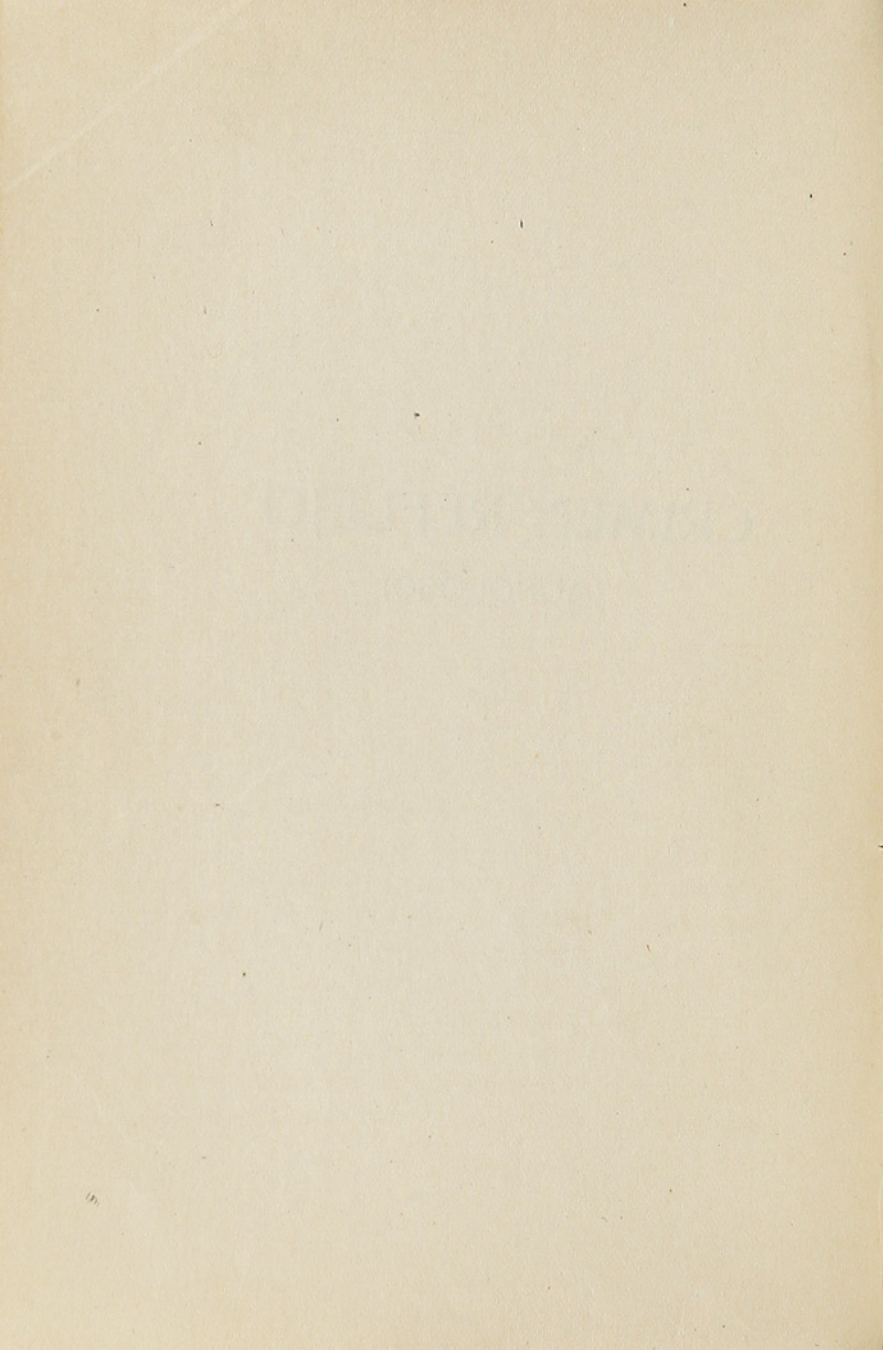
Una figura de hombre cruza por delante de la ventana, luego algunos hombres, después una pareja. Sus contornos se desvanecen en la vaguedad cenicienta de esta hora y yo vuelvo a preguntarme quienes son.

—Uno, dos, tres—mi amigo tose. ¿Ha concluído usted de leer?—Un, dos, tres... También por aquel tiempo...

Y comienzo una nueva historia.

CRIMEN REFLEJO

(MONÓLOGO)



Crimen Reflejo

(MONÓLOGO)

PERSONAJE

ROMAN. OFICINISTA. 50 AÑOS:

ACCIÓN

EN LA CLÍNICA

Al levantarse el telon, Roman va al foro y cierra la puerta; pasa después a la derecha y hace lo mismo. Luego avanza en puntillas hasta las candilejas. Viste de negro y su cabello, muy corto, blanquea en las sienes. Sobre una silla están el sombrero y el bastón, que se supone haya dejado al entrar.

ROMAN...—Bueno, pero cerciorémonos antes que no hay nadie, averiguen ustedes dentro de sí mismos y escudriñen si están solos; la soledad es engañosa; uno *creo* estar solo y en la propia alma escóndese un extraño que espia para hacer traición; la soledad es engañosa.

Bueno; a ver si descuidan que son médicos ustedes, y recuerdan solamente que son mis amigos; ¡tengo tanta necesidad de confiarme en alguien! ¡es tan sobre humano cargar un

secreto que nadie conoce!... ¿Ustedes creen posible soportar por mucho tiempo un secreto? Si se olvidara, sí; de otro modo, aunque tenga que desgarrarnos el alma para abrirse paso, más tarde o más temprano sale fuera ¡y ay del que se lo impida! perdería su secreto a costa de la razón.

¿Ven ustedes? Esto es lo que temo: volverme loco antes de cumplir mi deber. Si yo enloquezo, condenarán en mi lugar a un inocente, a un héroe que se sacrifica por mí... ¡No! ¡no me examinen así! ¡vengo por un consejo, no por un diagnóstico! ¡me iré sin pedirlo si se empeñan en atormentarme!

Bueno, yo empiezo... aguarden... ¡Dios mío! ¿por dónde se empieza cuando quiere decirse todo, *absolutamente todo*? ¿cómo hacen los criminales para declarar? ¿Debe de ser difícil, no es cierto? ¡Miren ustedes que poner en orden las ideas, los actos, las sensaciones, *y que todo sea verdad*... ¡Cuántas veces mentirán ellos, se calumniarán ellos, agravarán delito y pena para concluir de una vez porque no, no pueden acordarse de *todo*!

... Principiaré por la fiebre que me retuvo en cama hasta la noche del crimen... ¿de dónde saqué fuerzas esa noche! Fíjense bien: cinco días tendido, sin probar bocado y débil como una criatura por el delirio.

Había delirado con mil cosas. Extensiones infinitas de agua; montañas nevadas que se pierden en la bruma; brisas frescas; repiques cristalinos conducidos por la brisa... Porque era una de las causas de mi enfermedad, deliré también con «Crímen y castigo». Me gustan los libros como ese; los leo y luego desvarío *figurándome lo que yo hiciera en el lugar del héroe.*

Pero, sobre todo deliré con *él* ¿saben el porqué de mi odio? ¡por eso! ¡porque apenas juntaba los párpados (y esto desde mucho tiempo antes de tratarle, pues yo *presentí* su existencia) debía entreverle, *espectro amenazador.* Jamás estuve solo en mi sueño!... ¿no les he dicho que nunca estamos solos? ¡ni aun dormidos!... «Señor Roman, los conozco a ustedes...» «Tiene usted una mujercita interesante, señor Roman»—no decía más; pero *sus* ojos seguían hablando cínicamente.

¡Esos ojos! Desde mis primeras visiones los ví como debía verlos después; solo ellos se definieron en esa imagen embrionaria aun. Como ni siquiera eran iguales el horror se duplicaba sobre el derecho caía el párpado, muerto, en el siniestro había una pequeña nube que ocultaba la niña, una nube que cambiaba de forma a cada mueca; parecía una gota de cera, una telaraña... *¡nunca una lágrima!*

El venía, pues, y me miraba en mi sueño, cuando ni aun me era posible evadirlo y como ello era fatal, hacía esfuerzos para no dormirme. Por eso le odié.

¿Cómo había de ser mi amigo si les digo a ustedes que hasta *después* no supe su nombre? Lo conocí, como a cualquiera, en la reunión de «los 13»; al acercarme a la médium me tocó asiento al lado suyo y tuve que darle la mano para formar la cadena.

Bueno; ¿no les he advertido que soy espírita? Yo sí; *él* era un intruso, el Judas de nuestro cenáculo... Mientras tuvimos los dedos enlazados reconocí su potencia y su maldad.

Invocábamos al espíritu de Allan Kardec; apenas acudió, *su* presión se hizo insostenible y creía que sintiese miedo, cuando sus bigotes me rozaron la oreja.

—¿«Conocéis la intimidad de vuestro Kardec?»—murmuró para mí solo.—Parece un pobre marido... Uno de tantos Juan Lanas; sería raro que me equivocase».

Pensé alzar el brazo y castigarle ya que en una doble intención, blasfemando del maestro pretendía encarnecer también a algún discípulo...; y se dirigía a mí! lo pensé, más por la corriente magnética que nos relacionaba debe de haberse transmitido este pensamiento a mi

compañero pues, a fin de imponerme su dominio, estrujó mi puño hasta tritarlo; inundóme sudor de mortal fatiga y comprendí que que toda la vida que me restara *le* pertenecería si una fuerza superior no me libertaba; estábamos ligados para siempre; nunca podría apartarse de *él* mi pensamiento.

Y como para entrar en posesión de mi voluntad, mirándome al salir (¡Oh, con qué expresión en su ojo siniestro!) hizo que le repitiese mi nombre.

—¿«Roman? ¡Muy bien, ya no lo olvidaría!»!

No hubo más. Desde esa noche se precisó la imagen suya que se inclinaba en el borde de mi sueño o de mi insomnio y al día siguiente ya lo encontré en la escalera... ¿Están ustedes viendo? ¡en la escalera de mi propia casa!—¡«Somos vecinos, señor Roman!»—gritó burlonamente—me he mudado aquí, un piso más abajo que el suyo».

¿Cómo supo que yo vivía allí si acababa de conocerme?... Cuatro semanas más tarde, ocurrió el crimen.

Cierta noche...

Tienen ustedes razón, iré por orden.

Bueno. Después de ese encuentro, diariamente *lo* seguí viendo. Un día me dijo que a mí y a mi señora nos conocía desde mucho tiempo... Otra vez, viéndome de negro como

siempre voy, me preguntó si era por ella el luto... Al encontrarme, la telita de su ojo se dilataba, y nos encontrábamos siempre, cual si para salir aguardase que yo pasara ante su puerta. Fuera de noche, estuviese el cuarto a oscuras, ausente o dormido el huesped, la puerta quedaba siempre junta y al enfrentarla apretaba el paso temiendo que una garra de la tiniebla me atrapase. Sin embargo, una tarde no pude dejar de detenerme.

A la media luz destellaban sobre las blancas paredes, armas y metales...—«Entre, señor Roman, hágame el favor»—dijo su voz, y en la penumbra ví que fumaba, recostado en el canapé.

Conversamos, sin que encendiese gas. A intervalos, cuando aspiraba el cigarro, la brasi-ta le iluminaba rojizamente el rostro. Habló de sus viajes, de aventuras galantes, de que había sido marino y de que era soltero—«Así las tengo a todas ellas, pero ninguna de ellas a mí, tal es mi lema»—declaró riéndose. En seguida quizo mostrarme los retratos de sus víctimas femeninas y las panóplias para sus enemigos. Chupando con fuerza su pitillo cuyo breve fulgor, corto retazo abarcaba, fué sacando de la sombra, una a una las piezas mas interesantes de las colecciones. Así vi la mayor hermosura que puede existir; de esas

que nos parecen familiares en fuerza de extraordinarias... ¿Quién sería?

Su dueño hizo un esfuerzo para acordarse.

—«Fué rubia y creo que su nombre era Ana».

—¡Lo mismo que tu mujer!—exclamó alguien en mi alma!

Como respondiendo a esta reflexión muda, él agregó.

—¡«También es interesante su esposa, amigo Roman»!

Y yo me preguntaba: ¿señor, dónde la ha visto? ¿Cómo ha podido reconocerla?

Así vi también el ponzoñoso estilete cincelado cuyo puño representa la Muerte quebrantando a la juventud. No conseguía apartar mi atención de aquel rayito azul, sutil como un alfiler, y el ciceroni, que lo notó, dióme algunas esplicaciones.

—Arma Florentina, viborilla mas bien, de las que pican y detienen el corazón sin dolor ni huella sangrienta; por su nobleza, merecería ser empleada contra un rey.

Eso me dijo y desde tal instante tuve presentimiento entero de lo que *debía* suceder, de lo que sucedió; una sola ojeada me había bastado para hacerme cargo de la disposición de muebles y objetos;... no, no necesité volver al cuarto blanco, hasta el momento preciso.

Y a todo esto la obsesión persistente: «Señor Roman, tiene usted una mujer interesante.» «Los conozco a ustedes, señor Roman». Cada noche al cerrar los ojos mi primer sueño era ese. Despierto yo o dormido, jamás pude verle a ese hombre el alma que se me escurria detrás de la mancha de la pupila, disforme, monstruosa, como inmensa nata de aceite... ¿Era tan malvada?... ¡Quién sabe! Nadie conoce el alma de nadie.

Bueno, entonces fué cuando caí enfermo. Esperen; ¿a cómo estamos? Debe de haber sido entre el 26 y el 27 cuando desperté; *debe*, pues el 27 ha sido toda la vida mi fecha mala; no crean que es superstición antojadiza: perdí a mi hijo en 27, en 27 vino ella a casa, boté mi fortuna al tapete, conocí a aquel hombre y, lo que es peor, nací bajo ese guarismo... No, no moriré en 27, porque morir es descansar.

Cinco días había pasado, pues, en la zona inconsciencia, que separa de la vida, la muerte, y mi pobre mujer, todo ese tiempo ahí; al pie del lecho, clavada en su sillón. Cuando, con la cabeza a plomo, volví al sentido, me administró un brevaje amargo y, callada, tornó a sumejirse en su asiento. ¿Piensa? ¿Recuerda? ¿Qué recuerda?... ¿No les tortura a ustedes conocer el pasado de quien comparte nuestro presente, sólo a travez de sus confe-

siones? ¡Confesiones! Si nadie desnuda su alma ante un extraño, las mujeres sobre todo, se complacen en reservarse un rinconcito donde solo ellas penetran; allá están cuando nos miran sin vernos. Uno debiera ver nacer y ver formarse a la que será su esposa, no dejarla un segundo a solas con su corazón ¡y aun así, se casaría con la esfinjel!

Como la interrogara débilmente, me rogó silencio; el médico, que acababa de salir, lo tenía así prescrito; acaso fuera verdad, pero me callé de todos modos, mientras le oía contar que de mi oficina habían venido varias veces; que un vecino del piso inferior, caballero amabilísimo que debía de estimarme en mucho, subía religiosamente todas las mañanas para informarse de mi estado... entonces, tal vez, *repasé* mi plan.

Había poca luz, una lamparilla de aceite... ¡Cuán peligrosa es la falta de claridad!... En silencio miré las grandes sombras que aleteaban en el techo, la mancha violeta que ahondaba las ojeras de mi mujer... ¿Porqué dudan ustedes?... Bueno... Les diré... Veo que debo serles franco, pues que así lo prometí... Ahora sí que somos casados, ¿entienden?... ¡El temor, siempre el temor!... ¡Oh, las mujeres han sido mi desgracia!... Conserva la cabellera rubia, y aun es muy bella porque no envejece, al paso que

yo, en las sienes, ya tengo blanco el cabello; pero en nuestra intimidad usa un fichú de lana, sobre la espalda... Si, debe de ser que siente frio... Muchas veces lo he pensado así.

Yo la miraba y la compadecía... ¿De qué?... En el piso inferior *alguen* marchaba de arriba abajo, de abajo arriba, «como si un animal miediese su jaula»... ¿recuerdan ustedes el drama de Ibsen?... Sentía sobre la frente los pasos. Desperté de nuevo y volví a dormirme; pero a la tercera vez me incorporo con el oído atento. Los pasos han cesado. La mariposa apenas ilumina. Ana duerme en su poltrona.— ¡Oh, porqué no veló algo mas!—duerme alentando suavemente... ¡Lo que ella sueña yo no lo sabré nunca, nunca!... Salto de la cama; las piernas apenas me sostienen; afirmándome en los muebles, en las paredes, paso del dormitorio al cuarto de vestir, donde me pongo mi vieja bata; salgo en puntillas, dejando abierta la puerta y con precauciones, aferrado al pasamano, empiezo a bajar la tenebrosa escalera; sólo allá, en la mitad de ella, por el descansillo, se vislumbra un fulgor mortecino; hasta allí he alcanzado ya cuando acercándose, sueñan pasos en lo alto; me incrusto contra la pared y como el foco del farol es reducido, la noche se espesa a mi alrededor; así espero conteniendo la respiración...—Debe de ser

Ana que me busca, pienso: pero, cerca ya, distingo una alta figura de hombre, trajeado de luto; pasa como una sombra, desaparece, y pensando que he visto en alguna parte esas sienes canosas, miro como la tiniebla lo recibe y lo traga.

Reanudé mi descenso, una fuerza extraña me conducía; no temí, ya. En su puerta, por fuerza, estaba la llave, como siempre; empujo y me hallo dentro del cuarto blanco, ante mi sombra o ante *una sombra*, no hay tiempo que perder en averiguaciones; recto he ido al estilete, que la luna hace fulgurar, y de ahí al lecho donde duerme *él*; su pecho desnudo se levanta soberbiamente a impulso de la poderosa respiración. Miro el puñal con pomo cincelado; la muerte abatiendo a la Juventud. Vuelvo a mirar en torno mío; la luna que entra por el tragaluz arranca relampagueos a las panoplias; algunas mujeres asisten al drama desde sus fotografías, miran atentamente ¡son todas las víctimas que ven llegar al vengador. Me inclino sobre el dormido, como él lo hacía al borde de mi sueño. Sigue durmiendo:— ¡Duerme!—le digo.

Ni un quejido, nada de sangre. Ensaya un pequeño movimiento como de quien va a despertarse, su pecho se hincha, y un larxo suspiro lo baja con lentitud; *se ha dormido ya*; la

viborilla mordió en su negro corazón. Sobre la pequeña cicatriz aplico la punta de un pañuelo que he encontrado en mi bata y apenas una gota tibia y roja lo humedece. Salgo y cierro tras de mí. Sigo descendiendo hasta llegar a la leñera donde arrojo el arma; después vuelvo a ascender. Unos minutos mas y estoy en mis habitaciones; todo sigue igual; la casa duerme; recuerdo que no he cerrado nuestra puerta, no obstante, no me animo a salir de nuevo pues *alguien* trepa la escalera. Dejo caer la bata sobre la alfombra y, aunque he hecho algún ruido, no se interrumpe la respiración igual de mi enfermera; tendido ya, la miro... la miro... la miro... Ahora puedo mirarla o puedo dormir, a mi antojo; vuelvo a ser dueño de mi albedrío.

Parece mi pesadilla, ¿no es cierto? Así creí yo al abrir los ojos de nuevo; el pasajeteo se había restablecido encima de nosotros; Ana me contemplaba fijamente.

—¿Has dormido?...la pregunté.

—No;—me respondió—dormitando un instante tuve un misterioso sueño; veía una pieza a oscuras y un grupo de hombres junto a un lecho; pero no pude percibir sino sus espaldas, pues se me figuró que yo estaba retenida entre otras mujeres, clavada a la pared: sentí un gran suspiro... entonces abrí los ojos y ví que te quejabas en sueños.

—¡Ah!—dije simplemente.

Y luego, con indiferencia:

—Siento un aire frío... ¿no habrás dejado abierto, Ana?

Se rió.

—¡Qué locura!

—Ve, sin embargo—suplíquela.

Por no contradecirme, se levantó; yo miraba el suelo...

—Con cerrojo y llave, como siempre—tranquilizó su voz desde la otra pieza.

—¡Ana!—grité—¿dónde has puesto mi bata?

Volvió a entrar, muy tranquila.

—¿Para qué la necesitas? Aprovechando que no te levantabas la he dado a Marta para que le mude el forro; hoy debe tenerla.

¡Una pesadilla! ¿Había sido una pesadilla...? Reparé que tenía mis pies envueltos en franela y apoyados sobre algo tibio que parecía un calentador.—No, no;—me dije—*debo de estar para volverme loco*. ¡Oh! ¡Cuánto desearía que me dijiesen ahora. «todo ha sido demencia;» «estás de remate;» pero sé bien que no es así; nunca tuve más claro el cerebro, ni penetré mejor en mi corazón.

Había amanecido ya; tarda mañana de otoño, fría y cenicienta.

—¿Porqué no vendrá el vecino?—pensó mi mujer, en voz alta.

Ante su interés, yo lamentaba que *aquello* no hubiera pasado de ser una pesadilla.

—¿Talvez se haya quedado dormido?

—¿Qué horas son?

Levanté la almohada, bajo la cual, todas las noches, coloco mi reloj, desde que fuí interno en los jesuítas.

—Las...

Junto al cronómetro había un pañuelo con una manchita cerca del monograma, una manchita púrpura, pequeña, pequeñísima... *¡nada mas que una gota de sangre!*

.....

Bueno: sin duda ya esperan ustedes lo demás. Efectivamente, a medio día empezaron los gritos, los trajines, el subir y bajar la escalera, ruido de sables y voces imperiosas. Ana salió a informarse.

En el vaso de las pociones puse agua y lavé la punta del pañuelo; los brazos me temblaban, mientras la manchita se iba desleiendo, descolorándose.

Mi mujer regresó muy trastornada; al verla así yo me alegré de *aquello*.

—¿Qué era, al fin?

No supo callar; las mujeres menos que nadie pueden con los secretos ajenos; ahogándose dijo lo que la contaran: el cuerpo helado,

la herida imperceptible... Un crimen a lo Bor-
gia; ¡ni rastros del asesino; nada del arma!

—Debe de haberla tirado a la leñera—mur-
muré.

—¿Por qué?

—Por... porque así ocurre en la novela de
Dostoyewski y en todas las de crímenes mis-
teriosos.....

.....
Bueno, bueno; tres días después, recién con-
valesciente, estaba ante el tribunal... ¡Ja ja ja
ja ja ja!... no tardaron en encontrar al presun-
to culpable, ¡como que vivía en la misma casa
de su víctima! Cuando el presidente ordenó:
«¡Que le traigan!», alcancé a levantarme; lue-
go, recordando que esas palabras no iban con-
migo, y que yo menos que testigo (*¿qué pue-
de testificar un enfermo?*) era un simple espec-
tador, sentí curiosidad malsana.

Conducido por los centinelas, entró el acu-
sado. Desde la galería, *reconocí* sus pasos.
Vestía de negro severamente y sus cabellos
blanqueaban en las sienes.

No, no grité; el terror se ha petrificado en
mí, y yo soy el terror. Desde su banquillo el
hombre de la escalera me miraba y mientras
insistía con voz firme en su primera declara-
ción, confesando de plano el homicidio, yo sen-
tí que sus ojos me decían, «tú sabes como es

esto. *Los dos lo sabemos*»—¿Ven ustedes como ni en el crimen se está solo? ¡él compartía conmigo la maldición!

Volví a ponerme en pié y los espectadores de atrás me hicieron sentar. La cabeza se me iba... ¿Por qué decía todo eso? ¿con qué derecho hablaba de vecino, de piso superior, de escala, de leñera? Creí que esta vez se refería a mí y que me delataba; sin embargo, la acusación iba contra sí mismo.

¡Mientes! quise decirle; pero en ese momento uno de los jueces exhibía entre otras pruebas el estilete y la voz del reo se elevó.

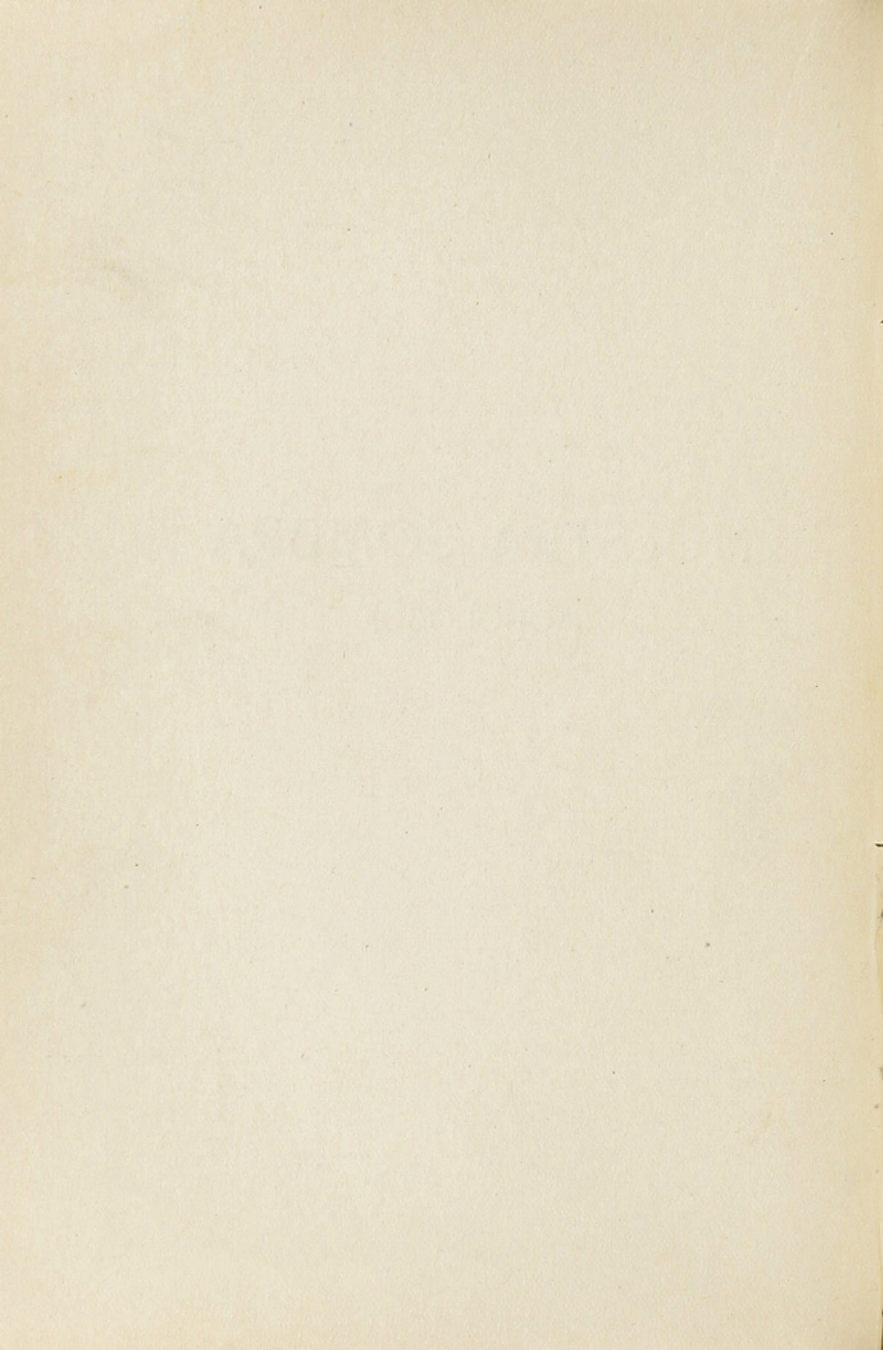
«Stiletto es arma italiana, la mía fué una vendetta; cancelación de cuenta antigua. Estoy seguro que desde años de años, Don Juan, *esperaba*, a mí, o a otro; él sabía que algún día, le exijiríamos el pago».

¿Saben por qué no me entregué? Temí que no me creyesen, que me tomasen por... por loco; temí... ¡Temí estarlo de veras! Quién era el asesino? yo quiero que ustedes me lo digan, ¿no ven que van a condenarle por mi culpa? ¡a un inocente!... ¡Y mi pobre mujer!... Ana, Ana... Yo no vivo ya; puede ser que descanse cuando confiese... Dicen que se ha fugado él, el inocente, que ha desaparecido, como una sombra, de su calabozo... ¡No lo creo! Me presentaré, de todas maneras, para descansar

pero... ¿Soy yo? ¿es culpable quien cobra; quien ciega un ojo aviezo; quien estermina a todo aquel que no satisfecho con habernos enturbiado la felicidad positiva, disipa además la felicidad de nuestra ignorancia?... Esto es lo que quiero de ustedes: que me ayuden a dilucidar... ¡No! ¿por qué me miran ustedes de ese modo? ¡Les digo que no estoy loco!... ¡Oh! ¿a qué vine yo aquí? En vez de una respuesta, veo una sospecha... ¿quién puede decir que yo me he evadido? ¿de dónde?... ¡Atras! ¿quieren ustedes venderme, secuestrarme otra vez para que no me presente a la justicia y que condenen al otro? Bueno: ¿son ustedes enemigos del espiritismo? ¡No me toquen! ¡Si tratan de dar un paso!... ¡No me sigan ustedes! ¡No! (Gana, retrocediendo, la puerta.)

NUESTRA SOMBRA

(MONÓLOGO)



Nuestra sombra

(MONÓLOGO)

PERSONAJE:

SIMON. MÉDICO ALIENISTA. 35 AÑOS: OJOS OSCUROS, HUNDIDOS Y BRILLANTES, MANOS NERVIOSAS. VISTE RIGUROSO LUTO.

ACCION

Ocupa el escenario el banco del acusado, frente al teatro, que se supone la sala de un tribunal, a la hora de la audiencia.

Es la tarde; al levantarse el telón, Simón se pone en pié para empezar su alegato.

SIMON. (Mira en torno y dice, como hablando consigo mismo). Se ha quedado fuera. Al público ¡Ah ¡Yo me defenderé! si *ella* me hubiese seguido hasta aquí, mis palabras habrían nacido muertas, pero felizmente se ha quedado fuera, ¿dónde? ¡misterio! No los guardias, no las puertas macisas, la luz de la sala de audiencia la repelió y debe de vagar ahora por los pasa-

dizos húmedos donde la noche se repliega durante el día.

Hablaré, sí; soy un hombre que comparece a la presencia de otros hombres; y nadie debe temblar en tales circunstancias. El temor que abrigaba de que no comprendieseis mi conducta a través del discurso de un abogado, no existe ya, supuesto que habéis permitido que haga yo mismo mi defensa y si aun pudiera temer algo, sería que las leyes no consultaran mi caso; porque no he muerto a mi mujer, a la que yo amaba tan tiernamente, ni bajo una sobrexitación, ni porque hubiese dejado de amarme ni, en fin, porque sombra alguna se interpusiese entre nosotros sino por...

¡Mentira! ¡gritadme que miento! he dicho que la más leve sombra no se interponía entre los dos, cuando precisamente *una sombra ha sido la causa de todo*; ¡su sombra!

¿Pero, quién no tiene una sombra? sin embargo, nadie mata por eso.

Y es que nadie, escepto yo, sabe aun lo que significa esa enemiga inseparable que se desliza a nuestro lado, se siente una vaga angustia, algo así como la presencia de un extraño en todos los momentos de nuestra existencia o de un peligro indefinido, pero nadie explica su angustia; si supiesen de donde proviene, todos harían lo que yo y muchos, queriendo

matar lo que más amaran necesitarían suicidarse.

Necesitarían suicidarse; es casi imposible vivir después de haberlo sabido; muy poco debo de estimarme a mí mismo, cuando sigo viviendo.

Figuraos que...

Pero dejadme consultar antes la hora que es; dudo alcanzar a concluir, la tarde avanza, cuando los ujieres traigan lámparas, *ella* entrará.

Y entrarán todos, ya sabéis, *nuestras sombras*, la suya, señor presidente, la suya, señor fiscal, la vuestra, señores jueces, la de vosotros todos; la sala del tribunal se poblará de sombras y nadie será ya dueño de sí mismo.

Aprovechemos este breve paréntesis, nuestro centinela quedó afuera, estamos solos; ordenad que absolutamente nadie abra las puertas.

Hablaré rápidamente: nunca jinete alguno ha hostigado su cabalgadura como el tiempo me hostiga a mí, a cada instante temo ver que el sol encierra en su carcaj las flechas de oro y se dispone a emigrar. Una sola cosa amo en este triste mundo y es el sol, su lumbré bendita ante la cual huyen las sombras; reparad que toda otra luz no produce este efecto absoluto; siempre se presiente la som-

bra en el circuito mismo del foco artificial; ¿quién habitase la región donde el día es perenne y la noche solo de ciegos conocida!

Voy recto a la exposición de los hechos; ¿cómo pasaron? ¿de qué modo llegué a adquirir la tremenda certeza?... ¡Ved como no pierdo palabras la galería! Se me imagina el mundo un teatro de sociedad, donde cada espectador paga por turno su asiento, desempeñando un rol cómico o dramático, según sus facultades; el monólogo del suicidio, el duo del engaño recíproco o la petipieza del «menage a trois», algo que contribuya al regocijo general, bastante me he divertido, justo es que, a mi vez, divierta. Necesito retroceder a una época algo lejana.

A la de mi nacimiento: cuando vine al mundo, mi padre, que vivió obsecionado por la idea de que moriría prematuramente, ya había muerto; una auto-sugestión; hago hincapié en la circunstancia de que había muerto, siete u ocho meses antes, talvez nueve; estaba en su luna de miel y una mañana no despertó.

A los veinte años y junto con recibirme de médico, me casé con Elia, un año después nació nuestra Esperanza; desearía manifestaros que esto ocurrió cuando yo no había llevado un solo luto; ningún deudo, ningún discípulo, ningún vecino, había fallecido en todo

ese tiempo, yo no conocía más cadáveres que los del anfiteatro; despojos de estraños, que nunca ví animados por la vitalidad y que nada me dijeron al corazón.

Y en mi carrera, siguiome la misma fortuna. Me había dedicado al estudio de las enfermedades mentales y nerviosas; pues bien, durante diez años de ejercicio en manicomios y clínicas, nunca paciente alguno que estuviese a mi cargo dejó de existir; no creais que intento achacarlo a exceso de sapiencia, vereis de que triste modo averigué la razón del milagro.

Solo que, dejadme poner en claro un punto: he dicho que no había visto morir a nadie, como si en aquel tiempo yo pudiese notar tan estraña coincidencia, cuando lo esencial es que jamás reparé en ella, hasta tanto que ocurrió la catástrofe, el principio del fin.

Fué durante un corto viaje: cuando regresé, mi amigo más querido, a quien dejara lleno de salud y juventud, estaba enterrado; ¡«nunca te hubieras ido!—me sollozó su madre.—Presente tú, él no habría muerto». Estas sencillas palabras fueron para mí una revelación; indudablemente la buena señora se refería a que yo habría sabido salvarle... pero las palabras tienen un sentido oculto aun para el que las pronuncia.

Sí: él no habría muerto porque yo era un *mascotto de la vida*; yo era... ¿como lo diré para que no os burléis?... ¡El sol que ahuyenta las sombras!

Pero, inmediatamente también, se me presentó el resto de la verdad: «si fuí *mascotto*, me dije, ya no lo seré, virtud es esa que solo se ejerce en tanto que se ignora poseerla y yo... yo acabo de descubrirla en mí». Repasando mis recuerdos, no encontraba una lápida que tuviese inscrito algún nombre amado; mi vida había sido la Vida.

¡Ay del que no ha visto arder bajo su techo los blandones de cera! Es forzoso pagarle a la parca su tributo periódico; hoy un hermano... mañana un hijo... ir retardando así la propia entrega; solo se vive a trueque de ver morir la familia, los amigos, los contemporáneos, a trueque de haber muerto uno mismo en vida; pensad esto al encontrar un anciano y descubríos, no ante sus desagradables canas, o su experiencia majadera, sino ante el Dolor, sobrevivir a cien caros seres, es haber sufrido cien muertes y una muerte más.

Y esta es la causa de que cuando la muerte consigue penetrar en un hogar cuya puerta le había sido obstinadamente cerrada, no se apresure en salir; primero fué mi madre.

Mi madre ¡pobrecita! Aquí comienza en realidad mi relato, el primer indicio para el descubrimiento que más tarde realicé... por desgracia, debía recogerlo en su lecho de muerte.

No guardaba cama sino raras veces y por pasajeras indisposiciones, cosa temible también, porque es preciso vivir muriendo para que la muerte nos prorogue el plazo; esta vez no parecía de mayor cuidado, pero ella se alarmó.

—Mira:—suplicóme una noche, llamándome a su lado—quisiera mudarme de pieza.

La miré sorprendido; nunca había querido dejar la que tenía y era la más bella de la casa.

Como viese que no le respondía, prosiguió aun mos bajo:

—¿Necesitaré decirte por qué?... El colo-colo canta a mi cabecera.

Pero como mis ojos demostraron un asombro mayor, se apresuró a explicarse.

—Tú no sabes lo que es eso, ojalá nunca le oigas; es como el trino de un canario en el muro; dicen que lo que así canta tiene la apariencia de un ratoncillo blanco, más la verdad es que nunca se le ha visto, aunque sean muchos los que lo han escuchado. Tu padre, pocos días antes...

¡Mi madre superticiosa, fatalista, casi ate-

rrada!... Temí que la fiebre la trastornase y no intenté contradecirle.

—Bueno, madre, mañana lo haremos; cambiarás de alcoba con Esperanza.

Una expresión indefinible de disgusto se exteriorizó en su rostro; parecía atreverse a objetar algo, pero su terror la animó.

—No, esta misma noche, Simón, te lo ruego, sácame de aquí esta misma noche y que nadie ocupe la habitación.

¡Era una idea disparatada en tan sensata mujer! Me atreví a hacerle algunas observaciones.

—Inmediatamente, no es posible: estás mala y te agravarías, además, la niña duerme: sería preciso despertarla.

Esta objeción debe de haber pesado en su ánimo, porque no se atrevió a insistir; sin embargo, se veía que renunciaba con pena.

Me retiré preocupado, muy imperioso deseo debe de haber sido el suyo—pensaba—cuando así afrontó el ridículo! ¿Qué significará, Dios mío?

A la mañana entré en su aposento y la ví ya despierta, muy pálida y seria; intentaba sonreírse al presentarme su blanca cabeza, pero no lo consiguió sino a medias; la besé en la frente.

—¿Cómo has amanecido?

—Bien.

Aquí hizo una pausa, y luego, con un extraño tono.

—¿Sabes? Ya es inútil que me trasladéis; he reflexionado que sería inútil.

—Esó quiere decir—le repuse alegremente—que el... ¿cómo le llamas? se ha olvidado de darte serenata; ¡ah, mi pobre viejecita, te vuelves una niña!

Ella sonreía siempre, sin que desapareciera su aire taciturno; antes bien, me pareció ver que mis últimas palabras acrecentaban la tristeza de sus ojos; diríase que la sonrisa se le desprendía del rostro, como una máscara mal sujeta.

¿A qué describir aquella agonía? ¿no queréis hacerme gracia de este trago cuando aun me queda por apurar la copa llena? Baste deciros que murió, a los tres días; que se escarcharon sus ojos; que sus labios y sus manos se entumecieron; que todo se congeló en aquel invierno maldito. ¡No he podido persuadirme, y ya es tiempo, de que jamás, en este mundo de Dios, oiré otra voz semejante a la suya, ni veré otros ojos como los suyos, ni recibiré otros besos, jamás por jamás y, sin embargo, restan millones de mujeres, miles de madres en el mundo! Baste deciros que solo, al igual que ella había velado mi primer sueño, velé

yo el último suyo; en el vestíbulo dormitaba un lacayo. Elia quedóse medio vestida en sus habitaciones, pero junto al cadáver no hubo nadie, sino yo.

Las primeras horas habían sido de insoporable dolor; su misma intensidad, hizo que se adormeciera en el alma, que se adormeciera, hasta permitirme reflexionar, en la capilla ardiente y a la cabecera del lecho fúnebre, como si me hallase en mi gabinete, instalado a la mesa de estudio.

...Ella parece dormir, trajeada de luto, tan amarilla como los cirios y con las manos sobre el pecho; parece dormir en su postura ríjida, pero sus pies... sus pies no tienen la apariencia que tienen los de quien duerme: están levantados, casi derechos, uno al lado del otro, mostrando las blancas plantas del calzado... Yo pienso que no volverán a asentarse sobre la tierra.

Ni volverá a salir de debajo de ellos, aquella errabunda sombra suya;—completo en mi pensamiento—¡nunca su sombra se tenderá sobre el camino de la vida!

Repito esto, como si alguien me advirtiese que allí hay algo más, un sentido oculto que se me escapa; (ya sabeis, el doble fondo de las palabras) lo repito tanto, que acabo por contraerme a esta sola idea.

Nunca su sombra volverá a proyectarse sobre el camino de la vida.

Lo que origina un gran descubrimiento, es, casi siempre, una cosa bien pequeña; aquello, que se me reveló después y que ha destrozado mi existencia y destrozará la de cuantos vayan comprendiéndolo, no tuvo más punto de partida que esta reflexión.

Mientras tanto, vuelan las horas, las siento escaparse unas tras otras de un campanario distante; he pedido café, varias veces, y mis deducciones no avanzan, pero presiento que esa noche, esa misma noche, dejaré averiguado algo muy importante que ni siquiera sé qué podrá ser; la áurea llama de los cirios, palpita; su chisporroteo y el zumbido de la sangre en mis oídos, son los únicos rumores que yo escucho; ¡vuelan las horas!

Ahora una mariposa nocturna ha penetrado y revoletea por la cámara; su sombra azota fugazmente el pálido rostro de la muerta o se dibuja en las paredes; va amaneciendo; las tinieblas se refugian en los ángulos y las luces suben altas, inmóviles y rojizas; de pronto el insecto chamusca sus alas y cae: aquella única cosa movable, aquella sombra suya que fluctuaba, cesa, y la verdad se hace en mí; ¡ha amanecido!

¿Dónde se va nuestra sombra? ¿entra en no-

sotros, o entramos en ella?... Morir, entrar en la sombra... *¡Luego es la muerte, la sombra!*

¡La muerte! ¡Es la muerte! Somos la pieza rastreada por ella y durante nuestra vida sentimos que nos persigue sin tregua, casi mordiéndonos los talones; cuando creemos despistarla, ya nos ha dirigido sobre su senda y vamos a caer en su propio cubil, el agujero negro donde nos devora. ¿Se habla del angel que acompaña a cada ser desde la cuna?... ¡Sí, el angel fatídico; uno para cada cual y todos uno solo: la Muerte!

El bacilus de la muerte estaba descubierto; *no se moría de tisis, ni de suicidio, sino de sombra*; quien hallase el virus neutralizante o la manera de separarla del cuerpo, de arrancarla de raíz, habría resuelto el problema de la inmortalidad.

Desde este día, por donde quiera que anduve, no ví ya sino esa sombra que surge de nuestras plantas, toca los cielos, y en las noches de neblina, parece adquirir forma corpórea, desmesurada y tangible; he sorprendido todos sus cambios, conozco todos sus manejos, sé que al llegar bajo una viva claridad, se aparraga, dando un rodeo descende por la pared y gana la delantera para alargarse en

el suelo; sé, también que, entre dos luces, se duplica y se debilita y que, fuera del radio de la primera, se queda atrás, desdóblase, trepa, se precisa, yérguese, corre a lo largo de las fachadas y, como gato que juega con el ratón, nos abandona para venírse nos de pronto encima; todo lo aprendí, observando nada más a la mía; de los demás, tampoco reparaba sino en las sombras y, conducidos por ellas, los veía ir tan confiados como un ciego a un despeñadero, ignorantes de quien era aquel negro lazarillo: ¡Oh, cómo sufrí entonces!

Porque entonces empecé a notar también que, sin que la estatura o la corpulencia de los individuos autorizase el fenómeno, había sombras más pequeñas y más débiles que otras y empecé a preguntarme si estas que disminuían y empalidecían, que parecían tornar a sí mismas, no era que tocaban ya el fin de su cacería, que alcanzaban la presa y se disponían a cargar con ella; *¿no sería que la sombra disminuta a medida que se aproximaba la muerte?*

Este pensamiento fué el terrible; una vez concebido, comenzó mi tarea de espiar a los seres amados: «si ellos se despreocupan, que siquiera yo vijile por su seguridad», y ya no tuve descanso; cualquier causa física que replegara sus sombras, hacía que mis huesos se

helaran; si los veía tristespe nsaba; «¿Irán a morir?» Y si los veía alegres: ¡«Y tendrán que morir!» Este martirio duró un mes, a contar desde la muerte de mi madre; como si dijéramos, un mes de investigaciones; yo dudaba aun si realmente disminuye la sombra de los que van a morir; ¡ai de mí! bien pronto hube de constatarlo.

Estábamos en la sala. y nuestra hija, mi Esperanza...

¡Pero no! ¡es preciso que sepais lo que ella era para mí! Mi madre me amó, es cierto, mi esposa me amaba, pero como aman madres y esposas, como todas las mujeres, comprendiendo nuestros pesares, mejor que nuestras alegrías; ella, no; lo que ella comprendía, eran mis ideas, es decir, lo que hay de más noble en mí, se interesaba por mis estudios y experimentos; era bien hija mía, su carne mi carne y mi inteligencia su inteligencia; la hija ideal, que es la obra y el colaborador. Ningunas manos como las suyas para prepararme el café de que tanto necesito. ¡Oh, mi hija! llevaba el nombre de mi santa madre y, al decir de esta, era en el rostro la resurrección de mi padre, pero en su espíritu, solo a mí se reconocía.

¡Y no cumplía sino quince años, una alborada de primavera! En el vulgo existe la creen-

cia de que los niños precoces fenecen y no debemos burlarnos de nada que ande en boca del vulgo; sus supersticiones son como lo que él llama «secretos de naturaleza», son como sus proverbios, fruto de una larga experiencia. Si la duración del tiempo es relativa, ¿por qué no admitir que en uno muy limitado recorran los precoces una completa existencia interior y sucumban a la vejez de sus almas? Sea como quiera, ocurrió con mi hija; ¿querréis creer que hasta sus muñecas tenían el aire grave de las personas mayores? Una particularmente parecía una viejecilla.

Estamos en la sala y Esperanza la atraviesa para cojer un libro; yo no quiero prestar crédito a mis ojos.

—Esperanza,—interrogo, procurando dar a mi voz el tono más indiferente posible—¿Quieres enseñarme ese libro?

—Si es la Psiquiatria.

—No importa, pásamelo.

Lo que yo necesito en realidad es que ella vuelva a cruzar por delante de mí, y esta vez, apenas contengo un grito.

¡Su sombra no es sino la de una criatura, algo mísero que se desliza vergonzantemente sobre los claros tapices!

Me rebelo, me digo que talvez la conformación del aposento, talvez la manera como

está dispuesto el gas, la hacen aparecer así; pero en los días sucesivos, a cualquier hora, en cualquier parte, con cualquier luz, yo no vuelvo a verla de otro modo.

Al mismo tiempo, Esperanza empezó a languidecer; hubo en mí como una reacción ante la realidad que venía a confirmar mis sentimientos; ¿no sería yo, yo mismo, el que sugestionaba a la pobre niña hasta el extremo de debilitar la vida en ella? Muchas veces, después, me he propuesto este problema y cada vez el vértigo me sobrecoje y me echo atrás como al borde de un abismo sin fondo: ¿llevaré una mala sombra? ¿inconscientemente, lo mismo que en otro tiempo trasmití la vida, *habré sugerido la muerte a cuantos he amado?* ¡oh, sería cosa de volverse loco!

¿Quién ha pronunciado esa palabra? ¡Aquí no hay ningún loco! habreis querido decir, «el médico de los locos» y, en otro tiempo, todos vosotros mis clientes. Sí, vosotros también, jueces, haced memoria; de contado que por causas bien insignificantes, no mas que excitación nerviosa, no mas que desgaste del sistema ¡casi nada, en suma!

Os decía que la pobre niña decaía a ojos vistas. Llamé a mis colegas y no supieron revelarme qué mal era el suyo; uno llegó a afirmar con descaro que, ninguno; otro habló

vagamente de una lesión cardial y un tercero mas humilde, se confesó incompetente. ¡Oh qué pobre, qué pobre ciencia la suya! ¡me hacían el efecto de un hato de curanderos mistificando a tontos y a locos! Yo solo sabía de qué se moriría y no lograba salvarla.

Porque lo intenté, con desesperación; durante un mes me lo pasé en el laboratorio, casi sin alimentarme de otra cosa que de café, ensayando los medios de estirpar la sombra. Naturalmente, a Esperanza no le decía nada y fué la primera vez que no pedí su concurso para mis trabajos. Pero no obtuve resultado; empleé los ácidos mas corrosivos, empleé la electricidad y el magnetismo, creí poder fijarla en tierra por medio de ciertas combinaciones químicas... ¡la fórmula se me escapaba, era un simple el que me faltaba, sólo uno y no sabía cuál!

Y ella se moría; ¿cuánto creéis que duró su agonía? ¡meses de meses, y siempre afirmándonos; a su madre y a mí, que ningún sufrimiento la atormentaba! pero lo decía por no aflijirnos, bien ví yo lo que sufría; como el cirio al consumirse, como la nieve que se derriete; dolor sordo, lento y disolvente que estaba en toda ella; sus ojos se entenebrecieron y sus largas pestañas proyectaban sobre las mejillas una tristeza de crepúsculo.

Cierta noche, a las altas horas, la oí hablar y pensando que lo hacía en sueños, me aproximé a su lecho; al sentirme, se sobresaltó y estendió los brazos delante de la pared, como queriendo defender algo.

—No le hagas daño, no le mates; ¡si supieras cuan dulcemente canta! una sirena no le igualaría.

Al pronto, no comprendí; pero el recuerdo de la otra, mi madre, me asaltó.

—¿Como?—balbuceé en secreto—¡también canta para tí!

—Todas las noches, y apenas me quedo sola; es por eso que trato de recojerme temprano y de aislarme, para oír su canto; ¡ave alguna canta así! es como el reclamo de un pájaro del paraíso; se me figura que llama y quedo en arrobamiento horas enteras; al revés de la alondra, enmudece con las primeras luces del alba y yo desearía que la noche no tuviese fin.

¡Oh, la desgraciada! ¿quién la había hechizado hasta hacer que su corazón de quince años, nido dispuesto para recibir al amor, suspirase por la sombra? ¡ella, sobre cuya cabeza los limoneros en flor esperaban nevar sus azahares! El miedo, la amargura, me habían petrificado.

—¡Te irás!—proferí, casi con violencia,—de-

jarás esta pieza maldita, dejaremos esta casa, si es preciso, y la salud volverá a tus ojos en chispas de luz y en oleadas de sangre a tus mejillas; ¡mañana mismo, por lo que mas ames!

Movió dulcemente la cabeza.

—¡Estas loco, papaíto; te asustas por nada! si dejase de oírlo, entonces sí me moriría; ¡oh, no sabes, no puedes saberlo! una vez que se le ha oído, nada mas se puede amar ni desear en este mundo.

¡Y se fué, ella también!... ¡Cielo azul, cómo no te rasgaste de alto abajo, como el velo del templo, la mañana que dejó la tierra? porque fué de día, en el esplendor del sol y la naturaleza. ¡Espiró hablando; aun vibraba el eco de la voz y ya el labio había enmudecido para siempre! Cuando me incliné sobre su boca cárdena, pareció aspirar y respirar, dos veces seguidas, entonces creí que aquello podía ser un letargo, una catalepsia, y ensayé los mayores reactivos. No podía concebir que estuviese muerta! ¿para qué debía nacer si debía morir tan joven!... ¿Para qué? ¿y los que mueren antes de ver la luz, dónde van sus almas?... talvez adonde van los pensamientos que se olvidan sin haber sido formulados... Todo se desvanece en la nada; he ahí la respuesta: Nada... Ya hedía cuando la encerraron en el ataúd; sayal que cortan estrecho porque así

se economiza paño; ya hedía y cuando le dieron sepultura, la descomposición resumaba... ¡horrible! ¡horrible! lo mismo que las flores que se corrompen en el agua. ¿Cómo ha de heder mas, lo que mas perfuma? ¡Probad con los lirios!

Un instante... Me falta aire.... ¡Un momento!

Ya pasó; desvanecimientos pasajeros! la culpa es de los que me han restringido el café. ¡Inútil, por lo demás, inquietarse por mi salud! ¿no habéis visto la opulenta sombra que arrastro? ¡tiene para mucho tiempo y está muy distante mi cita con ella! ésto es lo que me ha impedido suicidarme, como hubiera sido mi deseo; ¡os juro que hubiera sido mi deseo! Cuando después del sepelio de mi Esperanza, huímos de aquella casa; *pero no de nuestra sombra*; cuando desistí de buscar el serum anti-umbroso; cuando comprendí que, esta vez, *debería* ser mi mujer la víctima propiciatoria, habría sido feliz con matarme, y sólo ante la convicción de que *nada* podía contra mi propia vida, fué que pensé en *lo otro*.

¿Ha pasado alguien a mi espalda? ¡juraría que, por detrás de mí he sentido deslizarse a alguien! No alcanzaré a concluir, no; la noche se prepara y aun me queda por referir ese terrible *otro*, que me ha traído aquí.

Supe, pues, que Elia iba a perecer también y no ya de un modo más o menos breve. Cier- to que había comenzado a declinar, pero con tal lentitud que casi no se notaba y hasta hu- biera podido creerse lo contrario, dado que la jovialidad le volvía, después de nuestros due- los; por desgracia, no era más que apariencia, allí estaba si no su sombra.

Su sombra, que disminuía imperceptible- mente... para otro ojo que no fuera el mío. ¿Desde cuándo? Creo que desde el día y hora que ella vino al mundo; unos más rápidamen- te que otros, todos empezamos a morir ese día y en esa hora, y algunos que nacen muer- tos, siguen viviendo, por un error.

¡Con qué cautelosa ansiedad seguí enton- ces el progreso de aquellas variaciones, mi- diendo, como por un termómetro, los grados en que disminuía la vida de Elia y los que aun le restaban! Iba detrás, adonde fuera, me convertí en sombra de su sombra, y vino un día en que, habiendo sorprendido mi espiona- je, perdió su alegría renaciente y comenzó a desmejorar; lo noté; porque la disminución de la sombra se hizo más sensible y también noté con espanto que esto me producía inespresa- ble regocijo.

El terror en mi esposa iba en aumento; ella *sentía*, sin duda, la incubación sorda del peli-

gro, pero, cosa rara, no desconfiaba de su sombra, sino de mí; me había tomado instintiva aversión, sin averiguar lo que nos separaba, y las noches últimas las pasó en vela, revolviéndose en el lecho común; yo sufría a la par y solo el café pudo prestarme la resistencia necesaria; nuestra unión era la de dos galeotes remachados a una misma cadena.

...En la muda inmensidad un perro aulla; loco de angustia, cada noche me levanto varias veces, muchas veces, para ahuyentarlo, pero nunca logro sorprenderlo; sin embargo, apenas vuelvo a acostarme, los alaridos se reanudan y, por más que nos cubramos los oídos, que nos arrebujemos entre las sábanas, esquivando el más ligero contacto de los cuerpos, seguiremos oyéndolos hasta el amanecer... Siempre que recuerdo estos insomnios, no puedo por menos de aplaudir mi conducta: ¿no fué limar la cadena, hacer que, siquiera, se desprendiese de sus hombros? ¿difícilmente conseguiréis que me arrepienta!

Esta inquietud constante, tenía, como es lógico, que imprimir huella en su salud, y así ocurrió; durante dos semanas su sombra no hace sino menguar, pero es poco aun ¡casi nada! a este paso se necesitarían meses, años talvez para que desapareciera por entero. La día cabal de la extensión del calvario que,

irremisiblemente, tendríamos que recorrer juntos, cargada ella con su cruz y yo sirviéndola de cirineo, me llevó a desear que aquello finiquitase de una vez; porque no es la noche lo que amedrenta, sino el crepúsculo que la precede.

Sin embargo, os respondo que no hubo premeditación en mí y solo la circunstancia de que aquella noche su sombra no estuviera presente, hizo que precipitara el desenlace.

Se me ocurrió cuando ya estábamos para acostarnos. Delante del espejo, Elia se quita los pendientes y descíñe con abandono sus ropas. La estancia está alumbrada con profusión. Miro en torno y no percibo por ninguna parte su sombra; urje aprovechar esta coyuntura, pero tampoco resisto al placer de soltar la lengua y hablo, con una voz que me suena extraña.

—¿Sabes que ha desaparecido?

Se vuelve a medias.

—¿Quién?

—Tu sombra.

—La habré vendido al diablo.

Ha puesto en su respuesta una ironía tan rabiosa que las lágrimas se le saltan.

--O irás a morir—corrijo, exasperado.

Me mira, en la pupila el fulgor despavorido de esas llamitas que el viento pretende sofo-

car y que se debaten hasta querer soltarse del mechero. No dudo que, con la doble vista de los señalados por Azrael, sea capaz de penetrar los designios más recónditos y, confuso a más no poder, me escurro.

¿Hacia dónde? Hasta ese instante, no había pensado que sería necesario un medio para quitarle la vida; la lucidez que se hace en nosotros en las ocasiones supremas, me permite recordar que en el cuarto oscuro, donde mi ayudante desarrolla las placas hechas por los rayos catódicos, debe de haber cianuro; efectivamente, le hay y me traigo una pastilla conmigo.

Cuando vuelvo a la alcoba, las luces están apagadas y solo arde una mortecina lamparilla de noche; mi mujer ha pasado al cuarto de vestir. Aprovecho para poner el cianuro en la leche sazónada que toma antes de acostarse y disolverlo; apenas tengo tiempo de dejar la cuchara y Elia entra, ya en deshabillé nocturno; temo su primera mirada, pero va en derecho a cojer el jarrito, del que solo se bebe una mitad y lo deja, haciendo un gesto de disgusto.

—Lo que es esta vez, se me ha pasado la mano con la sal—murmura, mientras se mete bajo los cobertores.

Yo me acuesto a su lado. Contra lo que ocu

rre ordinariamente, a los pocos momentos, comprendo que ha conciliado el sueño; me enderezo sobre el codo, ¡oh, con qué precauciones! no puedo mirarla dormir; la miro... la miro... hasta que, viéndola hacer un movimiento de incomodidad, porque aun en sueños se siente el ojo que nos escudriña, recupero mi posición.

Transcurre un cuarto de hora; en las venas de mis sienes siento latir los segundos; ¿será insuficiente la dosis?... Permanezco de espaldas, con la vista clavada en el techo; ¿qué me advierte que finje dormir, porque ella se ha despertado?

Ahora se remueve febrilmente; el tósigo comienza a hacer su efecto; con todo, no se atreve a llamarme, o porque no quiera interrumpir mi reposo, o *porque me teme más que al sufrimiento*; en la loca alegría de sentir caer los eslabones de aquella cadena de miserias, mi inmovilidad forzada resulta insoportable; al fin, el sufrimiento triunfa de su voluntad, y empieza a quejarse debilmente; ya no contengo mi agitación y, saltando al suelo, principio a vestirme, sin articular palabra.

—¡Me muero, Simón!—balbucea.

Sigo vistiéndome, sin responderle, materialmente me sería imposible hacerlo.

—¡Me muero!—repite con un gemido.

Yo estoy trastornado; o es que espira la mariposa, que han olvidado alimentar, o que su rostro se cubre de sombras y temo que grite, porque sus padecimientos deben de ser crueles; para evitárselos, la apuñaleara; por suerte reflexiono que las heces del cianuro, pueden proporcionarme una inyección hipodérmica.

—Morfina...—le esplico, cargando la jeringuilla.—Esto te adormecerá, amiga mía.

Y realmente, echo mano de semejante procedimiento como de un anestésico, pues no quiero sino alijerar, a cualquier precio, el trance por que atraviesa; ¡es piedad, piedad de ella y de mí! yo veo que ella *sabe*, pero en su situación, no se detiene a reflexionar, o piensa también que es mejor concluir y me ofrece el brazo desnudo.

La aguja traspasa la apretada carne; aparece una chispita roja.

Un instante después, parece haber caído en un sueño profundo; me basta ver sus pies que levantan la ropa, para saber que no despertará. La mariposa aletea; la mato, de un soplo, y lo dejo todo en sombra. La sombra reinará allí, por los siglos de los siglos.

¡No me arrepiento! ¿por qué castigarme por haber apagado esa llamita. si ya lamia el vaso exhausto de aceite? la luz se extingue...

¿dónde ha ido la luz? ¡no me arrepentiré nunca! ¡felices los que descansan en paz! De los míos, ya ninguno sufre sino yo; no quedamos más que yo y una muñeca, con cara de viejecita, que fué de una hija mía... ¿Cómo se llamaba?... ¡Ah, sí, Esperanza!... pero, ¿y la muñeca? ¡La mataré también! ¿para qué se vive? *¡vivir es agonizar; matar, es redimir!*

Nada me resta que deciros.

Llegó, jueces! vuestro turno, pasad a deliberar; pero el crepúsculo invade la tierra de los hombres; pedid, antes, luces y tened cuidado con los pasadizos, que la luz os guíe!... ¡Ah! Ojalá deis orden para que no se nos mezquine el café.

Y ahora nosotros a volver, cada cual por distintos caminos, a traves de una misma tiniebla: yo o mi celda solitaria; al aire de la libertad, vosotros.

¿De la libertad? ¡quimera! que, cuando salgais, *ella*, como el asaltante en acecho, se arrojará sobre su víctima y, quieras que no, hará a su lado la jornada. Cuando en alas del ideal danseis con la mujer amada, su sombra y la vuestra se abrazarán bestialmente sobre el parquet; cuando departais con el amigo elegido, a vuestra espalda las sombras jesticularán por su cuenta, desautorizando cuanto las palabras afirman; se apoyarán en el espaldar

de vuestros sitios, cuando os creais mas solos; y cuando entreis en el lecho se agazaparán debajo, como fieras emboscadas.

¡Id, que la mía viene ya por mí!

(TELON)

FIN

A RODAR TIERRAS

A rodar tierras

Para Amalia Maga en su segundo cumple-años.

Mas que las gaviotas de la mar salobre, mas que las nubes y mas que el viento, ha vagabundeado bajo el alto cielo la plumilla del cardo corredor. Es cierto que dura sólo un verano y ni tanto siquiera, pero como la edad de las almas inquietas no se mide por nuestro almanaque, su vida es intensa y larga de contar su historia.

... Durante el mes del sol que dora los maizales y quema las flores azules de los cardos, en la flor nueva de un cardo viejo había nacido una corta familia de dos mil gemelos.

Eran, ya sabéis, vilanos, y como estaban muy estrechos en su celda ninguno sospecha-

ba que pudiera ser grande. Y soñaban un confuso sueño a la sombra de la hoja espinuda que creían la bóveda del universo.

Hasta que cierta mañana--no estoy bien seguro de si fué a mediodía--una ráfaga de viento vino a remecer el cáliz del cardo. «Soy yo--decía el viento--y ya es tiempo de que vuestros hijos vayan a cumplir su misión». Entonces la flor suspiró levemente y nuestra plumilla con ocho de sus hermanas vino a hallarse al borde de su nido, frente al vasto mundo y presta a desatar el vuelo.

Era una mañana, sí, ahora estoy seguro, una mañana en que todo parecía de azur y plata; por doquiera se veía gasas leves, jirones de bruma o sutilísimas telarañas: y las plumillas eran blancas también y ieves, ¡Oh qué leves! como polluelos recién nacidos que aun no hubiesen esponjado su plumaje, como la forma del suspiro que exhaló la flor al verlas con su abanico de pelusa todavía plegado; la madre tuvo piedad y trató de interceder por ellas.

—¡Oh, padre viento! ¡miradlas tan niñas que no saben siquiera ocultar su corazón!

Nuestra plumilla se contempló en un rayo de sol que la irisaba y vió que llevaba en el centro del pecho una semilla no más grande que una pulga grande; comprendió instinti-

vamente que aquel era el tesoro que debería transportar por los espacios; y entónces, para ocultarlo, erizó completamente su pollerita de bailarina.

Y emergieron las hermanas, saludadas por las chicharras y las abejas, a la vida libre del verano. En un principio, como estaban unidas, las nueve no hacían sino arremolinarse y perseguirse como un enjambre. Así trascurrió ese primer día; jugaban al pié del cardo y cuando llegó la hora de dormir quisieron recogerse a su flor.

Pero la flor ya no existía; la habia aventado el padre de todos los vientos; habíase disuelto en plúmulas albas y frágiles como ellas: dos mil que se disiparon a los cuatro vientos, portadora cada una de su propio corazón.

Las nueve celebraron consejo decidiendo no separarse nunca y aquella noche el blando copo asistió desvelado a la fiesta veneciana que daban las luciérnagas en el campo. La orquesta se había diseminado entre las hierbas y el coro estaba junto a la charca. Se ejecutó música china y nadie quiso retirarse hasta que repicaron los gallos.

¡Uhú!—zumbaban los cínifes—¿Ha visto usted qué cosa?—se decían los grillos enfundando su contrabajo—¡En el buffet no había sino pétalos de rosa!... Y borrachos de rocío los cínifes zumbaban aturdidamente.

Al abrirse el día la misma brisa penetrante que hincha el blanco velamen de las flotas elevó también a los vilanos. Realmente la luz y el aire eran como un océano; pasaban los pájaros como peces voladores; y allá muy por debajo, como los monstruos submarinos en el fondo del mar, discurrían los animales y los hombres.

Pero en la caravana hacían surgido desavenencias; iba de malgrado de aquí para allá descendiendo a menudo a la tierra, y cuando a medio día se levantó el padre de los vientos, las nueve hermanas expusieron la misma queja: ¡Les era imposible dirigirse hacia ninguna parte porque todos tenían una opinión distinta!

«Entonces es preciso que cada cual tome por su lado—resolvió el Viento—No hay un mismo destino para dos almas»—Y diciendo y haciendo rompió los débiles lazos que las unían entre sí.

La más cándida, «nuestra» plumilla, pudo mirar un instante a las demás que se dispersaban; pero muy pronto confundiéronse con el azul como los jirones de un sueño. Desorientada y triste vagó durante varios días buscando una planta que se pareciese a aquella donde se mecía su nido. Era a fines de febrero y algunos cardos tardíos aún encerraban

sus semillas. Y cada vez ella suspiraba de envidia: ¡Qué breve, Dios mío, es el sueño de la inocencia y qué brusco era el despertar!

Y corrió aventuras. Primero fué en un corral donde había un gato y una ventana, y enredándose por sus barrotes, copihues y madre-selvas. Pero tan bello como su cardo no le parecía ninguna flor al vilano; sin embargo, permaneció en suspenso para ver modo de adivinar lo que pasaba abajo. Micifuz estaba al sol y moviendo apenas la cabeza seguía con sus ojos amarillos a unos globitos que parecían escaparse de la habitación; dentro un niño de rostro macilento, envuelto en pesados abrigos, soplaba un canutillo y con mirada llena de nostalgia veía cómo se desprendían sus pompas de jabón. El vilano las contempló también, talvez soñando con llegar a ser como ellas un diamante alado; pero una fué a caer sobre la nariz del gato y el prestigio se deshizo. ¿Dónde estaba el diamante? ¡Apenas una gotita de agua se consumía en la tierra árida! Micifuz se había alzado majestuosamente para ir a acomodarse más lejos y entonces divisó a la plumilla.

—¡Eh, tú, gitanilla, ¿traes la buena nueva?

—le preguntó.

Y no más que por matar su tedio se entregó con ella a un peligroso juego; daba un salto

y la atrapaba, después la dejaba ir, pero cuando ya se remontaba volvía a traerla de un zarpazo. El niño, encantado, palmoteaba desde la ventana y los copihues y las madreselvas asistían impasibles al espectáculo.

Por fin el felino se fatigó; debió de pensar que le hacía más cuenta dedicarse a la caza de sus ratones, porque se esperezó sacando las uñas y en un ángulo del corral dió comienzo como buen musulmán a una complicada serie de abluciones.

La atmósfera parecía en ebullición, como un sol cada molécula tenía calor y luz y las pelusas de la plumilla comenzaron a tostarse. Sobrevinieron entonces sus pesadas jornadas en el aire que apenas la sostenía y así fué como pasando por un hormiguero le ocurrió un lance con una hormiga que vino a aumentar esa experiencia que recojen las plumillas y que acaso llegaría a aprovecharles, si su vida durara más.

Debía ser aquella una hormiga romántica, por cuanto soñaba con volar. ¡Oh, no creais que dotada de un par de alas, sino que sencillamente dentro de un globo, lo cual es bastante burgués, y para que le resultara más económico pensaba tomar por ida y vuelta su pasaje. Así es que cuando vió a aquella graciosa navecilla, calculó que podría embarcarse en ella y le hizo señas.

—¡Fischt, ballon!—gritaba, mitad en alemán, mitad en francés, tratando de afirmar su voccecita.

Y a continuación, con muchas monadas, le espuso al vilano que deseaba hacer un viaje por los aires; fué inútil la alarma de éste, por que la hormiga se tenía por muy liviana (en lo cual no andaba errada), y a todo le replicaba que en último caso dejara en su granero el lastre.

Mucho le costó entender a la plumilla que se refería a su corazoncito.

—Y sobre todo, no me llame usted señora, —agregaba a guisa de estribillo.

Se encaramó por fin tras no pocos repulgos, preocupada comoes taba de no descubrir sus bajos, y la aereonave, todavía a flor de tierra, se comenzaba ya a deslizar cuando hubo que detenerse porque estaba mareado el viajero. Había olvidado toda compostura y la plumilla tuvo que lamentar haberle admitido a su bordo.

¡Queden con Dios las hormigas!—recapacitaba entre sí sacudiéndose—¡Nunca más me meteré con señoritas!

El verano pasaba, pasaban los cielos azules y los largos días; cuando avanza el año, como que las horas se precipitaran, por eso nos parece tan corta la última parte de nues-

tra vida. La plumilla solía preguntarse el porqué de aquella prolongada errancia bajo el sol y las estrellas; le entraban desfallecimientos que la traían a tierra y en una de esas cayó con un mosquito en las redes de una araña.

Al ruido que hicieron al enredarse salió la dueña de casa y hallando un irónico saludo trató a sus prisioneros como si fuesen visitantes que venían a consultar su ciencia—porque la araña es el Leroy-Beaulieu de los insectos—«Vamos a ver—decía—¿ustedes creen que se puede vivir así, al día, a la buena de Dios? El Evangelio no vale lo que la economía doméstica. Es preciso formarse un hogar, aunque éste sea una trampa. En el mundo no hay sino dos castas, la de los que acechan y la de los que caen; luego hay que formarse un hogar».

—Señora—dijo el mosquito—¿podría usted dejarme salir?

—¡Ah, no!—protestó el sabio con todo calor—¡Nunca me perdonaría haberte devuelto a tu azarosa existencia! Cuando menos, escúchame.

Y siguió desenvolviendo razones tan sutiles, pegajosas y complicadas como los hilos que entreteje. Al fin de todo volvía al mismo punto de partida: que hay arañas y moscas y

que se debía tener una tela; ella tenía además su historia y la de su familia («Migdalaceas aurilantes») escrita en dos volúmenes por un famoso médico que había llegado a director de la Academia de Baile.

—Y usted, amiguita, déjese de divagaciones y de creerse portadora de misterios— le aconsejó a la plumilla— ya que no puede quedarse conmigo, porque mi asilo no conviene sino a las moscas, búsquese otro acomodo con una zarza de posición y no se mueva más. La patria llega hasta ese cerro y como con nosotros se acaba también la Eternidad, cada cual debe preocuparse de sí mismo.

Esta vez el viento vino también a libertar a la plumilla y a ponerla nuevamente en marcha. Se aproximaba la noche, divisábanse a lo lejos múltiples luminarias, y volando la aventurera, volando, volando al parecer al azar pero siempre impulsada por la misma fuerza, no tardó en cernirse sobre las calles de una populosa ciudad, y nunca se le figuró tan bien como entónces que los hombres eran reptiles, pobres gusanos en el fondo de las zanjas que ellos mismos habían abierto para que por ellas se repartiese el aire como un arroyo azul.

De pronto y sin saber por donde había entrado, vino a hallarse en el recinto magnífico

de un teatro, cuajado de luces que brillaban en los artesonados y en los prendidos de las mujeres.

Se daba una obra nueva y al fondo la decoración representaba un bosque. Ofuscada y confusa la plumilla pasó cerca de las arañas de gas, saludada por los muchachos que la celebraban como a una pajarita, rozó la peluca de una de las actrices y buscando un refugio fué a enredarse en las palmeras de cartón. Con ella un soplo nuevo había atravesado; las damas se distraían en los palcos, los comediantes mientras recitaban recorrían su pasado, su niñez, el campo y los primeros ensueños y entre todo aquel artificio, delante de esa grave concurrencia, el autor sintió, quién sabe por qué, irresistibles ganas de llorar. Apenas descendió la cortina penetró al escenario y tomando delicadamente a la plumilla la echó afuera por un tragaluz, como una paloma que llevaría a los espacios su pobre mensaje de poeta.

Pero le ocurrió a la plumilla que desorientada por la claridad de que salía y por aquel bosque de por ver, habría seguido creyendo de papel pintado el firmamento si no acierta a cruzarlo una estrella. Pensó ¡«Oh que magnífica!» ignorando que fuera como ella una plumilla que el mismo hálito misterioso ha-

bía hecho desprenderse de la flor celeste. Como no hay nada que no lleve semilla, la estrella fugaz abriga entre sus rayos el deseo que formulan los mortales al verla caer, y como nada deja de jermínar, dentro del año lo tendrán realizado... Pedidle amiguitos, que al año venidero nos amemos al igual que ahora.

Estaba otra vez dentro de la naturaleza. El cielo era intenso y profundo; no había luna pero cada astro aparecía tan penetrarlo de su misión de alumbrar, que en la tierra misma las tinieblas no lograban condensarse. Uno sobre todo destellaba como un prisma y el vilano que muchas veces había viajado de noche se sintió atraído como nunca hacía lo alto. Amaba a la estrella con toda la fuerza de su corazoncito de dieciocho días; hubiera querido alcanzar hasta ella como había alcanzado a la lámpara del teatro y dar vuelta en torno suyo como un satélite imperceptible; y nada más hasta el juicio final.

Solo que en ciertas regiones el viento cesa y al llegar a cierta altura, como si la hubiera soltado la mano que la conducía, la plumilla comenzó a descender, como el paracaídas de un globo, hasta tocar el agua de un estanque.

Un largo rato se quedó sobrecogida sobre esa superficie negra que se perdía en la som-

bra. También brotaban de su seno ligeras fosforescencias, porque hasta las malas emanaciones vienen a ser luz. Los juncos de la orilla dormían un sueño pesado, las lianas embrazaban hasta donde podían la ruta y todo al rededor parecía cernirse una atmósfera incierta, como una pesadilla presta a disiparse, siendo lo angustioso que esto no acabara de suceder. Entre tamaño letargo fué como encontró a la banda mas ideal e inmaculada. Bogaban los cisnes, sin ningun cuidado y aquello como que algo absolvía de su veneno al estanque. La plumilla se les reunió haciéndose la ilusión de que vestía uno de esos plumajes que ningun cieno es capaz de mancillar; avanzó, llena de confianza tambien; y era tan segura la estela que trazaban que hubiera podido seguirla un ciego.

¿Dónde mi tesoro? ¡He perdido mi semilla—se dijo el vilano deteniéndose... ¿En qué parte la había soltado? Quiso volver contra la corriente pero todo habría sido inútil. ¿Era al pantano, pues, donde iban los cisnes a poner su huevo de oro?... ¡Y proseguía lamentándose mortalmente abatida, porque le hacía falta comprender que lo que menos conocemos nunca es el paraje donde queda nuestra semilla; nadie debe ver germinar la suya; pero germinará sin duda, bajo el ojo de Dios, en

manos de la Providencia; y despues de habér-sela confiado nada nos queda a nosotros sino morir.

De pronto un clamor surgió de todas partes; las plantas sacudían sus hojas, apresuradamente recogía sus mallas la niebla, y con el viento que se había levantado todo pareció volver a la vida. «¡Volemos!» soplabá el viento, y al paso tomaba a su grupa los ruidos y los olores. «¡Volemos!» y los zancudos se arremolineaban desalados. «¡Volemos!» y la banda de cisnes tendió las alas. Hasta los sapos y los guarisapos como que querían lanzarse al infinito. Y con los perfumes, los sonidos, los insectos y las aves, arrebatada por un viento de entusiasmo la plumilla pudo salyar inconcebibles distancias.

Era una aurora lejana lo que así sonreía en medio de la noche, un monte secular que el rayo había abrasado. Y hacia aquella hoguera alimentada por todos los robles de la selva, prendida con una chispa del cielo, los cuatro vientos convergían, con todas las aspiraciones «¡Volemos hacia ella porque todavía somos crisálidas!» decían las mariposas. «Todo brilla mientras arde, todo sirve para el fuego» decían los cucarachos. Y los vientos canturreaban «¡Volemos hacia la hoguera!»

¿Cuándo entró nuestra plumilla en la rue-

da?... El grito de muerte de las mariposas era un grito de resurrección... No sintió sino que todo crepitaba como si la tierra de un golpe quisiera purificarse... «¡Todavía somos crisálidas!» cantaron las mariposas... y una vez mas ella palpitó de esperanza.

Y tan frágil como era, al consumirse en el incendio hubiérase dicho que lo acrecentaba y que en el cielo, mas pura y mas ardiente, la llama viva se había elevado mas...

Niño ¿qué puede ser grande ante Dios? ¡Entónces nada hay pequeño tampoco! Es preciso distinguir una gota de agua de otra, porque en el inmenso océano no se encontraría dos iguales y preciso tambien que nos interese la vida ínfima de la brizna y del insecto, parecidas a nuestra vida y a la vida entera.

TRANSEUNTE

Transeunte

No, nuestra familia no está solamente en nuestro hogar, no solamente en el círculo de nuestras relaciones, sino que también se extiende a muchos seres de los cuales muchas veces ignoramos hasta el nombre; los conocemos de vista, de saludo a lo sumo; seguimos su vida con atención y un desinteresado gozo nos invade cuando la felicidad se refleja en sus semblantes.

Del mismo modo se participa de las penas de estos amigos por simpatía; talvez lo ignoren ellos, pero *sentirán* que es así cuando atraviesan con su duelo por medio a la ciudad amiga donde ningún rostro les es extraño: ¿No lo habéis experimentado vosotros?

I

Todas las tardes a la hora que yo daba mi paseo Alameda arriba, Alameda abajo nos cruzábamos con un triunvirato que alegraba mi melancolía.

Una anciana, un anciano, y cogida de un brazo de cada uno, como eslabón de flores, una pequeña pizpireta y retozona. Era de su jaula de donde acababan de sacarla y por eso, ébria de libertad, brincaba y se columpiaba entre el abuelo que cargaba sus libros y la abuela que le llevaba la canastilla.

El suave viento de la tarde arrebatava gritos y sus cabellos de oro y se llevaba también la alegría de los abuelos que obligados a forzar el paso, dando pequeños tastabillones detrás de aquella locuela, zarandeados y aturridos, todavía podían sonreírle a los trauseuntes, como implorando su perdón...

¡Amable comparsa! ¡Cuántas miradas no la seguían afectuosamente, sobre el amplio horizonte del crepúsculo!

Y después de un largo intervalo, hoy he vuelto a encontrarlos, en traje de luto, caminando lentamente, solos los dos ancianos y desunidos, por la triste Alameda amarillenta, bajo el cielo del crepúsculo.

II

Cuando dan las cinco, los empleados levantamos la cabeza, todos los días con igual interés. Ya mister Rappel ha echado llave a su pupitre; a veces suele tener que esperar algunos momentos y silba por lo bajo una de sus monótonas canciones: Fi—fi—fi... ¡Es una especie de pájaro este viejecito rosado y lozano, talvez ya un tanto niño, con sus ojos azules, sus cabellos albos, su barba que le rodea el rostro como acariciándolo y su indumentaria irreprochable: la corbata de etiqueta, los guantes claros, eternamente las polainas blancas.

Ella está ahí. No hace sino asomarse a la mampara de la oficina y ya él coje su sombrero y con alisarle el pelo con el revés de la manga se lo coloca muy en lo alto de la cabeza, a la manera de un dandy. Entonces nos da el «good bye» y lo vemos desaparecer con su mujer por la puerta que da a la calle.

Sigúidle con la mirada. Ahora se ha detenido para concluir de abrocharse un guante, ahora le ofrece el brazo, y ahora echan a andar. ¡Fi fi fi...! Lo cierto es que, más que él a ella, es ella la que le presta su sostén a él. Marcha con mayor seguridad; talvez sea me-

nos anciana. Sus cabellos son blancos también; no debe de haber sido hermosa, pero con su maridito al lado forman una adorable pareja, tan unida.

Atraviesan así por medio a la ciudad tumultuosa. Hora de crepúsculo, hora de indecisión; la jente parece ir y venir sin objeto, como azorada; sobre el cielo violeta las primeras luces resaltan cristalinas y frías; algunas tiendas cierran; las empleaditas desandan su camino con paso menudo; uno que otro galán se ha apostado para verlas pasar y alguno se les reúne.

Entretanto los viejos marchan con lentitud, evitando los tropiezos; ella le saca un poco a remolque de las apreturas y él la sigue, confiado, con su serena sonrisa de niño. ¡Fi fi fi! ¡Qué dulce es la tarde! parece decir a los transeúntes.

Algunos pilletes revoletean a su alrededor y nunca les deja irse sin una moneda, aunque su compañera trate de librarlo a sombrillazos de este asedio desvergonzado—¿Niños? ¡Dejadlos venir a mí tantos como haya!—Su mano temblorosa invita, acaricia, bendice y los niños le conocen ya, como conocen los polluelos al que les echa el grano.

Siguen los viejos. Han llegado a un jardín público y ahí se detienen. El consulta los al-

rededores con inquietud, ella se inclina y corta una flor; aquello les hace experimentar todas las emociones del robo. Avanzan otros cuantos pasos, lo suficiente para despistar a los cuidadores y vuelven a detenerse; esta vez mister Rappel saca el pecho y anuda sus manos a la espalda como los niños cuando se les va a hacer el lazo de la corbata; los dedos de mujer le cojen por la solapa y ponen la flor; después urgan en el bolsón de raso y la aseguran con un alfilerillo. Toda esta escena puede haber durado dos minutos; exhala él un suspiro y aliviados, con la satisfacción del deber cumplido vuelven a cojerse del brazo y reanudan su paseo.

Pues bien: todo no es cielo azul para los buenos viejos; ¡no, Dios mío! ¡Yo que soy el encargado de la correspondencia de la casa Rappel y C.^a he aprendido ya que cuando mister Rappel reciba una carta con sobre azul estará triste para todo el día y que estará preocupado cada vez que reciba una carta que traiga monograma de alguno de sus hijos. ¡Ah, buenos están ellos, despilfarradores y canallas, arrastrando de escándalo en escándalo el buen nombre que heredaron! En cuanto a la otra, la cartita azul, esa dirá también:

«Querido papá», pero la letra es femenina y una lágrima suele hacerla ininteligible. ¡Tampoco tiene suerte la buena, la pobre niña! ¿No la recordais de cuando brillaba en sociedad, no como una flor de pedrería sino como una cándida flor, fresca aun en medio de la atmósfera artificial de los salones? Un buen día se enamoró y subió al altar con ilusiones más blancas y perfumadas que los azahares que la adornaban. ¡Dios mío!

Y yo me imagino la escena cuando los dos viejos leen en común aquellas cartas durante la velada solitaria. Siempre será ella la que lea y su voz temblará lijamente; en ciertos pasajes se detendrá y tratará de pasarlos por alto; pero él la espía y siempre concluirán echándose a llorar y refugiándose el uno en brazos del otro.

—¡My God! ¿Por qué no son felices nuestros hijos!

¡Sí! ¿Porqué! ¿Qué habría qué hacer?... Su buena fe de enamorados no ha resuelto este problema.

Y sin embargo, en el beso que ellos se dan para secarse las lágrimas, bien pudiera encontrarse una solución...

III

Salían, no ya del templo sino de la fotografía, una de esas fotografías donde fijan los pobres sus momentos históricos. La hija del pueblo está ahí, en el muestrario empalidecido por la resolana, bien en un grupo de familia o de rodillas sobre un reclinatorio con el cirio de primera comunión en cuyas cintas se puede leer su nombre; está también ya menos niña en forma soñadora o provocativa, y está en traje de desposada, de pié junto al que será su dueño y, un poco más ajada, con el hijo muerto en el regazo. El gancho invisible debe de sujetarla por la nunca en todos los retratos porque en todos aparece con la misma mueca, y el atavío y la actitud de su persona son tan conmovedores que deja de ser ridícula.

Salían de allí, vestida todavía la niña con el traje de primera comunión. La abuela le entregó el devocionario, la madre le compuso los pliegues del vestido, quedándose un tanto rezagada para juzgar del efecto y tomaron por el centro del paseo a la hora en que los colegiales salen a almorzar.

Y era cosa de verlas a las tres, sobre todo a las dos mujeres, preocupadas del interés que despertaban a su paso. La viejecita llevaba

todavía los ojos enrojecidos de lo que habría llorado en la iglesia durante la ceremonia y la madre se cuchicheaba con ella cada vez que alguien volvía la cabeza.

Grave, aunque un poco azareada por aquella atención que se detenía en ella, la chica caminaba entre las dos sacando el cirio adelante y cuidando de no manchar sus zapatones blancos. Se había levantado el velo, pero la neblina que reinaba parecía aprisionarlas a todas en un cendal inmaculado. Era también como una malla de tristeza; como si el cielo llorase tenuemente sobre aquella pobre gloria y aquella alegría humilde.

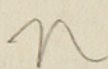
Porque ¡cuántas ilusiones, cuántas esperanzas en semejante momento! La niña no ve aún la vida; se siente envuelta en la ternura y el misterio, todo la acaricia; algo como la nube perfumada del incensario sigue ocultándole la vista y sueña... La madre pone en ella todo aquello a que ya ha renunciado para sí, y la buena viejecita revive, rejuvenece.

¡Y esto será tan fugaz! ¡No más Domingo! ¡Todos los días que resten son de trabajo! Ya al doblar la esquina tomaron por la calleja sórdida; en el albergue será preciso desataviarse de aquellas galas, sepultarlas en el fondo del baul y solo muy de tarde en tarde se le permitirá la tristeza de sacarlas a luz.

La tristeza, sí, porque nada sino la vida se habrá realizado de aquí a entonces, la vida grosera y sin horizontes. Estarán condenadas todas las ventanas del ensueño y en el hogar chisporroteará el mismo fuego, de la misma manera, como si escupiese, como si rezongase, como un calenturiento devorado por su fiebre.

¡Ve, pues, niña! Para que las moscas no la ensucien pon tu corona bajo el fanal de los santos; plega tu velo de gasa, que mañana la realidad recojerá también el otro velo que te protege, y sobre todo forra bien tu cirio porque ya no se te volverá a encender hasta que tu existencia se apague.

IV



Hemos escapado un rato de la Exposición para refrescar en un restaurant vecino y en una de las mesitas contemplamos el extraño grupo. Sentado junto a su grog de cerveza un joven con la vista vendada, una mujer frente a él y de pié, formando círculo, algunos hombres de alta estatura que han acudido a saludarles.

Como miro con atención, mi colega me dice por lo bajo:

—¿Es que no les conoce usted?

—No—respondo.

—¡Hombre! El ex-secretario de la Legación rusa, aquel vizconde que hace años se pegó un tiro.

Vagamente recuerdo la aventura; un noble diplomático que se intentó suicidar y sólo consiguió dejarse ciego.

—¡Qué horrible!

—¿Por qué? ¡Aquí de la compensación! Sin que sea una figura retórica puede decirse que éste pagó su felicidad con los ojos de la cara.

—Pero ¿qué compensación cabe?

—Le parece a usted poco—aduce el pintor señalándome la señora que en este momento tiene la palabra.

Es una dama enjuta y apergaminada, vestida con discreción, casi con austeridad; sobre el fondo del paisaje, su gesto aparece duro y hasta nosotros llega su voz agria; sólo la favorecen los ojos que, en aquel semblante de pocos amigos conservan una nostalgia de desterrados.

—Cuando se quiso matar—insiste mi interlocutor—ese hombre, con una posición de gran porvenir, joven, hermoso, noble, ¿no sabía qué hacer de su existencia. Ahora no puede ver lo que le rodea, entrará en la noche sin saberlo y sin embargo estoy seguro que ama con todas sus fuerzas a la vida. ¡Ah la compensación!

—Pero, no entiendo ¿es que entonces está loco?

—Ni más ni menos que usted, o que otro cualquiera. ¿Dónde la cordura humana? ¿Acaso se la puede medir? Somos (y eso es todo) una contradicción viviente. ¿No ha pensado alguna vez que el sufrimiento es indispensable? ¿que para el tiempo el mayor obstáculo sería no encontrar ninguno? Piénselo, piénselo usted.

En el grupo próximo se ha suscitado un movimiento; los contertulios toman sus vasos y el ciego, tanteando, tanteando, busca también el suyo. Su compañera se lo aproxima y entonces él con la cabeza echada atrás brinda en la sonora lengua eslava; beben, pero ella no le pierde pisada, talvez a la mira de cuando concluya, y os juro que ya no parece fea, embellecida por una tierna sonrisa que la devuelve su gracia de mujer.

—Yo sé toda la historia por la esposa del plenipotenciario—explica mi camarada después de un instante.—A ella la habían traído de Alemania como institutriz; antes de casarse se llamaba la señorita de Werner y cuando ocurrió el drama acababa de recibir la doble noticia del matrimonio de su hermana y de la muerte de su madre. Usted comprende, aquella criatura nacida para solterona y que a pesar de todo ha conservado el aspecto, no

sabía qué empleo darle a su espíritu de abnegación. Mientras se trató de sostener el hogar, ella aceptó con gusto el viaje a Chile con una familia extraña, pero desde ese punto su sacrificio no tenía razón de ser porque hasta el hermano había concluído sus estudios.

Algunas otras personas entran al restaurant y nuestra conversación se ve interrumpida. En el grupo charlan alto; los compatriotas han tomado asiento en corro. Por los senderos enarenados de la quinta se ve correr los niños con sus aros.

—¿En qué quedamos?... ¡Ah! sí!... Cierta mañana la legación se vió conmovida por aquella desgracia. Fué larga la convalecencia del que con tan mala suerte había atentado contra su persona y la institutriz se constituyó en enfermera durante las horas que le dejaban libre sus obligaciones. ¿Lo amaba ya? La creo de muy buen sentido para haber puesto sus miradas tan en alto; sin embargo ¿quien sabe?

—¡Quiensabe!—pienso yo en voz alta.

—Ignoro solamente cómo llegaron a entenderse—prosigue mi amigo;—fué talvez al caer de uno de esos lánguidos días de la convalecencia, cuando la materia débil y el espíritu afinado como el rostro por el sufrimiento hacen mejor al hombre. El le cojería la mano lamen-

tándose por pedir su sostén en vez de ofrecérselo; «¡Oh mis ojos!» diría. «No los echo de menos sino para verte!» Y ella bendeciría aquella misma circunstancia, desvanecida de felicidad.

El ruido va en aumento y un cuarteto de cuerdas ha comenzado una mazurka cuyos compases difundidos por el recinto abierto parecen tomar algo de la vaguedad del día.

—¿Encuentra usted ahora la compensación? Los ojos sirven para que nos desorientemos y Dios dota de doble vista a los ciegos.

Oigo las últimas palabras del narrador, pero mi imaginación me arrastra a pensamientos distintos. Hace muchos años que, no sé donde, pedí que uno de estos músicos ambulantes repitiese lo que acababa de tocar; y al pobre diablo se le cayeron las lágrimas, porque era suya la composición ¿No creéis que sin quererlo puse la mejor dádiva en su platillo?

—¿Volvamos al «salón»?—propone mi acompañante.

Echo una ojeada a la pareja. Escuchando la música y la conversación de sus amigos. él y ella parecen sonreír a algo lejano...

—Qué bien, amigo mio: nuestros cuadros me interesan poco después de contemplar este.

Y con un movimiento abarco el grupo, los

músicos, el jardín, los niños que juegan, la vida que nos envuelve...

V

Es una viejecita callada y afable que se pasa las horas muertas repasando su rosario y talvez su vida. Ante ella, como un altar está el pequeño comercio. Todo es blanco allí, desde el mantel hasta los cabellos de la vendedora. Los dulces se apilan en un extremo (hay pastelillos y las figuras de caramelo) y en el otro las naranjas en montón, frutos del otoño doradas como estos días.

Son hermosos estos días, y suaves. La Alameda se pierde en una bruma azuleja y ya sus árboles comienzan a encanecer. La noche llega temprano con un vientecito que arremolina las hojas y hace tiritar a los hombres. ¡Pobre vendedora! recuenta sus ganancias, levanta la pequeña tienda y se dirige al suburbio. Si mañana no llueve, otra vez la tendremos en su puesto.

¿Quiénes son sus parroquianos? Los niños, no hay que decirlo. Dejan su moneda de cobre en la tacita de loza y se llevan en cambio una golosina y una bendición de la anciana. Ella los conoce a todos, pobres y ricos, chicos y grandes; es tan vieja que para ella todos so-

mos iguales, niños todos, y nos ama con indulgencia y también con piedad. ¿Que sabeis de la vida?—parece decir.—¡Ah, si supiérais!

Su corte habitual no está compuesta de colegiales, (esos, en el colejo), sino de arrapiezos, pequeños ganapanes, cimarrones empedernidos. No los amonesta; su experiencia es tan serena que sólo toma en cuenta el contento y la inocencia, y hasta suele obsequiarles cuando los vé demasiado codiciosos a los pobres.

Y es que ella tiene también una criatura como aquellas, su netezuela, y esta es la llave que ha abierto su corazón a todas las ternuras. Como los cristianos ven a Cristo en cada mendigo, en cada niño ella ve al suyo.

Así mismo le hacen tertulia los pájaros, tanto o más golosos y no menos libres; reciben la migaja y vuelan, sin gratitud aunque con regocijo; ¿acaso no basta?

Sonríe la viejecita a todos y a todo mientras conversa con Dios por ese hilo de oro que se llama rosario; en cada cuenta la oración que murmuran los labios es la misma, pero con esas pocas palabras el alma sabe decirlo todo. «Padre nuestro que estás en los cielos»... las nubes se entreabren y dejan ver un retazo azul; y la pecadora se baña en aquella dulzura como en un lago celestial... «Perdónanos nuestras deudas»...

¿Por qué reís, trauseúntes, de aquel ser que en su fé humilde sabe más que los sabios? sabe ella que todos somos hermanos, y se dirige a nuestro padre; sabe que mutuamente tenemos que perdonarnos cosas y le pide que El también nos perdone: ¡así sea!— decí.

Los Domingos trascurren todavía más bellos para nuestra amiga, porque ese día saca de su asilo a la nieta amada; oye con ella la misa del alba y después la trae consigo; ¿dónde? a su pequeño mundo, aquí en la alameda señorial donde árboles, pájaros y viandantes, todos la aman.

Y no puede quejarse de su suerte aquella niña, que todo se pone de acuerdo para festejarla. El agua corre, cantan las campanas, y cuanta vida hay en la ciudad se despierta y bulle; carruajes, paseantes, músicas domingue-ras, ¿qué es lo que no toma parte?

Es la riqueza de los buenos; todo sucede para su mayor dicha. ¿Dónde están los pobres así? Dios ha estendido sobre todas las cabezas un mismo cielo, pero es preciso elevar los corazones; enciende para todos el sol, pero antes debe ensancharse el pecho, dejarse penetrar y poseer entero por su luz purificadora.

Preguntádselo a nuestra amiga; ella es sabia, entiende el gorjeo de las aves y la risa de

los párvulos; ella es sencilla: cuando la confunden los designios divinos, levanta los ojos y dice simplemente:

¡«Hágase tu voluntad»!

VI.

En las bellas mañanas de primavera y en los anocheceres de invierno, los Domingos o los días laborables, cuando quiera que yo cruce por esa vía de palacios, nunca dejo de divisar, desde hace talvez quince años, a una mendiga, en el mismo sitio, a la puerta de un templo.

Parece una niña, aunque también puede ser una vieja; cuando yo reparé en ella por la primera vez, un día triste en que iba a pedir los sacramentos para mi madre, entónces se me figuró que debía de tener a la sumo diez años. Sus ojos duermen, las huellas de la viruela hacen que parezca arrugado su semblante, pero su boca sonríe perennemente; no es sin embargo la sonrisa cansada y fria de los que han aprendido a sonreír; su alma bulle en sus labios; parece que se contara historias amables y que se cerniera muy por encima de la acera donde su mano se alarga siempre, como clamando al vacío, amenazando o bendiciendo ¡quién sabe! A veces me imagino que aquel

brazo y aquella mano estendidos por frente de ese camino por donde transitan los indiferentes, que trata de atraparlos y hacerles mirar a sus pies, ya que tampoco miran sobre sus cabezas; pero luego la veo tan sencilla a la pobre, tan sonriente, que pienso si su mano no estará allí como el zapatito de los niños en la víspera de pascua, esperando un aguinaldo que no es por cierto la fría dádiva que suele dejar en ella la usura del publicano.

Y ha trascurrido el tiempo, ¡tantos años! y por delante de sus ojos sin luz he cruzado yo persiguiendo la dicha, después en mi brioso corcel y vencido por último, como una sombra de mí mismo; he pasado, he pasado, sin que ella se diera cuenta y al verla envejecer antes de haber tenido juventud, pienso en mi alma; pero todavía tengo que envidiar a la ciega su serena sonrisa.

Porque ¿qué no se agosta aquí, bajo el alto cielo, tendida la diestra a los indiferentes? Los vientos del otoño nos ponen a veces una hoja seca entre los dedos, y pasan... Pasa un otoño y otro otoño...

Aquella limosnera colocada en el primero y a la vez último peldaño del templo, junto a los palacios, como un estorbo en el trayecto fácil, siquiera no conoce sino su mundo interno; es

una imagen de la Fé ignorante, de una Esperanza sonriente que aguarda confiada y sin impaciencia a una Caridad que tarda, que talvez no llegue... ¡que quién sabe si existe!

VII

Il suffit d'un seul cri d'appel aux cieux jeté
Et qui se soit perdu dans l'infini silence;
Le doute restera dans mon coeur revolté
Aussi long qu'ici-bas est longue sa souffrance.

(GUYAU).

Trabajo al amor de la lámpara con la ventana de la calle, abierta; por la acera las gentes transitan con lentitud como enervadas bajo la mirada de la luna ¡El cielo está tan azul y tan profundo! Brillan las estrellas discretamente temiendo llamar demasiado la atención y la ciudad hace el efecto de que hubiera sido lavada para alguna solemnidad y desalojada de cuanto podía obstruirla.

A veces se detiene algún transeunte para atisbar el interior; levanto la cabeza, sonrio, y él sigue confuso su camino. Es de un blanco muy suave el círculo luminoso que sobre mi mesita proyecta la pantalla y a mis pies la luz cae también vivamente clavada; después

está la azulada transparencia de las sombras; un silencio tibio reina en el recinto.

Otra persona se acaba de detener. Trato de verla, pero se recata a un lado; vuelvo a mis carillas, la pluma roza el papel como haciéndole confidencias y en la ventana el curioso sigue detenido, porque yo presiento su presencia.

Entonces, pensando que pueda ser algún amigo o un bromista, dejo mi puesto y me asomo. No, es una viejecilla vestida de oscuro; en la sombra sus ojos como intimidados brillan también discretamente.

—¿Incomodo?... Quisiera... ¡Pero no!... Estoy cansada.

—Entre, pues—insinúo con dulzura.—Entre y tome asiento.

Y voy hacia la puerta; pero ella retrocede.

—No, no; ¿acaso no es usted joven? El también lo era y... llevo encima el contagio ¡No, no!... Sin embargo yo querría... sí, también él era un estudiante, escribía, leía. Yo le decía, «acuéstate, Ciro», pero él trabajaba hasta el alba.

Tose. Una pareja ha pasado mirándonos con curiosidad. Vuelve a toser. Yo interrogo el cielo, preocupado; y es extraño que cuanto este pobre ser tose me parezca ver latir las estrellas con mayor intensidad.

—No quisiera sino eso;— prosigue— otro vestido; blanco, azul, mejor si fuese negro; negro, negro, ¡debía ser negro!

La miro estrañado.

—... ¡Ah! ¿por el luto?

Mueve la cabeza energicamente.

—¡Eso qué importa! ¡No! ¿Siquiera sabe alguien que está muerto? Nadie, mas que su madre. Era hermoso, pero ¡si usted lo hubiese visto después! ¡su pobre cara! y sólo su madre no huía; ¡«la peste»! dijeron, Le defendí de los que querían robármele y espiró entre mis brazos. Déme usted un traje, no pido sino eso; ¿dinero, de qué podría servirme cuando ya me lo echaron a la fosa? ¡ni una cruz! ¡Malditos!

—¿Traje?...—repito conmovido— por desgracia en esta casa no hay mujeres. ¿Es que quiere usted desembarazarse del contagio?

—¿Yo? (la viejecilla rie convulsivamente y por el cielo cruza un meteoro)... ¿Ha visto usted? Es su alma: vaga sin rumbo; tampoco «allá» tienen cabida los pobres ¡maldición!

Levanta su puño arrugado y tembloroso.

Yo permanezco con el portamonedas en la mano.

—¿Para qué quiere usted otro traje, mujer! Tome, váyase a casa; ese que lleva está bueno.

Y trato de quitar a la pobre demente lo que yo creo su manía.—¡Váyase usted! ¿Donde vive?

—¡Oh, que nadie comprenda!—grita entonces ella con súbito arrebato.—¿Que no está usted viendo que si visto de color carmelito es por una promesa? La había hecho para que mi hijo mejorase y tenía tanta fé que empecé a cumplirla anticipadamente. ¿Qué mas podía quererse Dios? Pensó: «es una idiota que me ha encendido la vela sin necesidad de que yo le hiciera el milagro». Y ahora como no tengo otra cosa que ponerme, sigue estáfandome, sigue mofándose, ¡mira cómo se mofa!

Me muestra el firmamento donde rueda la luna tan serena como una sonrisa de perdón divino sobre una protesta humana, pero justa.

—¡Aménázale!—grita como enagenada, sacudiendo la reja de mi ventana.

Y poseído de piedad y de cólera, yo saco el puño por entre los barrotes y amenazo al cielo...

VIII

También hace uno sus conocimientos a lo largo del camino, y en los kilómetros que recorre el tren cada mañana al llevarme a la ciudad y al devolverme cada tarde a mi pueblo, todo el paisaje me es familiar, lo mismo

los nimbos en que se envuelven las montañas recién despiertas, que la dalmática de oro que revisten los álamos para la estación sagrada, o los fragmentos de agua en los cuales se da una última mirada el cielo de los días de lluvia.

Pero esto no es lo más íntimo y tengo mis pequeñas simpatías: por un corro de pinos, que en el vasto estrado de los campos parece un consejo de familia mientras los arbolillos mas tiernos danzan desenfrenadamente; por un arroyuelo que persigue entre la hierba algun rastro tortuoso; por el viejo molino que ya no pulveriza sino moléculas de sol en los mediodías estivales...

Los pájaros (no estoy seguro de que sean siempre los mismos) parecen haberse dado cita para asistir a la pasada del tren desde una corta extensión de la línea telegráfica y ahí se aglomeran sobre los hilos, como notas de un pentágrama, renovando con pequeños saltos sus combinaciones musicales.

Sin embargo, ¿por qué he callado mi visión predilecta?

Es una casita, la de un guarda-agujas, en cuyo umbral la misma niña hace ondear el mismo trapo que da vía franca a los trenes; el viento arrebatá sus cabellos y la voz con que no saluda a nosotros sus viajeros ami-

gos: ¡Adios! ¡Buen día!—no se qué dirá pero cuando el sonido acaricia es que debe ser una bella palabra. Sobre el techo humilde flamea el humo del hogar; ¿qué se cobija ahí dentro?... ¿tristeza?... ¿regocijo?... El tren ya ha salvado la barrera, estamos lejos y yo me digo que debe de haber de todo porque en cada partícula de esta tierra la vida se encuentra entera.

Y pienso si conocemos de otro modo a los seres; el tiempo que nos arrebató consigo permite divisar apenas la puerta entornada de los corazones; y una banderola que se agita, cabellos rubios o morenos, un eco, un poco de humo disipándose en el infinito, he ahí cuanto podemos vislumbrar de cada uno de esos problemas que se llaman Una Existencia Humana.

IX

¡Verano, verano!

Todas las mañanas al subir al tren que me trae a la capital, encuentro instaladas en el wagon a dos jovencitas con su nodriza; vienen desde una estación mas distante que mi pueblo y yo sé que son hijas de una especie de castellanos de aquellos contornos.

Absortas en sus libros, ambas colegiales no

reparan sino con mirada distraída en el paisaje maravilloso que se desarrolla a lo largo del camino de hierro. Las montañas, sobre todo— a un lado los Andes y al otro la cordillera de la costa—constituyen un espectáculo digno de un pueblo mas fuerte; ellas resumen todo ideal de belleza; son altas y sóbrias y, como ocurre con ciertas mujeres, cualquier luz que las vista no hace sino realzar su nobleza.

Pero, unos absortos en las actualidades que ofrece el diario de la mañana, otros en sus libros, nadie temple su corazón al calor de la naturaleza, aquella página inmaculada donde mirar es admirar, es decir, poner el amor al diapason más puro.

Sin embargo, la nodriza anciana permanece inmóvil en su puesto, muy encogida, para librar de su contacto a las señoritas, perdida en el espacio la vista. ¿Qué hay detrás de tus ojos, mujer? ¡Ah! sería tan difícil penetrarlo como saber qué nos reserva el cielo bajo sus capas de aire.

Recuerdas, meditas o sueñas... talvez divagues. Es nuestro pensamiento un ave, pero un bramante la retiene y no puede ir sino hasta donde su extensión se lo permita; si es mucha, volará muy lejos, siempre dentro de un radio. ...En tanto que el tren devora los kilómetros, tu pensamiento, anciana, se ha vuelto atrás,

posiblemente a la hacienda de donde partiste dejando abandonados tus niños por acompañar los del señor; pensarás que la muerte es bien absurda y por un instante tu pobre imaginación despertada al contacto de la inteligencia de tus amos, suplantará talvez estas caritas pálidas por otras morenas y se te figurará que, vestidos con abrigo y en un confortable coche, llevas al colegio no a estos hijos ajenos sino a los tuyos; que no eres la nodriza sino la madre ¡Ah, fantasía, fantasía!

Como decimos que pasa el tiempo, pasan los campos ante nosotros, aunque en realidad es nuestro tren el que trepidando pasa; el camino permanece, cada poste que vimos alejarse lo encontramos fijo mañana en su sitio como encontraríamos los acontecimientos de nuestra vida si pudiésemos remontar su curso. Las montañas miran severamente aquel tapiz dorado que ha tendido a sus plantas el sembrador y—larva que se retuerce—al tren en medio a los trigales... Y por cima de todo, de las cosas y los seres, la bóveda del verano, como hecha de moléculas de cristal, rebrilla y parece vibrar al choque ofuscante de la luz.

¡Verano, verano!

n

X

Mientras se desarrolla la tragedia montuana y Romeo con la escarcela y el espadín al cinto y Julieta adornada de flores se dicen el amor en verso (que es como cantar la música), detrás de mí no ha cesado un momento un discreto cuchicheo en que también alternan dos voces. En el palco de mi izquierda veo a una señorita que apunta en esta dirección con su impertinente, la veo reír con el gomoso que le guarda las espaldas como un lacayo correctamente vestido con la librea social y me siento impulsado a volver la cabeza.

¡Oh, gran Dios! ¡que caricatura tan grotesca del idilio de la escena! Acá no hay escarcela ni espadín ni flores, apenas si juventud; en cambio una mirada muy tierna, es cierto, pero muy desabrida, en los ojos de él y una sonrisa muy suave pero muy fea en los labios de ella; mi primer reflexión es irritada: ¡cómo se atreven a poner en ridículo el amor, esos seres tan menesterosos de hermosura y gracia! ¡deberían prohibirse estas pantominas! Y desde el ante-palco, la mano enguantada que mueve el abanico, parece alentarme a proseguir. ¡Vénguenos usted, señor esteta; defienda el

buen gusto, el arte, todo lo que hay de más elemental! ¡Qué horror!

Mientras tanto la pareja no parece haberse dado cuenta de esta antipatía que despierta a su alrededor; él sigue mirándola y ella sonriendo; sin embargo no pierden de vista el escenario y al moverse sus labios parecen musitar frases más dulces que las que vierte el galán con su voz de oro y la primera dama por su boca de rosa.

Y he aquí que de pronto un gran trastorno se opera en mí. Distingo claramente el sonsonete del consueta entre el diálogo del palco escénico y me parece que en la sombra de este otro palco hay alguien que también apunta, a esos otros comediantes los juramentos que deben cambiarse; sólo mis pobres enamorados soportan el torrente de claridad que llueve de las arañas, y allí, a plena luz, en el aislamiento de su dicha verdadera, admirándolo todo pero sin envidiar nada, se dicen sentimientos suyos con palabras propias.

...El telon ha caido y la sala se desocupa lentamente.

XI

Mejor que grupo, debiera decirse ramillete de niños, a tal punto son frescas y olorosas

estas cabecitas rubias o morenas, pero igualmente ingenuas.

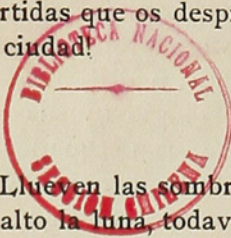
Mejilla contra mejilla, la hermana y los dos hermanos miran por el ventanillo y cuando ven algo que les entusiasme, uno a otro se llaman la atención con sus gritos, y sus puños redoblan en la vidriera como queriendo cojerlo. Debe de imaginárseles que el tranvía está detenido y que son las aceras las que se desenvuelven para su regocijo.

¡Niños, ovejas predilectas del Buen Pastor, mis ojos no se sacian de vuestra contemplación! la existencia no tiene otro objeto que vosotros; niños, sois la miel de la tierra y este mundo seria realmente un valle de amarguras el día que la creación no se renovase.

Mis vecinitos siguen cambiándose sus impresiones, todo lo hacen comun entre ellos. ¡Ah! ¡ahora estan reunidos como granos de trigo en el puño del sembrador, pero mañana!... La suerte los dispersará a los cuatro vientos de la tierra y unos caerán entre las piedras del camino, otros en medio de los zarzales y solamente alguno, talvez en terreno fructífero... ¿Cuál de vosotros carga el sello sagrado, y cuál el estigma?....

Ahora sois iguales todos; llevais en la frente la huella del beso materno; ¡que hermoso seria si siempre vuestros corazones formasen una

guirnalda y si el espectáculo de la vida despertase en vosotros las mismas emociones compartidas que os despierta ahora el tumulto de la ciudad!



XII

Llueven las sombras sobre la ciudad; ya en lo alto la luna, todavía sin luz parece un poco de escarcha y sólo del lado del ocaso conserva su lividez clarovidente.

Y a esta hora, cuando arriba y abajo comienzan a encender las luces, la hermosa da una última mirada a la calle, por donde ya nadie transita, y cierra los postigos; ¡adios! hasta mañana no la veré.

Yo la volveré a ver mañana cuando de nuevo se ponga al acecho de la suerte, pero, ¡cuándo, cuándo Dios mío, me verá ella a mí? ¡Ah! ¡soy un transeunte y la acera corre muy por debajo de su balcón! nunca miran sus ojos sino dentro de las «victorias» que arrastran petimetres y gomosos, don-Juanes que lucen sus conquistas en el ojal donde se prende la flor de moda.

¡Ah, niña, niña! ¿por qué eres tan terca que ni levantas la vista al firmamento para consultar tu estrella ni te dignas bajarla hasta mí? ¿porque obcecarte en buscar el amor dentro de

la fortuna? No te detengas en la alba pechera, que muchas veces es una coraza glacial, inquiere dónde haya un corazón, pues sólo una cosa precisa buscar en esta vida y esa cosa es El Corazón.

¡Adios! ¡Hasta mañana! La línea de las cordilleras es como una de las trizaduras del cielo y, con su aureola tornasolada, la luna parece ahora una perla de un raro oriente, una perla en su concha...

XIII

¡El barrio blanco! Un ligero paseo bajo los cipreses reporta una serenidad confortante porque aquella tierra, amasada con la materia de los antepasados, abonada con nuestra propia carne, devuelve al que la toca su perdido vigor.

Yo, que en medio a la naturaleza echo de menos la presencia humana y que experimento la nostalgia de la naturaleza en medio de la sociedad, las encuentro aquí reunidas, compenetradas una en la otra. Se ha venido operando el milagro de la transustanciación y al convertirse la sangre coagulada en savia, ha renovado su actividad.

Un instante que uno se reconcentre ya percibe la ebullición de esta gran retorta; es como

si la creación entera fuese una cuerda tensa; el aire se siente cargado de perfumes, parecen vibrar las moléculas mismas de la luz y las chicharras y las abejas, todo, zumba, palpita y arde.

Y yo vago por el campo santo, entre los plantíos de cruces o por sitios en que el terreno aparece removido como para una siembra reciente; hay por donde quiera tal exuberancia de vegetación que no parece sino que se transformase en flores el fardo que depone esta humanidad al tenderse a descansar: rosas y espinas; muchas rosas y muchas espinas.

Cuando toco el muro de circunvalación de aquella metrópoli que también tiene suburbios, me detengo a contemplar a una mujer que, invariablemente, riega las plantas de una lápida, o sigo a un hombre en su faena de enderezar las ramas y podar los arbustos que dan sombra a otro sepulcro próximo. Son viejos, ambos hortelanos, ya no deben de tener familia afuera y se vienen aquí, junto al único hogar que les resta; se conocen de saludo como vecinos corteses, pero raras veces entablan conversación, porque se extinguió en ellos la curiosidad de hablar; a lo sumo se prestan recíprocos servicios: ya la regadera, ya la tijera de podar, y cada uno vuelve a embelesarse en su tarea y en sus recuerdos.

Rezagados de una caravana que realizó su jornada, se encuentran fuera de su centro en esta existencia a la cual no los retiene lazo alguno; ¡qué mucho que traten de matar el tiempo junto a sus amigos!

Sintiendo que su invierno es crudo, han pensado que debe de ser blanda y tibia la tierra que cobija a los muertos.

XIV

Esta mañana he visto pasar a un hombre ante el cual humildes y soberbios se descubrían con igual respeto. Aquel carro negro dejaba tras de sí como una estela de frío, tal vez por lo mismo que el día era radioso. La mayor parte de las gentes se había echado a la calle nada más que por sentirse vivir y he aquí que se les atravesaba en el camino la muerte.

¿Quien había sido aquel sombrío transeunte que así turbaba la tranquilidad de la ciudad? Detrás del coche fúnebre iba un largo cortejo, pero por el rostro de los dolientes no hubiera podido saberse nada del muerto. Se advertía bien que al acompañarle no hacían sino representar la última parte de la farsa social y que así mismo hipotecaban gratitud contra el porvenir. En todos retozaba la in-

mensa alegría de marchar por sus pies y sobre todo poder salir de la última morada... después de haber dejado en ella a un semejante.

Y yo pensé: ¡Pobre ser que así, solo y anónimo, atraviesas por medio al gentío humano; ahora que no solamente no eres ya nadie sino que talvez eres nada, siquiera esta vez te acatamos y abrimos calle! pero, ¿durante tu existencia, pasaste menos desconocido? En tu honor yo levanto mi sombrero, seguro de que nunca más tendré que hacerlo y hasta el magnate hace detener su carroza para cederle el paso a la tuya. ¡Ah! ¡No hay cuidado que ahora te lo dispute nadie!

Aléjate en paz, viajero. A la hora presente tu incertidumbre está aplacada porque detrás de tí se ha cerrado aquella férrea puerta, a la cual, desde el principio de los tiempos, vienen los mortales aplicando el ojo y el oído, inútilmente. ¿Pecaste? ¿Padeciste? Si *más allá* no había nada, nada tendrá que serte tomado en cuenta.

A la compasión de los que tripulamos este barco, nos basta el hecho de que el náufrago sea un hombre. Que el hombre es un náufrago, debería bastarle a la clemencia de Dios.

